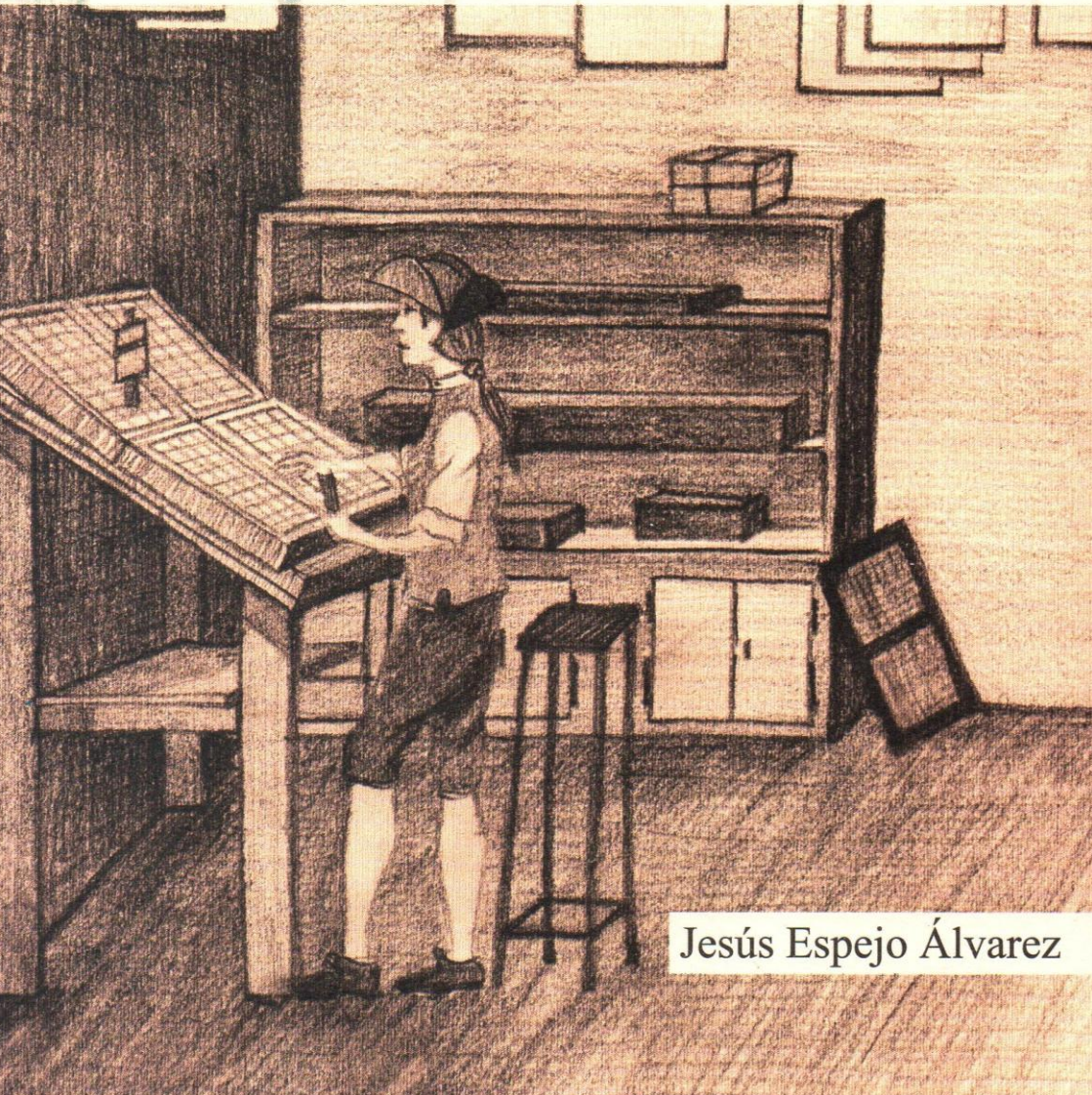
Juan Jacobo y las Luces

Historia de un colono ilustrado



Jesús Espejo Álvarez

Jesús Espejo Álvarez

Juan Jacobo Y las Luces

Historia de un colono ilustrado

Edita: Diputación de Sevilla, Área de Cultura y Deportes
Ayuntamiento de Cañada Rosal
Autor: Jesús Espejo Álvarez
Diseño y Maquetación: Aljamar
Imprime: Aljamar
Depósito Legal: SE-1115-2003

A mi madre
A mi mujer
A mi hija

AGRADECIMIENTOS

Sería injusto por mi parte dejar pasar la ocasión de mostrar mi agradecimiento a todas las personas que, de un modo u otro, me han ayudado en este proyecto.

Mis más sincera gratitud a J. Antonio Filter a cuya magnífica obra he acudido muchas veces en busca de inspiración; a José Castillo que sembró en mí la certidumbre de que esta obra podía salir adelante; a Jesús León primer oyente de los párrafos iniciales de esta novela y abastecedor incansable de documentación; a José Losada que siempre tuvo las puertas abiertas para mí; a Javi Guerra que abrió camino a mi manifiesta torpeza en el mundo de los ordenadores; a Pablo Filter por su inestimable ayuda a la hora de dar formato a los textos y a la portada; a Gema Jiménez de cuyos lápices salió la portada de este libro al "Pola" compañero de ilusiones; a Antonio Delis en cuyas manos está el que esta obra vea la luz; a mis sobrinos Fernando, Sandra, M. José, Anamari y Ana por sus labores de corrección y de búsqueda de documentación y a todos los que leyeron el borrador de este libro. Sepan que sus opiniones y críticas fueron tenidas en cuenta.

El autor.

DECLARACIÓN DE INTENCIONES

"...de 1750 a 1770 la filosofía de la incredulidad ha dicho casi todo lo que podía decir. Ha traducido delante del "tribunal de la razón" los dogmas de la Iglesia, sus libros sagrados, sus ritos. Ha pretendido demostrar la falsedad, la absurdidad, la ferocidad. Los ha sometido al sarcasmo y a la cólera. Pese a la inhábil autoridad, pasiva o cómplice, ha impreso todo lo que estaba manuscrito; ha hecho circular todo lo que imprimía, no libremente, incómodamente, pero sin riesgos y ampliamente. Todos estos libros no han "descristianizado" a Francia. Pero es cierto que han extendido la incredulidad o, al menos, la indiferencia en la mayor parte de la aristocracia, que esta indiferencia ha penetrado ampliamente en el clero, que ha hecho progresos rápidos en la burguesía media, en los jóvenes, en los colegios. Una buena parte de la nación es, si no impía, si no hostil a la religión, al menos bastante desconectada de la Iglesia, de sus sacerdotes para no estar dispuesta a seguirles. Este progreso de la incredulidad continúa de 1770 a 1787, pero lo esencial está dicho y la sacudida decisiva está dada..."

Estas palabras de Daniel Mornet, definen con claridad el espíritu de esta obra.

El grueso de esta historia se desarrolla entre los años 1759 y 1769. Aunque la Historia nos enseña que la Revolución Francesa estalló en 1789, la verdadera Revolución, la de las ideas, se produjo a partir de la segunda mitad del siglo. Como he dicho antes, esta historia se desarrolla en lo que podríamos llamar la antesala de la Revolución.

Es ampliamente aceptado la relación directa entre la Ilustración y la Revolución; pero no podemos olvidarnos de esas otras "Luces" de menor brillo, encarnadas por escritores desconocidos.

Citando de nuevo a Mornet, encontramos un lugar para los escritores -periodistas, panfletistas, libelistas- que aparecen en esta historia. "...en materia política, ni Voltaire, ni Montesquieu, ni Rousseau, ni Diderot son revolucionarios ni siquiera los reformadores más ardientes.
Todas las tesis audaces o brutales son sostenidas por escritores de tercer o segundo grado..." estos escritores de tercer o segundo grado, perfectamente pudieran ser Dumont, Pinard o el mismo Juan Jacobo, personajes ficticios de esta obra.

Queda bien claro que el viento y la vela de esta historia es la época. Un hecho tan trascendental como la Revolución Francesa, que es el punto de partida de la vida política tal como hoy la conocemos, tuvo, por fuerza,

un periodo embrionario, en mi opinión, tan interesante o más que la Revolución en sí.

Dentro de las licencias que uno puede tomarse en una obra de ficción como esta, he intentado respetar los hechos históricos y las fechas con la mayor escrupulosidad que me ha sido posible. Los actos de los personajes, históricos o inventados, han sido guiados por una mínima lógica histórica. No sabemos si Thürriegel estuvo en una imprenta de Metz; pero sabemos que mandó imprimir folletos propagandísticos. No sabemos si Voltaire conoció a un joven empleado de imprenta llamado Juan Jacobo; pero sabemos que cualquiera que arremetiera contra la Iglesia podía despertar las simpatías del escritor. No sabemos si a las colonias del sur de España llegaron colonos empapados de las ideas de la Ilustración; pero no es ninguna conjetura histórica descabellada pensar que pudieron haber llegado…

CAPÍTULO I

LA DESPEDIDA

El sonido de una campana en la lejanía le hizo abrir los ojos, sobresaltado, contempló como unos débiles rayos de sol se filtraban por las rendijas de los postigos. Creía que había dormido una eternidad, cuando en realidad, hacía apenas una hora que había podido conciliar el sueño. Juan Jacobo se fue a dormir nervioso y así permaneció toda la noche. Tenía las mantas enredadas en el cuerpo, fruto de las innumerables vueltas y cambios de posición que realizó durante la noche esperando la llegada del sueño.

Tenía mil cosas en que pensar. En su interior se mezclaban sensaciones y sentimientos contradictorios. Por

un lado estaba la tristeza de dejar a sus padres adoptivos, por otro, la ilusión de ir a la ciudad y ver mundo; pero, por encima de todo, la incertidumbre sobre lo que le esperaba.

Recordaba con nostalgia, el día que su padre le llevó a la casa donde había vivido los dos últimos años.

Al padre de Juan Jacobo y al señor Goulin —el dueño de la casa— les había unido una férrea amistad forjada a lo largo de toda una vida. Habían crecido juntos compartiendo juegos y aventuras. Habían sido inseparables.

Juan Jacobo estaba seguro de que echaría de menos las noches, en que al calor de la lumbre, el señor Goulin le contaba historias de su padre y de él en sus años jóvenes.

También, recordaba la amabilidad y la bondad con que fue recibido por el señor Goulin y su esposa, algo comprensible ya que no tenían hijos y el instinto maternal de la señora Goulin estaba insatisfecho.

La señora Goulin era una mujer de unos cuarenta años, gruesa, de tez sonrosada y unos amorosos ojos color miel. En cambio el señor Goulin era un hombre enjuto, poco mayor que su esposa. Su rostro estaba surcado por mil arrugas, que se dibujaban de una forma o de otra según su estado de ánimo, una nariz aguileña y unos ojos

inteligentes, inquietos y siempre en movimiento. Nada podía suceder a su alrededor que se le pasara por alto.

Había tenido suerte al encontrar unas personas como aquellas, que si bien no podían suplir la falta de su madre, muerta siendo él un niño de corta edad y de su padre, muerto en la maldita guerra a los pocos meses de incorporarse a su regimiento, habían mitigado su soledad y desamparo tratándole como si fuera su propio hijo.

Los pensamientos de Juan Jacobo fueron interrumpidos por la voz de la señora Goulin que le llamaba para desayunar desde el piso inferior de la casa. Creyó percibir un ligero temblor en la voz de la mujer.

—Ya bajo —contestó el muchacho saltando de la cama.

Entonces pudo oír con toda claridad un sollozo entrecortado y supo que él también lloraría aquella mañana y que no sería nada fácil la despedida.

Se vistió y entró en la estancia que servía de comedor, cocina y taller de zapatería, en el que el señor Goulin se procuraba parte del sustento cosiendo y fabricando zapatos. Su mirada se cruzó con la de la mujer durante un interminable segundo y vio en sus ojos una

inmensa pena. En dos pasos, con la mirada fija en el suelo, Juan Jacobo se plantó en el patio de la casa. Cogió dos manotadas de agua del cubo que servía para el aseo matutino y violentamente se restregó la cara. El agua fría actuó como un bálsamo que le tranquilizó de inmediato. Recuperado el aplomo entró en la casa.

Ya sentado a la mesa, llegó el señor Goulin cargado de leña para la cocina.

El hombre, rápidamente se hizo cargo de la situación e inició una conversación que pretendía descargar la densa atmósfera que se respiraba en la cocina.

—Esta madrugada han pasado soldados por el camino —dijo mientras soltaba la leña junto al fuego.

Siempre que hablaba de algo relacionado con la guerra las arrugas del rostro del señor Goulin dibujaban un cuadro de rabia y amargura infinitas. Tenía sus motivos. Él estuvo a punto de perder su pierna derecha en los preparativos de esta guerra. Le había pasado una carro cargado de pertrechos militares por encima. Los caballos que tiraban del carro se desbocaron a causa de los disparos efectuados por un oficial deseoso de hacer meritos, al que le gustaba hacerse oír gritando más que nadie y

acompañar sus órdenes de disparos al aire. Desde entonces el señor Goulin llevaba a su pierna y no su pierna a él. Por ese motivo no estaba en el frente cuando le comunicaron la muerte de su buen amigo Juan Duvert, el padre de Juan Jacobo .

—Bueno, Juan Jacobo debes desayunar bien, te espera un largo camino— dijo la señora Goulin, mientras le preparaba un hatillo con comida y alguna ropa de abrigo.

—Ven y mira esto — dijo el señor Goulin abriendo un armario que tenía en el rincón donde trabajaba como zapatero—son de buena piel, seguro que son de algún prusiano muerto en la guerra —indicó, poniendo un par de lustrosas botas en los brazos de un sorprendido Juan Jacobo.

El señor Goulin había comprado las botas unos días atrás a un viajero que parecía necesitar dinero con urgencia. Las compró a buen precio, las había retocado y engrasado, estaban listas para llevar a Juan Jacobo a Metz.

Después de unas breves palabras de despedida y algunos consejos para el camino, Juan Jacobo emprendió el viaje que le había de llevar a la ciudad.

CAPÍTULO II

EL VIAJE

Los caminos de Francia eran peligrosos en los tiempos que corrían. Se rumoreaba que bandas de bandidos, formadas por desertores, gente sin ocupación y rufianes de todas las calañas sembraban el miedo entre los viajeros. Viajeros que si eran adinerados nunca viajaban sin una escolta. No era el caso de Juan Jacobo que viajaba solo, pero eso si, acompañado de los mil consejos que le diera el señor Goulin.

«No enseñes el dinero que llevas, no te acerques a gente con malas pintas, busca compañía entre las gentes

que viaja en grupo» le había repetido el zapatero con insistencia.

Aunque era la primera vez que realizaba un viaje tan largo sin compañía, estaba tranquilo y relajado, sus pensamientos volaban hacia Metz, la ciudad donde debía encontrarse con el impresor Pinard.

Todo comenzó tres meses atrás, cuando el señor Goulin recibió un mensaje de su viejo camarada Pinard. En el mensaje le comunicaba la última voluntad del padre de Juan Jacobo dictada poco antes de morir.

En el frente, José Pinard había sido un buen compañero del padre del muchacho y del propio Goulin.

Tenía una imprenta en Metz, un negocio familiar que se remontaba varias generaciones. Era una imprenta famosa en la comarca por la calidad de sus trabajos.

El padre de Juan Jacobo y Pinard habían hablado muchas veces del futuro. Acordaron que una vez acabada la guerra Juan Jacobo iría a trabajar en la imprenta.

El padre contó a Pinard como su hijo había aprendido a leer y a escribir tomando clases de un viejo profesor, que a cambio de harina, algunos huevos o un poco de leche reunía a varios muchachos en un granero y allí a base de paciencia intentaba inculcar algunas nociones de

gramática y matemáticas a los afortunados que podían permitirse el lujo de asistir a las clases.
Los resultados eran desiguales, algunos salían como entraban: sin saber contarse los dedos de la mano, otros en cambio, entre los que estaba Juan Jacobo, aprendieron más de lo que esperaba el viejo profesor.

Así que el orgulloso padre confiaba que hubiera algún sitio en la imprenta para su hijo y que, poco a poco, fuera aprendiendo el oficio. Confiaba en la inteligencia y en el talento del muchacho. Estaba seguro que aquel trabajo le iba a gustar, ya que desde que aprendió a leer devoraba cualquier escrito que cayera en sus manos.

Los hechos se precipitaron cuando Pinard perdió un brazo como consecuencia de las heridas sufridas en un enfrentamiento con el enemigo y había sido licenciado hacía pocos meses. Recordó la promesa que le hiciera a su camarada y mandó un mensaje a Goulin, sabedor de que Juan Jacobo vivía con él.

Allí estaba Juan Jacobo, camino de la ciudad, con sus diecisiete años recién cumplidos y un aspecto un poco desgarbado. Había crecido mucho durante este último año y parecía que no controlara del todo sus movimientos. Su

cabeza, adornada de una rebelde y abundante pelambrera, aparecía ligeramente inclinada, debido a su estatura. El rostro, de facciones correctas, denotaba firmeza de carácter. Sus grandes ojos oscuros dejaban entrever, en momentos de sosiego, inteligencia; pero en momentos de furia se volvían inquietantes. El señor Goulin, medio en broma, le había dicho en una ocasión que fue testigo de una riña entre Juan Jacobo y un muchacho del pueblo, que no le gustaría ser el blanco de una mirada como la que Juan Jacobo le había dirigido a su adversario.

La carretera era transitada por gentes del mas diverso pelaje. Berlinas pasaban a gran velocidad levantando nubes de polvo, provocando la indignación de los caminantes. Bueyes con paso cansino, tiraban de carros cargados de mercancías. Rebaños de ganado, guiados por perros bien adiestrados, entorpecían la marcha. La gente iba y venia ocupada en sus asuntos.

A ambos lados de la carretera los campos aparecían abandonados; los hombres estaban ocupados empuñando las armas, se habían olvidado del arado.

El sol estaba alto y el calor empezó a notarse, Juan Jacobo bebió un trago de agua y se desprendió de la ropa de abrigo.

En el horizonte apareció una gran nube de polvo, imaginó que se trataría de otro carruaje, pero cuando la polvareda se acercaba comprobó que el polvo lo levantaba un regimiento de caballería. Se hizo a un lado del camino para dejar paso. Vio pasar a los soldados, lucían llamativos uniformes y montaban caballos bien pertrechados, pero en sus rostros se notaba el cansancio acumulado tras largas jornadas de penosa marcha.

Un hombre de mediana edad, que como Juan Jacobo se había apartado a un lado de la carretera, se le acerco y sin apenas mirarle dijo: «Estos soldados vienen de Münden, al norte, acaban de recibir una buena paliza de manos del ejercito de Brunswick y no es la primera».

Juan Jacobo, sorprendido de la propiedad con que el harapiento desconocido había hablado del tema militar, le contempló mientras se alejaba. Llamó la atención del muchacho la cantidad de andrajosos, mendigos y lisiados que, como aquel, había visto durante el corto trayecto que llevaba andado. «Demasiada miseria hay en Francia para ser la nación más poderosa de la Tierra», pensaba mientras reanudaba la marcha.

Era casi medio día y su estómago empezó a avisarle de que necesitaba alimentos. La mañana con tantas emociones no le había abierto el apetito precisamente, sólo había podido tragar unos pocos bocados. Eligió la sombra proporcionada por un gran árbol y se dispuso a dar buena cuenta del almuerzo.

Después de almorzar Juan Jacobo se quedó profundamente dormido sobre el tronco del árbol. Le despertaron unas voces procedentes de una arboleda cercana. Se incorporó y pudo distinguir como dos hombres, vestidos con harapos, apaleaban a un tercero. Se trataba, sin duda, de un atraco. Recogió sus cosas a toda prisa y volvió al camino recordando todo lo que le había dicho el señor Goulin sobre los peligros del viaje.

Había dormido demasiado, calculaba que debido al tiempo que perdió durmiendo, llegaría a la posada del Tuerto ya anochecido. Siguiendo las instrucciones del señor Goulin se dirigía a la posada donde el Tuerto —viejo conocido del señor Goulin— le debía ayudar a conseguir un transporte que le acercara a la ciudad.

El cielo se había cubierto de nubes que amenazaban lluvia. No llevaba una hora caminando desde la siesta, cuando un tremendo aguacero descargó calándole hasta los huesos. Pensó en buscar refugio, pero desistió de la idea al recordar el altercado que presenció unas horas antes. Apretó el paso y rogó a Dios que la posada no estuviera muy lejos.

El camino se hacía cada vez más fatigoso, el barro se pegaba a sus botas y entorpecía su marchar.

Por fin, ya casi de noche, divisó una luz a la orilla del camino pensó que aquello debía ser la posada. No se equivocaba.

Traspasó la puerta encontrándose en una especie de comedor lleno de mesas y sillas de pino. El lugar estaba ocupado por algunos hombres que charlaban en voz alta y bebían sin parar, ajenos a la lluvia que caía fuera. El aire de la estancia estaba cargado de un espeso humo que se le metía en los ojos haciéndole saltar las lágrimas. Juan Jacobo se dirigió a lo que parecía la cocina, dejando un reguero de agua y barro a su paso.

—Busco al señor Tuerto— dijo a una gruesa mujer que se afanaba entre las ollas. La mujer, sorprendida, se volvió, le miró, y soltó una sonora carcajada enseñándole

unos dientes negros, que unido al color rojo de su rostro le daban una apariencia grotesca.

—¡Señor Tuerto –gritó riendo- le busca el señor empapado!—Y volvió a soltar otra carcajada.

Juan Jacobo, no pudo evitar sonreír ante la ocurrencia de la mujer. Se giró y se encontró frente a un hombre altísimo que lo miraba de arriba abajo con su único ojo.

—Que quieres, hijo— le dijo con un vozarrón de trueno mientras se colocaba bien el parche de cuero que cubría la cuenca vacía de su ojo derecho.

El Tuerto se mostró encantado de tener noticias de su viejo amigo el zapatero. Preguntó por su estado de salud y bromeó acerca de las habilidades de Goulin como dentista abriendo la boca y señalando los huecos en su dentadura dejados por la extracción de varias muelas.

Ya seco y envuelto en una manta, Juan Jacobo tomó una sopa caliente en la cocina que le hizo entrar en calor.

El Tuerto le prometió que al día siguiente intentaría buscarle un medio de transporte, entre los carros que paraban en la posada, que le llevara hasta Metz, aunque sería complicado si seguía lloviendo de aquella manera.

Juan Jacobo se instaló cómodamente en un camastro que había en los establos. Aquel era el alojamiento de los viajeros que no querían gastar demasiado dinero. El calor de la paja y de los animales era muy reconfortante. Se estaba bien allí, a pesar de las goteras.

Poco después de quedarse dormido, le despertaron unas voces y unos cantos. La puerta del establo se abrió con gran estrépito y entraron cuatro soldados claramente borrachos a los que acompañaba el Tuerto. Visiblemente irritado, el Tuerto, se quejaba del jaleo producido por los hombres y amenazaba con avisar a su mando que dormía en la posada. Entre burlas, el hombre que parecía más sobrio aseguraba al posadero que se comportarían como dignos soldados de su Majestad el rey Luis XV. Cuando se acomodaban para dormir, uno de ellos reparó en la presencia de Juan Jacobo.

-¡Aquí hay otro huésped!- exclamó señalando hacia el rincón que ocupaba Juan Jacobo, el cual fingía dormir.
Le sacudieron creyéndole dormido y le invitaron a beber de la jarra de vino que habían llevado al establo burlando la vigilancia del posadero.

Entre bromas de borrachos le contaron que venían de un campamento un poco más al norte, que pasaban hambre y frío y que deseaban volver a casa cuanto antes.

Cuando la jarra fue menguando empezaron a contar historias sobre el oficial que les mandaba: Donato de Sade. Depravadas historias de desenfreno sexual, de orgías y bacanales celebradas en todos los prostíbulos por donde habían pasado. De Sade parecía no vivir nada más que para satisfacer sus instintos. Sus escándalos habían ido cobrando fama en los últimos años y en el ejercito era de todos bien conocida su inclinación por las perversiones más indecentes.

Continuaron relatando las hazañas del oficial hasta que la jarra se vació, entonces fueron quedándose dormidos uno tras otro, momento que aprovechó Juan Jacobo para acomodarse de nuevo e intentar dormir.

Apenas amaneció, De Sade se presentó en los establos ordenando a los soldados que se preparasen para continuar la marcha.

Donato de Sade era un joven algo mayor que Juan Jacobo, de corta estatura, de tez pálida salpicada de marcas de viruela y una oscura mirada.

—En diez minutos os quiero preparados en la puerta de la posada— vociferó el oficial.

Los soldados, medio dormidos, se apresuraron a levantarse, a ensillar los caballos y a enganchar el carro.

Juan Jacobo también se levantó. Se dispuso a calzarse cuando se percató de que sus botas no estaban. Buscó y rebuscó entre la paja sin ningún resultado.

—¿Quién eres y qué buscas?— inquirió De Sade.

Intimidado, Juan Jacobo le explicó que la noche antes había dejado sus botas allí y ahora no estaban.

—Voy a salir dos minutos fuera, cuando vuelva a entrar el muchacho tendrá sus botas— dijo De Sade en tono desafiante dirigiéndose a los soldados.

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia la puerta. No llegó a traspasarla cuando el sonido de un golpe seco le hizo girar la cabeza en dirección al catre del muchacho. Allí, sobre el camastro, estaban las botas.

Desde la puerta del establo, Juan Jacobo vio como se alejaba la patrulla bajo una lluvia incesante, con aquel curioso personaje al frente.

Tendría ocasión, años más tarde, de volver a oír hablar de Donato de Sade, cuando el rumor de sus escabrosas correrías recorriera Francia y le convirtieran en el más grande libertino de su época.

Toda la mañana, la pasó el muchacho ocupado en ayudar al propietario de la posada a cortar y a acarrear leña para la cocina.
A mediodía dejó de llover y lució un sol radiante, esta circunstancia aumentó las posibilidades de encontrar un medio de transporte que le llevara a la ciudad. Aunque ya tendría que esperar hasta el próximo día y confiar en que el camino estuviera transitable para los carros de mercancías que a menudo paraban en la posada.

Estaba almorzando, cuando llegaron unos hombres armados buscando a un oficial del ejercito desertor que creían había pasado o pasaría por el lugar.
Describieron al desertor y dieron instrucciones al Tuerto para que preguntara a los viajeros que llegaran a la posada. Siguieron su camino, no sin antes avisar de que volverían al día siguiente a recoger las noticias que se pudieran haber producido.

Al poco rato Juan Jacobo se olvidó de la visita de los perseguidores del desertor; pero hablando con el Tuerto y con varios viajeros, que habían parado a comer,

sobre el movimiento de tropas del día anterior, recordó el hombre que se le acercó a orillas del camino y le informó de la derrota del ejercito francés.
Recordó la sorpresa que le causó oír hablar con tanta autoridad sobre temas militares a aquel hombre harapiento. Además encajaba perfectamente en la descripción dada por los alguaciles . Estuvo seguro de que aquel era el hombre a quien buscaban.

Estuvo el resto de la tarde pensando si debía decirle al Tuerto lo que sabia o debía callarse y continuar su viaje. Pensó en el hombre, que tal vez, tuviera familia a la que llevaría tiempo sin ver. Se acordó de su propio padre y consideró que un hombre era libre de abandonar la lucha cuando ya no creyera en la causa. No, no seria él quien denunciara al desertor.

Había casi anochecido, cuando por la ventana, Juan Jacobo vio llegar un carro tirado por dos caballos percherones. Se detuvo cerca de la puerta y entró en la posada un hombre de mediana edad, baja estatura, poco pelo de un tono rojizo y el rostro lleno de pecas.

—¡Eh, Pocos Pelos! ¿te has perdido?—bromeó el Tuerto nada más verlo.

Después de algunas bromas que ponían de manifiesto el sentido del humor de los dos hombres, Pocos Pelos explicó que se dirigía a las posesiones del marqués Du Arc, para quien trabajaba, cerca de Metz.

—Hijo, estas de suerte— dijo el Tuerto tomando del brazo a Juan Jacobo—, mañana a estas horas, estarás en la ciudad.

Al despuntar el alba, estaba Juan Jacobo sentado al lado de Pocos Pelos —era el nombre con que todos le conocían— dispuesto a llevar a cabo la última etapa de su viaje.

La mañana estaba despejada, una fresca brisa terminó de despertarlos por completo.

El camino estaba atestado de viajeros que, sin duda, trataban de recuperar el tiempo perdido por la lluvia.

El carretero, acostumbrado a viajar sin compañía encontró en Juan Jacobo un buen conversador para combatir el tedio del viaje.

«¿De dónde vienes?»

«¿Qué edad tienes?»

«¿Y tus padres?»

«¿Para qué vas a la ciudad?»

Pocos Pelos formulaba una nueva pregunta sin apenas dejarle tiempo de responder la anterior.

El carretero, contento de tener un oyente, iba contando historias de cualquier cosa o circunstancia que vieran en su camino.

«El año pasado cayó un rayo en aquel árbol....»

«En aquella casa de piedra gris hubo unos meses atrás un incendio, murieron cinco personas....»

«En esa curva me asaltaron hace poco tiempo....»

La mañana se le hizo muy corta a Juan Jacobo escuchando las historias de Pocos Pelos. Era un hombre que hablaba por los codos, característica propia de la persona que pasa la mayoría del día sola por los caminos, sin otra distracción que sus pensamientos.

Se detuvieron para almorzar junto a un arroyuelo de aguas claras, a la sombra de unos árboles gigantescos. El carretero conocía el lugar, había parado muchas veces en aquel hermoso paraje para comer o simplemente para descansar.

Juan Jacobo le ofreció un trozo de queso y un par de huevos cocidos. Por su parte, Pocos Pelos llenó un gran jarro de vino de los toneles que transportaba en el carro.

Bebieron a la salud del marqués Du Arc, a la sazón dueño del vino.

Algunos días después, ya trabajando en la imprenta de Pinard, Juan Jacobo conoció, por boca de sus compañeros de oficio, ciertas particularidades sobre el empleo de Pocos Pelos. Sus compañeros de trabajo, al enterarse de quien le había acercado a la ciudad comenzaron, entre burlas, a insinuar algunos detalles que al principio Juan Jacobo no entendía. Hasta que le explicaron crudamente la situación del carrero.

Resultaba que el marqués Du Arc, señor de Pocos Pelos, se había encaprichado de la mujer del pobre carrero, mucho más joven que él, y, por lo que decían, bastante más hermosa. Así que mandaba al carretero a realizar absurdos viajes de varios días. Tiempo que el marqués aprovechaba para gozar de los favores de la mujer de Pocos Pelos. El hecho lo conocía media ciudad, pero a Pocos Pelos parecía no importarle las bromas y los comentarios maliciosos hechos, a veces, en su presencia. Él se mostraba feliz, sobre todo cuando la carga a transportar era vino, cosa bastante frecuente.

«Una vieja historia, el rey David mando a Uria al sitio más peligroso en la batalla para deshacerse de él y así poder quedarse con su mujer; el marqués manda a Pocos Pelos a emborracharse por los caminos con idéntica intención».

Apuntó, Pinard, que había escuchado el relato que le contaban a Juan Jacobo.

CAPÍTULO III

METZ, LA IMPRENTA

Se había despedido del carretero en un cruce de caminos cercano a la ciudad.

Caminaba hacia Metz, de la que ya podía divisar algunos edificios, recordando y riendo para sí por las ocurrencias y charlatanería de Pocos Pelos, que después del almuerzo —en el que, el solo trasegó más de una jarra de vino— se volvió, si cabe, más ingenioso y cómico.

Llegó a la ciudad a la caída de la tarde. Sabía que debía dirigirse, por la orilla del Mosela hacia el barrio de la catedral y allí preguntar por la imprenta Pinard.

Corría el año de 1759

Estaba anocheciendo, cuando se detuvo frente a una gran puerta con clavos oxidados. Tenía cogida la aldaba de la puerta para llamar cuando se abrió el postigo y salió un hombrecillo encorvado que apenas volvió el rostro hacia él.

—Busco a José Pinard —se atrevió a decir el muchacho.

—Dentro, pasa dentro —le dijo el hombrecillo sin levantar el rostro y alejándose con paso rápido.

Traspasó la puerta y un fuerte olor a tinta llegó hasta su nariz. Olfateó con deleite aquel olor y pensó que el trabajo le iba a gustar. Juan Jacobo todavía no lo sabía, pero aquel olor a tinta le acompañaría durante gran parte de su vida.

José Pinard estaba rodeado de media docena de empleados a los que daba instrucciones para la tarea del día siguiente. Reparó en Juan Jacobo, que acababa de entrar en el taller.

—Tú debes ser el joven Duvert —le dijo colocándole su única mano en el hombro —, te pareces a tu padre.

Pinard mostró un vivo interés por la afición de Juan Jacobo a la lectura. El muchacho le contó que en pueblo donde vivía había un curita joven que, a cambio de

ayudarle en la iglesia, le prestaba libros y llegó a enseñarle algo de latín.

José Pinard era un hombre de mediana estatura, delgado, extremadamente delgado, de frente despejada y rostro amable que adornaba con mucha frecuencia de una sonrisa que parecía elevarle por encima de cualquier circunstancia. Cuando se conversaba con él y esa sonrisa aparecía en su rostro, daba la sensación de que penetraba más allá de las palabras de su interlocutor sondeando sus más recónditos pensamientos.

—Habrá que preparar un lugar para que duermas. —le decía Pinard, buscando con la vista un sitio apropiado— Yo duermo en un cuarto que hay arriba, pero no creo que estemos muy cómodos los dos allí.
Encontraron un lugar al abrigo de las corrientes de aire, junto a las prensas. Prepararon un catre con un colchón de paja y fueron a cenar a una taberna cercana antes de irse a dormir.

A la mañana siguiente, cuando despertó, el olor a tinta le hizo recordar de inmediato donde se encontraba. Se levantó, recogió la improvisada cama y echó un vistazo por el taller. Contempló los atriles con sus cajetines llenos de tipos, las estanterías cargadas de pilas de papel, las grandes prensas sujetas al techo con vigas de madera, los tendederos donde se secaba el papel recién impreso. Estaba extasiado contemplando aquellas máquinas e intentando imaginar cuál sería su puesto, cuando el ruido de una puerta que se abría le indicó que Pinard también se había levantado.

—¿Qué, te gustará tu nuevo trabajo? —preguntó Pinard bostezando.

—Seguro que sí —contestó Juan Jacobo entusiasmado.

En poco tiempo, Juan Jacobo se ganó las simpatías de todos en el taller, debido a su buena disposición para ayudar en lo que fuese necesario. Siempre intentaba adelantarse a las peticiones que pudieran surgir. Era una especie de ayudante para todos. Pero en lugar de tomárselo como una pesada carga pretendía aprender, de cada uno de los empleados, lo que pudieran enseñarle .

Esta actitud no pasó desapercibida para Pinard, que estaba cada día más contento con el muchacho.

A los pocos meses lo tomó como su ayudante personal. Pasó de acarrear papel y pesadas cajas de tipos a trabajar en el atril de composición tipográfica junto a Pinard, al que servía de gran ayuda, debido a la tara física de éste.

La habilidad manual, adquirida ayudando al señor Goulin en su oficio de zapatero, le proporcionó la soltura necesaria para afrontar con facilidad el trabajo de ayudante de cajista. Pronto, Pinard confió en él y le permitió hacer sus propias composiciones, corrigiéndolas después y señalando los errores cometidos.

Pasaba el tiempo, Juan Jacobo se encontraba cada vez más a gusto con su nuevo trabajo.

Pinard le proporcionaba abundante lectura; le recomendaba algunos títulos escogidos de la inmensa biblioteca que tenía desparramada por el cuarto donde dormía. Pinard tenía razón cuando le dijo que no estarían muy cómodos en aquella habitación. Porque aparte del espacio que ocupaba la cama, una silla y una mesa había libros hasta en el último rincón. Libros que serían la

envidia de cualquier coleccionista, pero que para Pinard sólo significaban una fuente de ideas y conocimientos que podían y debían tener la fuerza para cambiar ciertas costumbres.

CAPÍTULO IV

AMORES Y DESENGAÑOS

A finales del verano, a Juan Jacobo le ocurrió lo que es normal que le ocurra a un joven de su edad: se enamoró perdidamente de la muchacha que trabajaba en la taberna donde a veces comía con Pinard.

Margarita era dos años mayor que Juan Jacobo y bastante más lista en asuntos de amores. Era una criatura descarada, con el desparpajo de la mujer que se mueve en una taberna oyendo piropos y obscenidades del achispado cliente de turno y que tenía pronta y afilada respuesta para todos los graciosos que intentaban propasarse.

No era especialmente hermosa, aunque a Juan Jacobo le parecía una diosa griega. La muchacha era el vivo retrato de una campesina bretona, sana, corpulenta y de piel

rojiza, de risa fresca y contagiosa, de un entendimiento limitado y una sensualidad rebosante que despertó en el muchacho la fuerza de su sangre joven.

Desde los primeros días de su llegada, siempre que Juan Jacobo aparecía por la taberna, Margarita bromeaba con Pinard acerca de lo apuesto que era el joven aprendiz. Al principio, estos comentarios sonrojaban violentamente al muchacho, pronto se acostumbró y él también empezó a bromear con ella. Entre broma y broma, se encontró una noche con Margarita en el pajar que había en el patio trasero de la taberna sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí.

Ella sabía muy bien lo que tenía que hacer en casos como aquel. Llevó a Juan Jacobo por los caminos del gozo, más allá de lo que él nunca hubiese imaginado. Tal era la adoración que sentía por ella, que Pinard consciente de que aquella devoción se debía, en gran parte, a los placeres de la carne, desconocidos por el muchacho hasta entonces, se sintió obligado a aconsejarle que se lo tomara con calma. Consejo que naturalmente, Juan Jacobo desoyó.

Tal era el estado de las cosas, cuando Juan Jacobo notó que Margarita le era cada vez más esquiva. Aquel comportamiento de la muchacha coincidió con la cada vez

más frecuente aparición por la taberna del criado de un noble señor que se hospedaba en la misma calle. Aparecía el lacayo luciendo ricas vestiduras, sin duda prendas desechadas por su noble señor, pavoneándose ante Margarita. Ésta, caprichosa y de temperamento algo romántico, creyó que se trataba de un príncipe que venía a sacarla de aquel oscuro agujero.
Con rapidez, el criado, ocupó el lugar que tan felizmente había ocupado Juan Jacobo en el corazón de Margarita. Juan Jacobo pasó a ser el blanco de las crueles burlas de los nuevos amantes.

Estaba destrozado, no comía, no dormía. Pasaba las noches planeando una cruel venganza, imaginaba un duelo a muerte con el criado para en el último momento perdonarle la vida y escupirle en el rostro. Un sinfín de situaciones novelescas pasaban por su cabeza aquellos días, pero las cosas no cambiaron. En aquella historia, él era el perdedor.

Ante el profundo desengaño, Juan Jacobo reaccionó sumiéndose febrilmente en la lectura, creándose un rico mundo interior que le permitía aislarse del dolor.

Creyó encontrar en las historias que leía, situaciones de desamor parecidas a la suya.

Creyó verse reflejado en el caballero *Des Grieux*, fiel amante de *Manon Lescaut*, capaz de dejarse arrastrar por la pasión hasta el borde de la muerte.

Creyó ser el *príncipe de Clèves* que se dejó morir al saber que su esposa amaba a otro hombre.

Estas novelas de amor, buscadas inconscientemente por Juan Jacobo, con el único propósito de torturarse fueron dejando paso a otras lecturas, que abriendo ante él las puertas del mundo en que vivía fueron cerrando las heridas de su corazón.

El invierno se acercaba. Juan Jacobo pensó que si seguía durmiendo en aquel húmedo rincón, corría el serio peligro de sufrir una pulmonía. Buscó un cuarto de alquiler, que gracias a la mejora en su sueldo se podía costear. Encontró, cerca del taller, en la Rue Serpenoise, una hospedería regentada por una joven viuda que le pareció un buen sitio.

Intentó convencer a Pinard para que se mudara de aquel sucio cuartucho en el que dormía y éste le contestó que no estaba dispuesto a vivir en un cuartel; él estaba muy cómodo rodeado de sus libros y de su suciedad.

La verdad era que la salud de Pinard le preocupaba, su rostro se había vuelto de color plomizo, su nariz se había afilado y una débil tos no le abandonaba ni un momento. Juan Jacobo pensó que en la fonda estaría mejor alimentado y en unas condiciones higiénicas más aceptables, pero el impresor era un hombre tozudo en ese aspecto.

Teresa Fortier, viuda de un rico comerciante de paños, era una mujer que rondaría los treinta y cinco años, bastante hermosa todavía, con algo de dureza en la mirada y gesto desconfiado.

Su difunto marido le dejó una cuantiosa fortuna, con la que poco tendría que preocuparse por su futuro. Tuvo, la joven viuda, la desdicha de tomar por amante al administrador de los negocios de su marido. El administrador, hombre artero, de fácil palabra y simpatía cautivadora había puesto los ojos en aquella fortuna, haciéndole creer a la pobre Teresa que no tenía ojos nada más que para ella. De la noche a la mañana desapareció con todo el dinero que pudo reunir, dejando a la desdichada viuda con el corazón roto y llena de deudas.

De su antigua fortuna, Teresa solo pudo salvar la gran casa que había convertido en hospedería, aunque prefería no recordar lo que había tenido que hacer para poder conservar aquella casa.

Los comienzos fueron difíciles, pero acertó a emplear dos mujeres que cocinaban bien y eran limpias y el negocio prosperó hasta permitirle cierto desahogo económico.

Desde la llegada de Juan Jacobo, estuvo claro que el joven no era un huésped más. El mejor colchón fue a parar a su habitación, su plato siempre estaba más lleno que el de los demás huéspedes, y sus ropas más limpias.

Tal vez por la juventud e inocencia del muchacho, a la viuda —por otra parte bastante escarmentada en cuanto a hombres se refería— no le inspiró temor ni desconfianza el joven huésped y se acercó a él creyéndose dueña de la situación.

Juan Jacobo por su parte, no estaba dispuesto a sufrir otro desengaño, así que dejo hacer a Teresa y él se limitó a dejarse seducir.

Se estableció una relación entre ellos bastante curiosa, ella buscaba un espíritu joven que calentara su

cama dejando en paz su dinero, él buscaba donde saciar su juventud y a una sustituta de la señora Goulin que le cuidara. Era una relación de conveniencia mutua.

CAPÍTULO V

LOS SECRETOS DE PINARD

El negocio de la imprenta no marchaba bien, José Pinard tenía más de filosofo que de comerciante. Había tenido enfrentamientos con gente muy influyente a causa de ciertas publicaciones. De estas publicaciones se sospechaba que habían sido impresas en los talleres de Pinard, eso bastaba para estar señalado y el negocio lo notaba.

En realidad estos problemas venían de muy atrás. Más de veinte años atrás, cuando Pinard tenía diecinueve años, su padre le envió a París. Por mediación de una alta autoridad eclesiástica le había conseguido un trabajo en la Imprenta Real. Lo mandaba allí para que aprendiera las

nuevas técnicas de impresión, ya que pensaba modernizar el negocio.

En París, de la mano de un poeta llamado Lambert con el que compartía pensión, empezó a frecuentar los círculos literarios y las sociedades liberales. Aquel ambiente le sedujo de inmediato, en poco tiempo pasó a formar parte de un grupo que se hacía llamar pomposamente *La Luz De Francia*. Este grupo editaba con periodicidad unos panfletos arremetiendo preferentemente contra la Iglesia y la Monarquía, denunciando toda clase de abusos cometidos por las autoridades.

La Luz De Francia llegó a preocupar seriamente a las autoridades que veían como estos panfletos circulaban por todos los mercados, plazas, tabernas y cafés. En poco tiempo, agentes del gobierno hallaron el lugar donde se imprimían los panfletos. Confiscaron la maquinaria, cerraron el local y encarcelaron a dos de los componentes del grupo que fueron sorprendidos cuando preparaban una tirada.

La Luz De Francia había sido silenciada. Entonces las miradas de sus compañeros se volvieron hacia Pinard; él podía conseguir que *La Luz De Francia* levantara su

voz de nuevo. Tenía a su disposición la mejor imprenta de Francia: la Imprenta Real.

Esta descabellada aventura sólo duró unos meses. Pinard fue descubierto cuando imprimía un artículo escrito por Lambert, en el que criticaba el abandono del gobierno por parte de Luis XV en manos del Cardenal Fleury; en definitiva, en manos de la Iglesia.

El escándalo fue mayúsculo. Pinard fue detenido y llevado a la Bastilla, varios de sus compañeros —entre ellos Lambert— cambiaron temporalmente de aires y el encargado de la sección de Pinard fue despedido.

El hecho de que los panfletos se imprimieran en la Imprenta Real fue motivo para que el mismísimo Luis XV montara en cólera y gritara: «¡Mi propia tinta se vuelve contra mí, es como la sangre que se vuelve contra su propia sangre!»

El padre de Pinard tenía contactos en el alto clero. Las comisiones que había tenido que pagar a obispos y demás prelados de la Iglesia, por elegir su taller para realizar los trabajos de imprenta, allanaron el camino para la salida de Pinard de la Bastilla. El joven Pinard pisó de nuevo la calle a los once meses de ser encarcelado.

Lejos de escarmentar, Pinard buscó a sus antiguos compañeros y refundó *La Luz De Francia*. Esta vez tomaron más medidas de precaución, compraron maquinaria de imprimir usada y se instalaron en un almacén cerca de los muelles.
Allí podían pasar desapercibidos entre el movimiento de mercancías y gentes que había en el lugar.

En los siguientes años, *La Luz De Francia* cobró fuerzas. Sus colaboradores aumentaron y de los panfletos del principio se pasó a imprimir unas publicaciones en las que, sin dejar de denunciar los abusos de la Monarquía y de la Iglesia, se aumentaba la oferta y se escribía también de ciencia, religión, filosofía y literatura. Haciéndose eco, sobre todo, de la publicación de libros prohibidos por la Iglesia y el Gobierno, plasmando en sus páginas resúmenes de los pasajes que dan lugar a la prohibición de dichos libros.

Esta política editorial les ponía en el filo de la navaja, tenían que andarse con mucho cuidado. Sabían que eran perseguidos por las autoridades y que si eran descubiertos de nuevo serían castigados con dureza.

A raíz de la publicación de unos versos irreverentes en exceso —compuestos por Lambert— contra el rey Luis y su amante, la marquesa de Pompadour, el cerco contra *La Luz De Francia* se fue estrechando peligrosamente, algunos de sus miembros fueron interrogados por las autoridades. Como medida de precaución y para evitar males mayores, dejaron de reunirse y de publicar esperando que todo se calmara.

Por esos días, Pinard recibió la noticia de que su padre estaba muy enfermo. Abandonó París apresuradamente y se dirigió a Metz. Cuando llegó su padre había fallecido. Decidió quedarse en Metz para hacerse cargo de la imprenta.
Terminaba el año de 1746.

La decisión de quedarse en Metz resultó acertada. Pocos meses después de su llegada, tuvo conocimiento de que sus compañeros de *La Luz De Francia* habían sido descubiertos. Algunos lograron escapar, pero media docena de ellos fueron a parar a la Bastilla. Además tenía la frontera cerca, por si surgían problemas.

Los primeros esfuerzos de Pinard se encaminaron a poner en claro la situación del negocio, que tras la enfermedad de su padre había quedado embarullado. Hizo frente a los pedidos acumulados y gracias a lo que aprendió en la Imprenta Real, puso en marcha un plan para modernizar la imprenta.

No podía olvidar los tiempos de la clandestinidad y pronto volvió a escribir y publicar panfletos de igual índole que los de su etapa parisina en *La Luz De Francia*. Se encontró imprimiendo misales, salterios y Biblias, por el día, y atacando, con sus escritos, los privilegios de los mismos que le encargaban aquellos trabajos, por la noche.

A principios de 1749, una fría mañana, se presentó en el taller un cochero buscando a Pinard. Tenía instrucciones de conducir al impresor, cuando éste lo estimara oportuno, hasta el castillo de Chatêlet, en Cirey. El señor Voltaire le quería conocer.

Los que conocían a Pinard nunca le habían visto tan nervioso, y es que era un gran admirador del escritor.

Así que aquel mismo día partieron.

Durante el trayecto, Pinard no dejaba de preguntarse por el motivo de aquella llamada. Se figuró

que se trataría de algún encargo de imprenta. Intentó interrogar al cochero, pero pronto llegó a la conclusión de que éste nada sabia.

Cuando al fin llegó al destartalado castillo, fue recibido cordialmente por Voltaire y la señora de Chatêlet.

El motivo de aquella invitación era una crítica que Pinard había escrito unos meses atrás denunciando a un alto clérigo, cuya familia, valiéndose de las influencias de éste, había realizado un gran acaparamiento de grano, provocando el encarecimiento del pan y la desesperación entre la población más pobre.

El escrito llegó a manos de Voltaire que quedó entusiasmado por el agudo ingenio que destilaban aquellas líneas y la similitud existente entre aquellas palabras y las suyas propias. Indagó sobre la autoría del escrito, tras largas averiguaciones el nombre de Pinard apareció y sintió ganas de conocerle.

Pinard pasó una semana en Chatêlet. Hablaron, Voltaire y él, de todo lo hablado y por hablar sintiéndose empequeñecido ante aquel ingenioso conversador. Cuando se despidió se sintió inmensamente orgulloso de haber despertado la curiosidad de aquel gran hombre.

De regreso a Metz, se convenció aún más de que aquello que denunciaba en sus escritos había de servir a unos grandes fines.

Desde ese momento se mantuvo una fluida correspondencia entre Voltaire y Pinard mediante la cual se intercambiaban noticias e ideas para sus escritos.

En 1762, tres años después de su llegada, Juan Jacobo todavía no sabía nada de la faceta clandestina de Pinard.

Sospechaba que por las noches alguien imprimía en el taller. Algunas mañanas encontraba las herramientas cambiadas de sitio y restos de papel olvidados.

Decidió preguntar a Pinard al respecto y éste se limitó a responder en un tono evasivo: «Son trabajos atrasados».

En realidad, lo que ocurría era que habían sido descubiertas varias imprentas clandestinas en París y Pinard se veía comprometido, en el nombre de antiguas amistades, a realizar en su taller los trabajos que éstas hacían antes de ser descubiertas.

La censura se había agudizado en los últimos tiempos. Aparecieron algunas publicaciones fuera de la legalidad que dieron a conocer el fracaso que estaba

resultando la guerra contra Inglaterra y Prusia. Francia había perdido o estaba a punto de perder casi todas sus posesiones coloniales. La prensa oficial intentaba ocultar esta realidad. Estas publicaciones clandestinas actuaban como un corrector, rebatiendo la información que aparecía en los medios del gobierno.

Esta situación debilitaba al régimen y las autoridades no estaban dispuestas a consentirlo. Emprendieron una cruzada contra los que ellos llamaban traidores a Francia. Pusieron un considerable número de espías dedicados a escuchar lo que en la calle se hablaba. No escatimaron esfuerzos para intentar descubrir los lugares donde se imprimían aquellas publicaciones.

En poco tiempo encarcelaron o desterraron a un buen número de aquellos que plasmaban sus protestas contra el Estado en un papel. Cerraron imprentas, confiscaron maquinaria y quemaron todo escrito que pudieran considerar peligroso para el régimen. Lo que no pudieron evitar fue que el *ruido público* se paseara por la calle.

El furor de esta represión llegaba atenuado a Metz. Estanislao I, suegro de Luis XV, regía el ducado de

Lorena —que le había sido concedido como premio por su renuncia al trono de Polonia— con un espíritu más tolerante y en un ambiente más relajado que el de su yerno Luis XV.

De esta circunstancia se aprovechaba Pinard para continuar con los trabajos que las imprentas desmanteladas ya no podían hacer. Era una labor muy peligrosa pero era necesario continuar en la brecha.

Una tarde, casi anochecido, de últimos de 1762 ocurrió algo que daría a Juan Jacobo una ligera idea de lo que se imprimía en el taller por las noches.

Terminada la jornada de trabajo, estaba Juan Jacobo solo en el taller, limpiando y ordenando los tipos. De pronto se abrió la puerta que daba a la calle y apareció el mismo hombrecillo encorvado que vio el día de su llegada al taller.

Le había visto algunas veces desde que estaba en la imprenta, casi siempre al anochecer. Llevaba un fajo de papeles bajo el brazo, como casi siempre que venía por el taller. Tenía algo de misterioso aquel hombrecillo, al que llamaban Laville. Andaba muy rápido, con la cabeza gacha, como si no quisiera que le viesen el rostro.

Laville, no se percató de la presencia de Juan Jacobo, que estaba oculto detrás de la prensa. Cuando Laville,

creyéndose solo en el taller, pasó junto al lugar donde se secaban las páginas impresas un rato antes, dejó los papeles que llevaba bajo el brazo sobre una mesa y fue a echar un vistazo a las hojas que colgaban en los tendederos. Una ráfaga de viento entró por una ventana abierta y desparramó por el suelo los papeles que Laville había colocado encima de la mesa. El hombrecillo, se volvió y empezó a recoger los papeles del suelo. Entonces fue cuando vio a Juan Jacobo, recogió más aprisa y salió del taller como una exhalación.

Juan Jacobo observó como se dejaba una hoja que había ido a parar debajo del armario que servía para guardar la tinta. La recogió y descubrió que no era una hoja sino tres ligeramente pegadas, por estar aún fresca la tinta. Se trataba de un manuscrito hecho en letra muy menuda y casi ilegible. A duras penas, logró descifrar el escrito. Al principio creyó que eran unos versos obscenos simplemente, pero conforme iba leyendo comenzó a relacionar los personajes de los versos con ciertas historias escabrosas que habían llegado hasta sus oídos.

En las tres páginas aparecían nombres y situaciones perfectamente reconocibles por él.

Así pues, no era difícil para Juan Jacobo relacionar *La Corte de Villapodrida* con la corte de Versalles; al *Gran*

Viejo Verde con el mismísimo rey; a *Santa Casta de las Piernas Cerradas* con la reina de Francia; *Santa Complaciente de las Piernas Abiertas* era, sin duda, la marquesa de Pompadour y *el Ministro de Asuntos de la Bragueta Real* debía ser Lebel, primer ayudante de la cámara del rey, encargado de reclutar jovencitas para satisfacer el apetito sexual de su amo, el monarca.

Juan Jacobo, había oído historias contadas con cautela, en voz baja, de como Lebel, el mayordomo del rey, secuestraba a jóvenes vírgenes que pasaban a formar parte del harén real.

A las jóvenes se las educaba y refinaba para ser presentadas ante el rey; de este modo siempre tenía una remesa de carne fresca donde escoger.

Las elegidas eran recompensadas por sus servicios y su silencio con costosos regalos. Cuando el rey se cansaba, se deshacía de ellas sin remordimientos grabándoles la flor de lis en el hombro. La marca significaba que la joven era propiedad del rey.

Ciertas o no, estas historias corrían de boca en boca por toda Francia; pero una cosa era comentarlas en la tertulia de la taberna y otra, muy distinta, publicarlas en un papel

Fue consciente de lo peligroso que podían resultar aquellas tres hojas de papel.

Algún tiempo después, Juan Jacobo se enteró de que el tal Laville no era quien decía ser. Resultó ser el viejo amigo de Pinard de la etapa parisina en *La Luz De Francia*. Era el poeta Lambert.

Lambert durante la feroz represión, estuvo exiliado en Holanda cinco años. Volvió a París con el nombre falso de Laville y prosiguió publicando panfletos contra el Régimen.

Se puso en contacto con Pinard y se alegró muchísimo cuando supo que el impresor seguía en la lucha de las palabras. Se hacía pasar por comerciante de papel y con esta tapadera podía visitar la imprenta de Pinard sin levantar sospechas.

Traía trabajos para imprimir suyos, y de los miembros de *La Luz De Francia*, que seguían actuando por la zona de París.

Allí en Metz era todo más fácil; la presión de las autoridades era menor.

De vuelta a París llevaba los trabajos impresos, que la *La Luz De Francia* se encargaba de poner en circulación.

Era un trabajo sumamente peligroso.

Juan Jacobo decidió contarle a Pinard el episodio de las páginas encontradas y pedirle que le permitiera colaborar en la causa. Pinard fue tajante «le hice una promesa a Juan Duvert, tu padre, y no creo que me perdonara el que te involucrara en estos asuntos»,dijo dando por acabada la conversación.

CAPÍTULO VI

EL VEHEMENTE DUMONT

Desde aquellos momentos, Juan Jacobo empezó a interesarse profundamente por aquella sorda lucha. Comenzó a procurarse lecturas que le proporcionaran una idea de lo que gente como Pinard o Lambert intentaba combatir. Para aquella tarea encontró un inesperado aliado.

Se llamaba Luis, pero detestaba que le llamasen por aquel nombre, debido a la aversión que sentía hacia el monarca. Todos le llamaban por su apellido: Dumont. Aunque, burlonamente, Pinard le bautizó *Versus*. Y es que Dumont estaba en contra de todo lo que el sistema establecía.

Sobre la vida de Dumont se cernía un velo misterioso, que él mismo se encargaba de fomentar dejando crecer los rumores referentes a su persona. Se decía que era hijo ilegítimo de un obispo y la joven hija de un acaudalado comerciante parisino.

Recaló en Metz a principios de 1757, cuando huía hacia la frontera.

Cuando Roberto Damiens atentó fallidamente contra la vida del rey, Dumont abandonó París a toda prisa. Era consciente del clima de represión brutal que el atentado desencadenaría y no quería estar en la ciudad para comprobarlo.

Sabía que cuando las investigaciones comenzaran, él y otros como él, estarían en peligro.

Temía, y con razón, que en el transcurso de las investigaciones su nombre apareciera relacionado con el del frustrado regicida.

Así que cuando el 2 de marzo de 1757, los gritos de dolor de Damiens— que había sido torturado horriblemente y condenado a morir desmembrado por cuatro caballos después de verterle plomo fundido y aceite hirviendo en sus heridas— aún resonaban en la plaza de Gréve, Dumont ya estaba camino de la frontera.

En las ocasiones que alguno de sus conocidos intentaba sonsacarle sobre el atentado Dumont respondía invariablemente: «Yo lo hubiera hecho en verano».

Era una clara alusión al hecho de que cuando Damiens le apuñaló, Luis XV salvó la vida, gracias a la cantidad de ropa que llevaba encima.

Al llegar a Metz, cuando iba camino de la frontera, Dumont descubrió que la ciudad, aunque administrativamente pertenecía al Reino de Francia, era un oasis donde las victimas del intolerante Régimen encontraban asilo.

Le pareció un buen sitio y decidió quedarse.

Dumont era un hombre de unos treinta años, alto y apuesto. Una renta considerable, que su abuelo materno le pasaba, le permitía vestir con elegancia, tener casa alquilada y no depender en exceso del fruto de su trabajo.

Su abuelo le había proporcionado una educación esmerada. Recibió clases en los mejores colegios que el dinero pudiera pagar. Cuando terminó sus estudios, y todos veían en él a un brillante hombre de leyes, el conocimiento de la verdad sobre su nacimiento, oculta hasta entonces, operó en él un violento cambio. Se rebeló contra todo y contra todos. Tomó como blanco preferido la Iglesia y todo lo que representaba. Su rebeldía le llevó

por derroteros revolucionarios y no perdía ocasión de denunciar la hipocresía y el afán manipulador del clero. Se autodefinía como enemigo acérrimo del Trono y del Altar. La cita preferida de Dumont, que escuchó siendo niño en una taberna y que él, con el tiempo había hecho suya, era: «Quiero ver al último rey colgando de las tripas del último cura»

Cuando Dumont llegó a Metz, se procuró unas cartas de recomendación falsas. Éstas le allanaron el camino para entrar a trabajar como preceptor de los hijos de varias familias pudientes.

Sus éxitos con las hermanas y madres de sus alumnos fueron muy superiores a los logrados en la instrucción de sus discípulos. Pronto tuvo que abandonar el trabajo y cambiar de aires.

Juan Jacobo conoció a Dumont en la imprenta, por donde éste solía ir con frecuencia. Dumont mantenía largas conversaciones con Pinard, de las que a veces era testigo Juan Jacobo. La vehemencia, no exenta de lógica, con que Dumont discutía con Pinard encandiló al muchacho que empezó, tímidamente, a tomar parte en aquellas conversaciones. El interés de Juan Jacobo por lo

que allí se hablaba no pasó desapercibido para los conversadores.

Dumont era el cabecilla de una sociedad secreta en ciernes. Unos cuantos amigos se reunían en un viejo almacén de vinos situado a orillas del Mosela. En el local se bebía y se hablaba de política. Al principio eran pocos; el propio Dumont, dos estudiantes de leyes, un joven médico, un secretario del Parlamento y dos de los empleados de Pinard. Luego, al cabo de un tiempo, cada miembro fue presentando nuevos integrantes al resto del grupo. Dumont presentó a Juan Jacobo.

En las reuniones se discutía de religión, de la guerra, de los impuestos, de los ministros y de las amantes del Rey. Se hablaba de tiranía y justicia, de libertad e igualdad, de privilegios y abusos; pero una palabra comenzaba a cobrar fuerza en las mentes de los presentes: Revolución.

La sociedad publicaba unos panfletos impresos en el taller de Pinard. En estos panfletos, redactados casi siempre por Dumont, no se reparaba en medios para denigrar y ridiculizar a la Iglesia, la Nobleza y la Monarquía. Empleaba todas las artes difamatorias a su alcance. Éste era el origen de las encendidas discusiones que mantenía con Pinard. El impresor no estaba de

acuerdo con aquel estilo sucio y barriobajero que empleaba Dumont en sus escritos.
Eran dos formas completamente distintas de entender la lucha de las ideas.
Pinard presentaba unos hechos y razonaba con lógica sobre ellos. Era elegante sin dejar de señalar con su dedo acusador.
El estilo de Dumont era grosero, brutal, rayando a veces lo absurdo.
Pinard apuntaba a la cabeza de sus lectores, en cambio Dumont, apuntaba a la boca del estómago de los suyos.

En cierta ocasión, en una reunión, Juan Jacobo se permitió, poniéndose del lado de Pinard, criticar uno de los trabajos de Dumont. Éste había escrito un libelo en el que vertía tal cantidad de acusaciones absurdas contra algunos personajes de la corte de Versalles y del Gobierno, que el muchacho al leerlo, temió que el efecto causado por su publicación fuera el contrario al esperado y que aquel escrito restara credibilidad a la Sociedad. Juan Jacobo, recriminó a Dumont el poco tacto demostrado al redactar aquellas palabras. Con los ojos chispeantes de ira, Dumont se dirigió al muchacho y visiblemente molesto le dijo: « ¡Juan Jacobo, esto es una guerra! Una guerra entre el pueblo y sus gobernantes políticos y espirituales. Ellos

construyen grandes templos y grandes palacios para hipnotizar a las masas. Ellos los duermen con una mentira, nosotros los vamos a despertar con otra. Mentira por mentira. El anterior rey Luis XIV era un ser casi divino, no se le podía mirar a los ojos. A Luis XV lo vamos a poner a la altura de la calle. Vamos a hacer tan familiares sus intimidades que la gente se va a burlar de él como se burla del vecino cornudo de la esquina.»

El tiempo, lamentablemente, le dio la razón a Dumont. Pinard, que ya en sus discusiones con Dumont sabía que la propaganda de éste sería más efectiva que la suya, se resistía a publicar escritos como aquel junto con los suyos. Decidieron ponerlos en circulación por separado. Pronto se vio que el sensacionalismo de Dumont era buscado con avidez por los lectores, mientras la crítica reflexiva de Pinard era cada vez menos demandada.

Dumont conocía a la perfección los gustos de la gente. Todos los tratados de filosofía antimonárquica y anticlerical nada podían contra los rumores, aunque fuesen falsos, sobre las indiscreciones de alcoba del Rey o las preferencias sexuales del obispo tal...

Era cierto que para abrir los ojos al pueblo, era necesario liberarlo del miedo y la superstición que durante siglos la Monarquía y la Iglesia habían ejercido sobre él. La manera más eficaz, era mostrar a la gente sus flaquezas, muy parecidas a las del propio pueblo. Ésa era la primera batalla de la gran guerra que se avecinaba. El trono y el altar debían dejar de ser sagrados, debían dejar de ser respetables.

«Nuestra primera misión y las más importante por ahora es apagar el resplandor del anterior reinado.» había dicho Dumont al acabar una de las reuniones de la que ahora se llamaba *Sociedad Secreta Subversiva para el Advenimiento de la República*, conocida entre sus componentes como *La Triple S*.

CAPÍTULO VII

LAS PALABRAS PROHIBIDAS

Cierto día, a principios de 1763, Juan Jacobo subió con Pinard al cuarto donde éste dormía. De entre los libros apilados en un rincón, Pinard sacó unas cajas de madera llenas de polvo.

—Ábrelas— le dijo Pinard.

Cuando Juan Jacobo retiró las tapas, pudo ver media docena de tomos y leyó en la portada de uno de ellos *Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*.

Esta obra era, según Pinard, el arma más poderosa con que contaban los opositores al Régimen.

Desde su aparición en 1751, la enciclopedia había tenido fervientes defensores y acérrimos detractores. Entre

los más violentos detractores estaba la Iglesia, y principalmente los jesuitas. La Iglesia, con sus reiteradas protestas acerca del carácter irreligioso, del fomento de la revuelta social y la crítica a la autoridad del Rey, contenidos en la obra, lograron que las autoridades prohibieran en varias ocasiones la continuación de los trabajos de los enciclopedistas.

El papa Clemente XIII, condenó la obra y exigió la quema de todos los ejemplares que estuvieran en manos de los católicos. Esta circunstancia la aprovechó Pinard para hacerse con aquellos tomos a bajo precio.

Pinard le ofrecía la oportunidad de disponer de aquellos tomos cuando y como quisiese, hecho éste que Juan Jacobo, en sus ansias de saber, agradecía profundamente.

Cuando el muchacho ya se marchaba, Pinard puso un libro entre sus manos.

—Lee esto —dijo sonriendo—, es de tu tocayo.

Juan Jacobo quedó confundido al leer en la portada: *Fábulas.*

Pinard aclaró su confusión; se trataba del *Contrato Social*, la obra de Rousseau con una portada falsa. El libro había sido tan polémico como la Enciclopedia. *El Emilio*, la obra anterior de Rousseau, fue quemada frente al Palacio de Justicia y el *Contrato Social* llevaba el mismo camino.

Un libro prohibido era un prestigio para su autor; pero lo que de verdad glorificaba a un libro era la hoguera. Le convertía en una verdad secreta.

La lectura de este libro sumió a Juan Jacobo en un mar de dudas. Hicieron falta no pocas visitas a Pinard, con el libro bajo el brazo, para que el muchacho pudiera terminar de entender alguno de los enrevesados pasajes de la obra. El propio Pinard se perdía a veces intentando explicar dichos pasajes a Juan Jacobo.

El mismo Rousseau escribiría «…en cuanto al *Contrato Social*, los que se alaban de entenderlo por entero son más hábiles que yo.»

Las ideas contenidas en el libro lo hacían sumamente peligroso desde el punto de vista de las autoridades. Las ideas de Rousseau atentaban contra la Monarquía de derecho divino, y por añadidura, contra la Iglesia que era su sostén ideológico. Proclamaba que la soberanía reside en la población y no en el Estado.

Pinard continuó suministrando lecturas a Juan Jacobo. Éste comprobó, leyendo a Locke, Montesquieu o al admirado Voltaire como, aunque con matices, las ideas de estos autores eran las mismas: la igualdad del hombre

por encima de los privilegios, la libertad de pensamiento, el reparto de poder y la búsqueda de un modelo social más razonable y justo.

Estas lecturas animaron a Juan Jacobo a escribir un artículo que tituló *La anormalidad como norma*, donde con una lógica clara, abordó temas como la sucesión monárquica o la intolerancia de la Iglesia.

Influenciado por la lectura del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, argumentó contra la sucesión monárquica que nadie podía asegurar que el hijo o el nieto de ningún rey tenía un don divino para gobernar, por muy bien que hubiese gobernado su antecesor. Tomó prestadas las palabras de Dumont al escribir: «El reino animal demuestra ser más lógico que el género humano, cuando escoge a sus jefes en función de su fuerza para defender la manada o de su orientación para conducir al grupo a los pastos y al agua»

Cuando Pinard leyó aquel artículo estuvo orgulloso del muchacho. Le propuso imprimirlo y que saliera junto con sus publicaciones.

Mientras tanto, Dumont había encontrado una nueva fórmula para difundir sus rumores cargados de

veneno: las canciones. Eran unas composiciones en verso fáciles de aprender que difundían sus escandalosos mensajes al son de tonadas tan conocidas como *Malbrouck s'en vat en guerre*. La gente las cantaba, agregando estrofas sobre la marcha, en las tabernas, cuando el vino corría con generosidad. Trataban, principalmente, de las amantes del Rey y del oro de la Iglesia.

Dumont, seguía empeñado en arrastrar a la Monarquía y a la Iglesia por el fango de la calle.

La guerra había terminado. Se había luchado en el corazón de Europa. El conflicto traspasó las fronteras del viejo continente. Los soldados del Rey de Francia mataron y murieron en la India, en el Canadá y a orillas del Mississippi. En la redacción del tratado de paz, se podían entrever algunos puntos que darían pie a futuros conflictos. Estos tratados se firmaban en lujosos palacios, por distinguidos señores que no querían ver las terribles consecuencias de esta guerra: familias rotas, economías arruinadas, lisiados sin esperanza y una rabia mal contenida en el pueblo.

Esta rabia de las masas la aprovechó Dumont para redoblar sus ataques por medio de panfletos y las tan eficaces cancioncillas de taberna. Estos escritos circulaban

a decenas. En ellos se exageraba, pero no demasiado, las pérdidas de Francia y el precio, en forma de impuestos, que el pueblo tendría que pagar para hacer frente a los gastos militares. Dumont no perdía ocasión para apuntar que parte de este dinero, se perdería, antes de llegar a las arcas del Estado en caprichos del Rey y de sus amantes.

En una guerra la primera víctima es la verdad. Atendiendo a esta premisa, Pinard mantenía una dura pugna con la prensa afín al Régimen. Ésta intentaba hacer ver al pueblo que los resultados de la guerra habían sido beneficiosos para la nación. Pinard, por el contrario, presentaba en sus publicaciones un balance enteramente negativo.

Dumont, creyó llegado el momento de la revuelta y así se lo hizo saber a Pinard, en una de las acaloradas discusiones que mantenían con frecuencia en el taller. El impresor reconoció que la coyuntura era favorable, pero mantenía que hacía falta más trabajo y más tiempo. Pensaba que había que llevar las nuevas ideas de libertad e igualdad hasta el último rincón, sólo así se podía asegurar la victoria.

En abril de 1764 falleció la amante reconocida de Luis XV: la marquesa de Pompadour. Aquella mujer, llevaba casi dos décadas rigiendo los destinos de Francia. Había sido la amante del rey durante un tiempo, luego, cuando el rey buscó carne más joven, ella supo hacerse imprescindible a los ojos del monarca.

La Pompadour había compartido secretos de estado y de alcoba. Todo Versalles había girado en torno suyo. Encumbró a personajes por el simple hecho de tener una conversación amena, protegió las artes y las ciencias, pero no dudó en hacer encarcelar a los que cuestionaban su derecho a ser recompensada con las cuantiosas cantidades que el rey le proporcionaba con cargo al Tesoro.

Dumont la llamó *Limpiarcas*. Pinard, quizás por la defensa que la marquesa hizo de la Enciclopedia, fue menos duro.

Aquel mismo año, fueron expulsados los jesuitas de Francia. La noticia de la expulsión llenó de júbilo a los enciclopedistas en particular y a todos los opositores al Régimen en general. Dumont estaba satisfecho. Se consideraba vencedor en aquella guerra particular que mantenía contra la Iglesia, cuya facción más beligerante era la Compañía de Jesús. Pinard, por su parte, se mostraba más circunspecto; sabía que en la expulsión de

los jesuitas había influido poderosamente la facción rival: los jansenistas. Además, Pinard predicaba la tolerancia para todos, sin excepciones.

CAPÍTULO VIII

UNA VISITA AL SEÑOR DE VOLTAIRE

Juan Jacobo seguía compartiendo su tiempo entre su trabajo en el taller de imprenta, las actividades de la *Triple S* y su faceta como panfletista. Esta última actividad era la que más satisfacciones le reportaba.

Se convirtió, por méritos propios, en un valiosísimo colaborador para la publicación de Pinard.

A principios de 1766, Pinard recibió una extensa carta de Voltaire. En esta carta, Voltaire le relataba la extraña historia de una misteriosa bestia aparecida en la región de Gévaudan en Auvernia. Lo que, a todas luces, era un lobo de gran tamaño, la Iglesia lo había convertido en una criatura diabólica, surgida de los infiernos como

castigo por el anticristianismo que Francia sufría en los últimos tiempos.

Se provocó, de este modo, la angustia y el temor popular, y lo que era más grave, la imposibilidad de acabar con el problema, pues el miedo y la superstición impedían que se le hiciera frente al animal.

La Iglesia se sirvió de las circunstancias para celebrar misas y sacar a los santos en procesión para que les protegiera del diablo. Se vendieron a miles medallas con la imagen de San Jorge, matador de dragones. Los diezmos atrasados fueron pagados con prontitud.

Llegado a este punto de la narración, Voltaire escribía con ironía: «No sé si será mejor matar al lobo o emplearlo como recaudador de los diezmos , seguro que las repletas arcas de la Iglesia lo agradecerían».

La epístola en sí, era una invitación manifiesta a Pinard para que, mediante su publicación, denunciara estos sucesos. El propio Voltaire hubiera denunciado estos hechos de no estar inmerso de lleno en el escándalo del caballero La Barre.

El joven La Barre, de diecinueve años, había sido acusado de la profanación de la Cruz en un cementerio y de la mutilación de un crucifijo. El joven, bajo tortura, confesó su culpabilidad. En un registro efectuado en el

domicilio de La Barre, se encontraron libros catalogados como inmorales por las autoridades. Entre ellos se encontró un ejemplar del polémico *Diccionario Filosófico* de Voltaire. El escritor podía ser considerado como responsable moral de lo ocurrido. Así pues, no era el mejor momento para verse envuelto en otra polémica con la Iglesia.

Pinard le enseñó la carta a Juan Jacobo que, inmediatamente le pidió que le permitiera escribir un artículo al respecto.

Juan Jacobo escribió un artículo titulado: *Superstición*. Empleó un estilo ligeramente más violento que en sus anteriores escritos, que intento suavizar con algunos toques de amargo humor. El artículo terminaba con una frase tomada de *Edipo*, la tragedia que Voltaire escribiera en su juventud: «Nuestros sacerdotes no son lo que un huero pueblo piensa, nuestra credulidad les confiere toda su ciencia».

La publicación de aquel escrito forzó a las autoridades a intervenir en el asunto; en dos meses el problema quedó resuelto.

El artículo llegó a manos de Voltaire. Creyendo que el autor había sido Pinard, pues el texto llevaba como rúbrica *El Aguijón*, —éste era el seudónimo que utilizaba Juan Jacobo para firmar sus escritos— le escribió una carta felicitándole y agradeciéndole el interés mostrado en el asunto. Pinard, a su vez, le comunicó que el trabajo no era suyo, sino de un joven empleado.

Al cabo de dos meses, Voltaire les invitaba a visitarlo en Ferney, cerca de la frontera suiza. El escritor corría con todo los gastos del viaje. Le pedía con insistencia que llevara al joven empleado con él.

Cuando llegaron a Ferney les recibió un Voltaire anciano, achacoso y de frágil apariencia. Esta fragilidad aparente desapareció en el momento en que, por su desdentada boca, fluyeron ideas, críticas y proyectos; resultaba evidente que aquella boca no era instrumento suficiente para ponerle voz a los bulliciosos pensamientos que se agitaban en aquella prodigiosa cabeza. Con la pluma en las manos todo era bien distinto.

Voltaire, a sus más de setenta años seguía manteniendo una actividad frenética. Les enseñó el edificio de nueva construcción que había sustituido al antiguo castillo. Les mostró sus nuevos proyectos de desecación de terrenos

pantanosos, las pruebas que realizaba con nuevos abonos y la cría de gusanos de seda.
Toda esta actividad no le impedía seguir escribiendo e involucrarse en feroces pugnas con la Justicia y la Iglesia.

Pinard no se encontraba con Voltaire desde hacia casi trece años. En 1753, después de abandonar precipitadamente la corte de Federico II, el escritor se encontraba en Colmar. Las autoridades intentaban expulsarle de la ciudad por considerarle un elemento polémico y peligroso. Se propagó el rumor de que Voltaire estaba muy enfermo, incluso de que había muerto. Pinard se desplazó con rapidez hasta Colmar para averiguar que había de cierto en las noticias que oyó. Voltaire, atosigado por todos, nunca había olvidado el apoyo que le ofreció el impresor.

Lo que, en principio, iba a ser una visita de algunos días se alargó inesperadamente al caer enfermo de gravedad Pinard.
Voltaire se desvivió por el enfermo. Pasaba las noches enteras en la cabecera de la cama de Pinard. No reparó en gastos. Hizo desfilar a los médicos más ilustres de la región por Ferney.

Después de dos semanas sufriendo unas altas calenturas, Pinard pareció mejorar. Cuando el impresor se sintió con fuerzas y los días eran apacibles, los tres se instalaban en el jardín. Allí, rodeados de una exuberante vegetación, se entablaban debates acerca de religión, política y filosofía. Juan Jacobo quedó sorprendido de la vitalidad y lucidez del anciano escritor.

Entre la enfermedad y la convalecencia de Pinard, pasaron treinta y nueve días en Ferney.
Se volvieron a Metz con dos cajones repletos de libros que Voltaire les había regalado.

Mucho tiempo después, Juan Jacobo recordaría las palabras que, a modo de despedida, Voltaire le dijo: «La semilla ya está en el surco, yo no viviré para ver la cosecha; pero vosotros, los jóvenes, deberéis estar preparados para recoger los frutos».

CAPÍTULO IX

UN CASO DE MALA SUERTE

Una mañana de abril de aquel mismo año, cuando Juan Jacobo se disponía a ir al trabajo, Teresa, la dueña de la hospedería, le comentó que la noche anterior había llegado un nuevo huésped. Aquella mañana, el recién alojado, había preguntado por una imprenta en la ciudad. Juan Jacobo se ofreció para acompañar a aquel señor hasta la imprenta donde estaba empleado.

El coronel Juan Gaspar de Thürriegel, así fue como él mismo se presentó, era un hombre de unos cuarenta años, alto y fornido. Calzaba unas lustrosas botas de montar y vestía una casaca de terciopelo azul con gran profusión de botones dorados y de encajes. Hablaba francés con un ligero acento germánico. Su andar, erguido

y acompasado, revelaba su formación militar; pero sus manos contrariaban al resto del cuerpo. Los gestos de las manos de Thürriegel, cuando hablaba, le recordaban a Juan Jacobo a los sutiles y embaucadores vendedores de la plaza del mercado.

El coronel, esto lo supo Juan Jacobo más tarde por boca de Pinard, tenía entre manos un turbio negocio de contratación de colonos para España. Necesitaba imprimir una gran cantidad de octavillas de propaganda.

Pinard, que no veía el asunto claro, se lo quitó de encima como pudo.

La visita de aquel personaje iba a cambiar radicalmente la vida de Pinard y la de Juan Jacobo.

El tal Thürriegel, bávaro de nacimiento, había sido espía al servicio de Francia, durante la guerra. Fue descubierto en Prusia y condenado al destierro. Las autoridades francesas desconfiaban de tan oscuro personaje. Consideraban demasiado leve la pena de destierro y temían que Thürriegel tuviera que compensar de alguna manera a Federico II. Temían, en definitiva, que ahora viniese a espiar a suelo francés, esta vez al servicio

de Prusia. Por este motivo, los movimientos del bávaro eran estrechamente vigilados por agentes franceses.

Cuando aquella mañana Thürriegel y Juan Jacobo entraron en la imprenta, un hombre apostado en la esquina tomaba nota de la dirección del taller. Cuando al cabo de un rato, Thürriegel salió por la puerta aquel hombre continuaba en el mismo sitio. Al día siguiente, un agente vigilaba la entrada de la imprenta y otro se hospedaba en la casa de Teresa Fortier. Tenían que averiguar lo que Thürriegel se traía entre manos.

Al anochecer, el agente encargado de vigilar la entrada de la imprenta, advirtió como un hombrecillo encorvado abría la puerta del taller y desaparecía en el interior, llevando un fajo de papeles bajo el brazo. Al cabo de unos minutos, el mismo hombrecillo salía a la calle. Llevaba, de nuevo, un gran fajo de papeles bajo el brazo. El hombrecillo escudriñó con mirada nerviosa los alrededores y se alejó con rapidez calle arriba.

El agente dudó entre permanecer en su puesto o seguir al individuo. Se decidió por esto último. Le siguió hasta las afueras de la ciudad. Comprobó cómo se alojaba en una posada. Volvió a la hospedería de Teresa, donde su compañero no perdía de vista Thürriegel. Después de algunas explicaciones entre ellos, salieron disparados

hacia la posada de las afueras. Detuvieron al hombrecillo, registraron su cuarto y encontraron abundante material sedicioso: panfletos, libelos, ejemplares de la publicación de Pinard y de la de Dumont...

Aquel material, que estaba allí en espera de ser llevado a París para ser puesto en circulación, llevaría, con toda seguridad, a la cárcel a cualquiera que tuviera relación con él. Los agentes habían detenido a Lambert pensando que era un correo de Thürriegel. Los dos hombres se llevaron a Lambert con ellos. Una vez que dejaron al detenido a buen recaudo en los calabozos de la policía de la ciudad, fueron a indagar por las cercanías de la imprenta. Preguntaron en las tabernas y a los transeúntes. Recabaron información sobre el propietario y los trabajadores de la imprenta haciéndose pasar por comerciantes.

Súbitamente, Thürriegel había dejado de tener importancia para ellos.

Habían descubierto un asunto largamente perseguido por sus superiores, que llevaban años intentando averiguar de dónde provenían los escritos sediciosos que inundaban Francia.

Aquel caso les reportaría unos méritos inesperados y, con un poco de suerte, alguna compensación económica o un ascenso.

Desde la muerte de Estanislao I, hacía apenas dos meses, la Lorena era un territorio completamente francés. La poderosa mano del Estado se cerraba sobre ella con toda su fuerza: el refugio para las ideas de libertad ya no era tal.

Los agentes decidieron organizar una redada para el día siguiente, cuando estuvieran todos en la imprenta. Querían, con la ayuda de la policía de la ciudad, atrapar a los responsables en plena actividad.

Cuando los agentes, ya de vuelta en la hospedería, se disponían a dormir hablaban de la redada del día siguiente. Teresa tenía la costumbre de escuchar tras las puertas, le gustaba saber quien se alojaba en su casa. Pudo oír como uno de ellos decía: «…mañana a estas horas, el manco y toda su cuadrilla estarán entre rejas...»

Teresa aguantó la respiración y permaneció unos instantes pegada a la puerta, hasta que estuvo segura de que el manco del que hablaban era Pinard y la cuadrilla eran los trabajadores de la imprenta. Corrió a contar a

Juan Jacobo lo que acababa de escuchar. Éste, rápidamente intuyó el peligro y fue a informar a Pinard y a Dumont. Les puso al corriente de los hechos. Pinard no acertaba a comprender lo que había ocurrido. Dumont dijo que Lambert corría peligro, tenían que ponerle sobre aviso. Mandaron a Juan Jacobo a la hospedería y se dirigieron a la posada, donde sabían que se alojaba Lambert. Cuando hablaron con el posadero comprendieron de inmediato lo ocurrido. Estaban en grave peligro. Tenían que desaparecer. Recogieron el dinero que pudieron reunir, alguna ropa y encaminaron sus pasos hacia la frontera.

—Si te molestan, busca amparo en el barón de Perchel — aconsejó Pinard a Juan Jacobo, antes de marcharse.

Sería la última vez que el muchacho viera al impresor, de Dumont tendría noticias en futuro no muy lejano.

A la mañana siguiente, para no levantar sospechas, Juan Jacobo se encaminó hacia la imprenta como todos los días. Antes de salir a la calle le dijo a Teresa que si no volvía a almorzar avisara al barón de Perchel. Llegó a la

puerta de la imprenta. Al cabo de algunos minutos fueron llegando sus compañeros de trabajo. La puerta del taller seguía cerrada. Juan Jacobo advirtió que había dos hombres en la esquina reparando la rueda de un carro.

«Demasiado torpes para que no se les note», pensó. Aquellos hombres miraban hacia la puerta de la imprenta, cada vez con mayor insistencia. Después de unos minutos, el desconcierto pareció adueñarse de ellos, parecía como si discutieran entre ellos. Por fin se dirigieron hacia la imprenta, seguidos de una decena de policías salidos de no se sabe donde. Con gesto arrogante, preguntaron por el dueño. Alguien les contestó que el dueño dormía en un cuarto encima del taller. Echaron la vieja puerta abajo y registraron el local de arriba abajo. Contrariados por no haber podido encontrar a Pinard, se llevaron detenidos a Juan Jacobo y a sus compañeros para interrogarlos. Después de varias horas de preguntas, al atardecer, se presentó el barón. Estuvo unos minutos hablando el jefe de policía. Antes de que fuera de noche estaban todos los detenidos en libertad. La gran fortuna del barón de Perchel le confería unas dotes de persuasión muy brillantes.

De vuelta a la casa de Teresa, Juan Jacobo vio delante del taller, una gran columna de humo que ascendía hacia el cielo.

Los agentes y la policía sólo sacaron en claro del interrogatorio la identidad de Pinard. En cuanto a los detenidos, consideraron que eran simples empleados que nada sabían de los tejemanejes de su patrón.

Días después, cuando la información sobre la identidad de Pinard llegó a París, salió a relucir el pasado episodio de la Imprenta Real y su relación con Dumont, personaje éste, a su vez relacionado con el atentado sufrido por el Rey.

Pinard fue calificado como un elemento muy peligroso. Su detención era una prioridad absoluta.

La imprenta fue cerrada, libros y manuscritos fueron quemados en la misma calle. La maquinaria fue cargada en carros y enviada a París. Se borró cualquier vestigio que indicara que allí había existido una imprenta.

Juan Jacobo pasó varios días encerrado en su cuarto, inquieto y sobresaltado ante el menor ruido. Teresa intentaba tranquilizarle diciéndole que todo estaba tranquilo por la zona y que nadie preguntaba por él.

Una semana después de su detención, Juan Jacobo puso de nuevo los pies en la calle. Reunió el suficiente valor para pasar por delante de la puerta del que había sido su lugar de trabajo durante los últimos siete años. Encontró las puertas cerradas a cal y canto, todavía pudo distinguir restos de la gran hoguera donde ardieron los libros de la imprenta. Vagó durante todo el día por la ciudad sin rumbo fijo. Anocheciendo, se dirigió hacia el almacén de vinos donde la *Triple S* celebraba sus reuniones. Todo estaba desierto, no encontró a nadie. Después de la huida de Pinard y Dumont, los demás miembros de la Sociedad optaron por suspender todas las reuniones y pasar lo más desapercibidos que fuera posible.

Cuando, al cabo de dos semanas sin trabajar, Juan Jacobo ya pensaba en la forma de ganarse el pan, apareció por la hospedería el administrador del barón de Perchel. El barón quería verle para ofrecerle un empleo.

CAPÍTULO X

LA FORTUNA DE LA CASA PERCHEL

Felipe Nicolás De La Font Noire, barón de Perchel, era descendiente de una noble y antigua familia, cuyo antepasado más distinguido había sido el cruzado *Corta Orejas.*

Cuando en 1146, el iluminado Bernardo de Claraval predicaba con vehemencia la segunda Cruzada, la familia De La Font Noire estaba más preocupada de mejorar su situación financiera que en los asuntos de Tierra Santa. Sólo el joven Ricardo —el futuro *Corta Orejas*— prestó atención a las palabras de Bernardo de Claraval. Interesado más en la posibilidad de hacer fortuna que en los asuntos de religión, Ricardo se dejó reclutar por el monje.

Fue de los pocos que llegó a Jerusalén. Su valor en el sitio a Damasco y la costumbre de cortar una oreja al enemigo abatido le hicieron famoso entre los cruzados. Años después volvió a Francia con numerosas cicatrices por todo el cuerpo y un morral repleto de orejas de infieles. Luis VII, rey de Francia, le recompensó con un vasto dominio y un castillo en las cercanías de Metz, en reconocimiento a su entrega y valor.

Con el paso de los años, el brillo de su apellido fue apagándose y la fortuna de la casa Perchel se fue disipando hasta no dejar rastro de su pasado esplendoroso. Cuando en 1720 la banca de Law quebró, el padre de Felipe Nicolás perdió sus últimas posesiones. A la casa Perchel sólo le quedaba el nombre.

Los años siguientes fueron muy difíciles. Felipe Nicolás y su familia vivían del favor de parientes y conocidos.

En 1747, Felipe Nicolás se acercaba a la treintena, había intentado hacer fortuna por los más diversos medios; pero ni se le ocurrió manchar su ilustre apellido con ninguna actividad propia de mercaderes.

La fortuna se le presentó con el rostro destrozado por la viruela. Se llamaba Luisa y era hija de un rico armador. La

boda se celebro en París. Las ropas del novio eran prestadas. El rostro de la novia estaba cubierto por un tupido velo

Monsieur Lissard, padre de Luisa, accedió a la celebración de aquella boda aun a sabiendas que tendría que mantener a su yerno. Lissard quería que sus nietos llevaran un apellido noble.

Felipe Nicolás, colmadas sus ambiciones, vivía con tranquilidad de la cuantiosa dote de su esposa, cuando ocurrió algo que le convertiría en más barón de Perchel de lo que nunca había sido.

Lissard logró reunir una inmensa riqueza con el comercio transoceánico. Sus barcos llevaban mercancías a las costas africanas, donde las cambiaba por esclavos que, más tarde, vendía en América. Allí, con el dinero producto de la venta de esclavos, compraba café, algodón y productos tropicales, que volvía a vender en Francia. El negocio era redondo. No menos de veinte barcos de su propiedad iban y venían desde América hasta el puerto de Nantes.

A primeros de noviembre de 1755, Lissard y su único hijo varón se encontraban en Lisboa, a donde habían ido a cerrar un importante negocio. Allí les sorprendió un terrible terremoto que destruyó la ciudad y ocasionó la muerte de más de quince mil personas. Entre los muertos se encontraban Lissard, su hijo y la tripulación al completo del barco que les había llevado a la ciudad. Un mes más tarde, la esposa de Lissard y suegra del barón moría sin haber pronunciado ni una sola palabra desde que tuvo conocimiento de la catástrofe.

De pronto, el barón de Perchel fue dueño de tanto dinero que no sabía que hacer con él. Una legión de banqueros le mareaban con cifras de muchos ceros; comerciantes, constructores e intermediarios le confundían cada vez más.

Tomó la acertada decisión de dejar todo el negocio en manos del administrador de su difunto suegro. Éste era un hombre honrado, amigo de Lissard desde mucho tiempo atrás. El hombre, apreciaba a la familia —o lo que quedaba de ella— de verdad. Cada cierto tiempo, Rigaut, el administrador, presentaba al barón informe de los negocios. Después de cada una de estas reuniones, el barón de Perchel veía como su fortuna aumentaba un poco más. Por consejo de su esposa, tuvo la prudencia de

recompensar con generosidad el desvelo y la diligencia de su administrador.

La primera decisión que tomó el barón, en cuanto al dinero, fue comprar las tierras y el castillo que sus antepasados habían ido vendiendo en el transcurso de los años. Pagó diez veces su precio real; pero no le importó, el dinero no era ningún problema. Derribó las ruinas del viejo castillo y en su lugar hizo levantar una magnífica casa rodeada de frondosos jardines. Colocó en la puerta de entrada el escudo de armas de la casa Perchel, donde se veían un león, un yelmo y tres orejas a los pies del león.

La primera noche que Felipe Nicolás de la Font Noire y su esposa durmieron en la nueva casa, por la mañana al despertar, el barón dijo a su mujer: «El barón de Perchel ha resucitado, la casa Perchel vuelve a ser grande».

Juan Jacobo, había visto bastante a menudo al barón por la imprenta. Cuando la nueva situación económica del barón se lo permitió, dio rienda a su afán coleccionista, largo tiempo reprimido por la falta de

dinero. Era un apasionado coleccionista de libros, capaz de pagar verdaderas fortunas en las subastas.

La primera vez que el barón puso los pies en la imprenta, encargó la restauración de una docena de Elzevirios que habían sido rescatados del fuego con las tapas chamuscadas. Quedó tan satisfecho con el trabajo realizado que se convirtió en un asiduo cliente de Pinard. El impresor le proporcionaba rarezas literarias que encontraba en sus viajes a París. Las buscaba en los puestos de los libreros instalados en el Pont Neuf y en los muelles del Sena; allí en los cajones repletos de libros deshojados aparecía, muy de vez en cuando, alguna joya de imprenta olvidada. La mirada experta de Pinard escrutaba entre los puesto en busca de viejas reliquias que a veces llegaban hasta los tenderetes por pura casualidad. En una ocasión, Pinard consiguió para el barón una de las famosas Biblias, de edición inglesa, en las que se confundía a Jesús con Judas. Pinard también traía consigo, de sus visitas a los libreros del Pont Neuf, textos prohibidos por la censura política y religiosa.

CAPÍTULO XI

UN NUEVO PATRÓN

El barón era un hombre de poco más de cuarenta años, algo entrado en carnes, amable y alegre que parecía estar dando gracias al cielo a cada momento por su suerte. Amante de la historia y de la literatura, pero sin profundizar en ninguna de las dos materias. Apasionado de la antigua Grecia donde, según él, vivieron los hombres más sabios que el mundo había visto. Gran conversador, gustaba de las tertulias improvisadas en sus visitas al taller de Pinard. Sentía especial predilección por las curiosidades y anécdotas históricas. Así fue como trabó amistad con Juan Jacobo. En una de sus charlas históricas, el muchacho le relató la anécdota —desconocida por el barón— de Zeuxis de Heraclea y Parrasio de Éfeso, dos

pintores rivales en la Atenas de Pericles, que resolvieron zanjar sus diferencias sometiendo su arte al juicio de una comisión que decidiría cuál de ellos era el mejor. Zeuxis pintó un racimo de uvas tan realista que los pájaros se acercaban para picotearlas. Cuando los gritos de entusiasmo y los aplausos se fueron apagando, Zeuxis, henchido de orgullo, indicó a Parrasio que levantara la tela que cubría su cuadro. No había ninguna tela. Aquélla tela había surgido de los pinceles de Parrasio. Zeuxis, abatido, se declaró vencido.

Juan Jacobo también le contó la forma en que Epaminondas, general del ejército tebano —casi cuatro siglos antes de Cristo— había dispuesto como elemento de choque de su ejército a un pelotón de ciento cincuenta parejas de hombres unidas por algo más que la camaradería. Estos hombres habían jurado permanecer hasta la muerte al lado de su *compañero*. Este pelotón fue pieza clave en la aplastante derrota que el ejército de Epaminondas asestó a los espartanos en Leuctra.

Estas historias le valieron a Juan Jacobo las simpatías y el reconocimiento del barón. Éste, medio en broma, le decía algunas veces al muchacho: «Cuando te canses de Pinard ven a verme, tengo trabajo para ti.»

La mansión campestre del barón estaba situada en lo alto de una colina, a algo más de dos leguas de Metz.
Aquella mañana, Juan Jacobo se levantó temprano. Cuando aún era muy de mañana, se encontró delante de una verja de hierro forjado con adornos de bronce. Era la verja de entrada a la casa del barón. A los pocos minutos de esperar, vino un sirviente que le franqueó la entrada. Le condujo por un camino bordeado por dos hileras de árboles que formaban un sombreado pasillo. El camino desembocaba en un precioso jardín con una fuente en el centro. Detrás del jardín se alzaba un magnifico edificio de dos plantas. En el pórtico de entrada, flanqueado por dos viejos robles que parecían los centinelas de la casa, se podía ver el escudo de armas del barón. A cada lado del pórtico había cuatro ventanas, dos inferiores y dos superiores, con postigos pintados de blanco. Encima de las ventanas superiores, en el tejado, se encontraban las buhardillas formando un armonioso conjunto con el resto de la fachada.

El edificio era nuevo, llevaba apenas dos años terminado. Se construyó sobre las ruinas del viejo castillo de los Perchel. El barón había conservado los dos arcaicos robles como símbolo de la antigüedad de su familia. La

ubicación de la casa la habían marcado los árboles. La planta baja la ocupaban las cocinas, dos inmensos salones, la grandiosa biblioteca y algunos cuartos para el servicio. En la planta superior estaban los dormitorios.

El barón le recibió en la biblioteca. Le explicó que su trabajo consistiría, en principio, en atender la correspondencia, catalogar y ordenar los numerosos libros que todavía estaban en las cajas; también tendría que hacer un inventario y pegar unas hojitas en el interior de las tapas con el escudo de la familia .

Mientras el barón hablaba, Juan Jacobo no podía dejar de recorrer con la mirada la impresionante estancia. Más de diez mil tomos, perfectamente ordenados, reposaban sobre anaqueles de palisandro de color rojo oscuro, rodeando la habitación como si de otro muro se tratara.

Allí se podían encontrar —esto lo averiguó Juan Jacobo con el tiempo— suntuosos tratados de historia, de arte y de ciencias naturales; antiguos mapas y raros manuscritos; lujosas ediciones de clásicos latinos y griegos; clásicos franceses de siglos pasados; títulos incluidos en el Índice de Libros Prohibidos por la Iglesia, por considerarlos peligrosos para la fe y la moral, a los

cuales se les cambiaba las tapas para despistar. Libros que contenían ideas que podían resultar comprometedoras para sus dueños. En vitrina, bajo llave, se podían admirar dieciséis ejemplares de incunables que le costaron una fortuna al barón.
Aquel lugar iba a deparar a Juan Jacobo muchos momentos de felicidad.

Juan Jacobo fue alojado en un dormitorio de la planta de arriba, en el ala derecha, los habitualmente reservados para los invitados.
Trabajaba en la biblioteca y comía en la cocina, junto a la docena de personas que constituían el servicio doméstico de la casa.

Al segundo día de estar en la casa, cuando estaba subido en una escalera intentando colocar unos tomos en la parte más alta de la estantería, oyó unos pasos detrás de él. Volvió la vista y se encontró con una joven que lo miraba con descaro y curiosidad. Juan Jacobo dio un traspiés y se vio obligado a soltar los libros que tenía en las manos para poder asirse a la escalera. Los libros

cayeron al suelo y poco faltó para que el muchacho cayera también. La joven dio media vuelta y salió soltando una carcajada. Juan Jacobo maldijo su torpeza y avergonzado se preguntó quién seria aquella belleza. La respuesta la halló aquella misma noche, en la cocina mientras cenaba. Era María de Perchel, la hija única del barón.

Por la noche Juan Jacobo se durmió soñando con el rostro nacarado de María y sintiendo, aún, la mirada de sus hermosos ojos.

Juan Jacobo pasaba toda la mañana trabajando a destajo en la biblioteca para, por la tarde, poder pasar algún tiempo leyendo o simplemente curioseando entre aquellos libros. El barón le había dado permiso para leer cuantos quisiera; al fin y al cabo era su bibliotecario. Por la noche, después de cenar, se quedaba en la cocina un largo rato con Mario, el jardinero de la casa. Mario, fue recogido por el padre del barón cuando apenas era un mocoso de cuatro o cinco años. Era de origen italiano y vino a Francia con una compañía de cómicos. Su madre murió arrastrada por la corriente, al intentar vadear un río, a su padre no le había conocido. Mario tenía, más o menos, la misma edad que el barón. Se crió como si fuese

uno más de la familia. En la casa, había permanecido siempre desempeñando tareas propias del servicio y rehusaba cualquier intento, por parte de su familia adoptiva, de elevarle de categoría. En público, trataba al barón como a su señor; pero en cuando estaban a solas le trataba como a su igual y le llamaba por su nombre, sin ningún título por delante.

Mario no había leído un libro en su vida, —entre otras cosas, porque no sabía leer— pero tenía esa sabiduría intuitiva del que se sabe viviendo fuera de su sitio natural. Estaba al tanto de todo lo que ocurría en las posesiones de la casa Perchel. Cuando un criado o un aparcero tenían algún problema, acudían a Mario sabedores de que intercedería por ellos ante el barón. Conseguido el dinero para los cuidados de la hija del cochero que estaba enferma o una rebaja en el pago de las rentas de un labrador que había tenido una mala cosecha, siempre le decía al barón recordando penurias pasadas: «No siempre fueron los tiempos tan prósperos, Felipe Nicolás».

Tal vez porque la charla delante de un vaso de vino acerque a las personas o por el hecho de haber perdido a sus respectivos padres demasiado pronto, Juan Jacobo y

Mario anudaron allí, en aquella cocina, los lazos de una sólida amistad.

CAPÍTULO XII

UN HOMBRE DE CALIDAD

El barón estaba mal de la vista, probó con unas lentes, pero le producían unos terribles dolores de cabeza. Cada vez con más frecuencia llamaba a Juan Jacobo para que le leyera. Algunas veces después del almuerzo, se reunían el barón, la baronesa, su hija y algún invitado ocasional en la biblioteca, entonces, el dueño de la casa requería la presencia de Juan Jacobo para que les leyese. Juan Jacobo tenía una voz clara y bien modulada que resultaba muy agradable para sus oyentes.

Las primeras veces que María vino a escucharlo, el muchacho se ponía muy nervioso al sentir la mirada de la joven clavada en él. Confundía las palabras y se saltaba párrafos enteros. Aquello divertía a María, que con los

ojos parecía burlarse de él. Juan Jacobo se acostumbró a la presencia de la joven y fue tranquilizándose. Le devolvía las burlas con sutileza; poniendo de manifiesto la ignorancia de ella cuando se establecía el debate posterior a la lectura. A María este hecho ya no le divertía tanto. Juan Jacobo jugaba con ventaja. Conocedor de las preferencias literarias del barón, preparaba a conciencia los temas de los que después se discutiría. Así, envueltos en las palabras de Homero, Platón o Plutarco, se escurrían placenteramente las tardes en la casa Perchel.

Estas tertulias aumentaron la consideración del barón hacia Juan Jacobo. Le convirtieron en una grata e imprescindible compañía. Fue elevado de condición, pasó de ser el bibliotecario a ser secretario personal y hombre de confianza del barón. Ya no comía en la cocina ahora compartía mantel con el barón y su familia. Esta circunstancia provocó algunas envidias en el personal del servicio.

—Entras en un mundo desconocido para ti. Piensa dos veces lo que vas a decir— lo previno Mario, con quien seguía compartiendo un vaso de vino en la cocina casi todas las noches.

Los barones de Perchel, cuando se instalaron en su nueva casa ya tenían una idea bastante clara de lo que sería su vida social.

El barón había tenido oportunidad de visitar en un par de ocasiones los salones de Madame Geoffrin, donde se reunían artistas, filósofos y sabios de media Europa. Quedó prendado del ambiente que se respiraba en aquellas reuniones. En cuanto fue dueño de su gran fortuna le asaltó el firme propósito de reproducir aquellos encuentros actuando él como anfitrión.

La casa, además de la magnífica biblioteca, contaba con dos salones bellamente decorados con las más finas porcelanas de Sèvres, los más primorosos tapices de Gobelinos y un sinfín de obras de artes donde se recibía una vez a la semana a un numeroso y variopinto ramillete de personajes.

Era notable la munificencia con que la casa Perchel trataba a sus invitados. Suculenta comida, excelente vino y libertad absoluta de pensamiento y opinión, venían a auxiliar el desarrollo de todo tipo de ideas. Los invitados podían discutir de todo, pero siempre respetando las formas. Hubo quien, en una acalorada discusión religiosa, levantó demasiado la voz llegando a insultar a un

contertuliano y fue invitado de inmediato a abandonar la casa.

Había un grupo de habituales que frecuentaban las reuniones que tenían, más el deber que el derecho, de llevar a nuevos invitados que pudieran ofrecer algo nuevo e interesante que contar. Así, la red se extendió, y cualquier viajero que llegara a la ciudad con noticias o experiencias atrayentes acababa en los salones de la casa Perchel.

Habían desfilado por los salones del barón, matemáticos que intentaban poner en practica una técnica para medir el meridiano terrestre y así tener una base en la que sustentar un sistema de medición universal, que acabara con la amalgama de medidas existentes; médicos sostenedores de la teoría de que con la simple percusión de los dedos sobre la caja toráxica del paciente se podía diagnosticar las enfermedades; historiadores que ponían en tela de juicio algunos hechos históricos así como la supuesta grandeza de algunos personajes; cortesanos que desvelaban los secretos y las miserias de los grandes de Francia; políticos que denunciaban un sistema de gobierno anticuado; viajeros venidos de los confines del mundo que

explicaban la forma de vida de otros pueblos; charlatanes que relataban historias inverosímiles; científicos que convertían los jardines del barón en verdaderos laboratorios de alquimia, donde, ante los ojos de los invitados, llevaban a cabo sorprendentes experimentos.

Pero sin duda, los personajes que despertaron mayor interés fueron un oficial del ejército francés que luchó en Rossbach y un secretario del embajador francés en Rusia que fue testigo de la llegada al poder de Catalina la Grande.

El testimonio del militar, impresionó a los presentes, poco acostumbrados a los horrores de la guerra. La falta de previsión de los altos mandos había dejado sin víveres a la tropa. Bebían el agua de los charcos. Masticaban el cuero de los arneses de sus monturas. Arrancaban las cortezas de los árboles para comérselas. Cualquier animal que podían capturar, acababa en sus estómagos, muchas veces, sin cocinar siquiera.

Llevaban varios días sin comer en condiciones, cuando llegaron a Rossbach, débiles y desanimados. La artillería de Federico el Grande les esperaba emboscada para masacrarlos sin piedad. La caballería prusiana terminó de rematarlos. Los prusianos ocasionaron tres mil bajas al ejército francés y cogieron a más de siete mil prisioneros.

Las bajas del ejercito prusiano no llegaban a los dos centenares.

El oficial echaba las culpas del desastre a la incapacidad e ineptitud del príncipe de Soubise, a la sazón mandamás del ejército; pero entre los oyentes hubo quienes repartieron las culpas entre el príncipe y la amante del rey: la Pompadour.

Madame de Pompadour era la protectora del príncipe de Soubise. Le había colocado en los puestos más altos atendiendo más, a su elegancia y a la destreza demostrada en los salones de bailes de Versalles, que a sus cualidades como militar. La guerra no era ningún baile.

Por su parte, el secretario del embajador había sido testigo privilegiado de los hechos, que unos años atrás, conmocionaron a toda Europa: la proclamación de Catalina como zarina de todas las Rusias, destronando a su propio marido, el zar Pedro II.

Ante la atenta mirada de los invitados, el diplomático fue relatando las intrigas, complots y conspiraciones de la corte rusa; la implicación de Catalina en el asesinato de su esposo y del pretendiente a la corona Iván VI; la sucesión frenética de amantes que pasaron por la alcoba real; la altiva belleza desde la que aquella mujer dominaba con mano de hierro el vasto imperio.

Las palabras del secretario del embajador provocaron gestos de admiración en las mujeres y sonrisas de desprecio en los hombres.

Entre los contertulios habituales, se habían formado dos grupos diferenciados por cuestiones históricas. Unos sostenían la supremacía de la cultura romana sobre la griega; los otros justamente lo contrario. Ponían frente a frente a César y Alejandro, Séneca y Sócrates, Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio, Demóstenes y Cicerón, Heródoto y Tácito, Pericles y Augusto…

Los *helenos* y los *romanos*, —así se llamaban mutuamente— se tomaban muy en serio aquellas disputas históricas. Se leían tomos enteros de historia griega y romana, buscando ventajas para su causa y preparaban retorcidas estrategias dialécticas para demostrar sus teorías.

En una ocasión, los *romanos* tenían arrinconados a sus oponentes recordándoles que Roma había llegado a conquistar Grecia y que el caso contrario no se había dado. Juan Jacobo, que participaba tímidamente en estos encuentros, soltó en voz baja el célebre verso de Horacio:

Graecia capta ferum victorem cepit, «La Grecia conquistada conquistó al bárbaro conquistador». Con aquellas palabras, Juan Jacobo dejaba claro, que si Roma había conquistado Grecia militarmente, Grecia había conquistado Roma culturalmente. Roma fue más griega que Grecia romana.

A finales de 1766, Juan Jacobo era uno de los miembros más respetados de las tertulias que se celebraban en los salones de la casa Perchel.

—Grecia os necesita— le dijo el barón, que adoptaba el papel de mentor del muchacho. Cada razonamiento o cada respuesta ingeniosa de Juan Jacobo, significaba un aluvión de halagos y reconocimiento para el barón. Esto le producía una enorme satisfacción al anfitrión de aquellas reuniones.

CAPÍTULO XIII

VERSALLES

Cuando en 1744, el rey Luis XV víctima de un inusitado ardor guerrero, decidió unirse a sus tropas en la campaña de Alemania, el barón de Perchel era un joven que vivía más preocupado de salir a flote económicamente que de cualquier otra cosa. De camino hacia el frente, el rey cayó gravemente enfermo en Metz. Se temía por su vida.

Corría el rumor de que la enfermedad del rey era un castigo divino originado por sus graves pecados. La entonces amante del rey, Mme. de Châteauroux, era la tercera hija del marqués de Nesle. Sus dos hermanas, antes que ella, pasaron por la cama del monarca. Al adulterio, se unía el incestuoso hecho de fornicar con las tres hermanas.

Esta circunstancia, aireada convenientemente, provocó el escándalo entre el pueblo llano, que veía la vengadora mano de Dios detrás de la enfermedad de Luis XV. También se decía, que por sus pecados, el rey había perdido el poder divino de sus manos para curar la escrófula.

El barón, al que poco le importaban los pecados del rey, vislumbró una ocasión favorable para salir de sus penurias. Se erigió en el más devoto penitente de todo el Reino. Pagó de su bolsa las miles de velas que ardían en las iglesias por la salvación del rey. Hizo ayuno, más o menos estricto, mientras duró la enfermedad del monarca. Cuando el rey sanó, organizó festejos que duraron varios días. De esta manera, el barón pensaba hacerse acreedor de alguna prebenda real; pero sólo consiguió una invitación de carácter vitalicio para el baile del cumpleaños de Luis XV.

Contrajo deudas que tardaría años en pagar para conseguir una simple invitación que le provocaría más deudas todavía. El barón, decepcionado, había hecho efectiva aquella invitación pocas veces; pero cuando su esposa tuvo conocimiento de ella, ya no se pudo resistir a acudir al baile. Por complacer a la baronesa, todos los años visitaba Versalles.

Desde primeros de año, la casa de los barones de Perchel se convertía en un desfile de costureros que andaban probando prendas a los barones—prendas que la mayoría de las veces volvían del viaje sin ni siquiera haber salido de los baúles—; joyeros que desplegaban sus tapetes de terciopelo negro cuajados de diamantes y esmeraldas; peluqueros que peinaban las pelucas de la baronesa empolvándolas con harina de arroz e intentaban recomponer la vieja peluca, estilo de la Regencia, que era la única que consentía ponerse el barón; hábiles maquilladores que ofrecían a la baronesa todo tipo de ungüentos y polvos para disimular las marcas dejadas en su rostro por la viruela.

Todo tenía estar a punto para el 15 de febrero, día del cumpleaños del rey.

Aquel año había novedades: Juan Jacobo les acompañaría.

El barón estaba torpe y necesitaba una mente ágil para recordar nombres y manejarse en la compleja etiqueta de palacio. Juan Jacobo tomó clases de protocolo impartidas por un marqués que había sido un perfecto cortesano hasta su caída en desgracia, motivada por un

desafortunado comentario —hecho demasiado cerca de los oídos equivocados— acerca de la incipiente obesidad de Mme. Pompadour.

En vísperas del viaje de Juan Jacobo a Versalles, la corte se debatía entre el rechazo y la aceptación de la nueva amante del rey y sustituta de la Pompadour, Mme. du Barry. Se decía por los rincones más oscuros, y en voz baja, que Mme. du Barry había sido instalada en la alcoba del rey por el duque de Richelieu. Los propósitos de Richelieu eran claros: intentaba, a toda costa, y con la ayuda de la nueva concubina, acabar con su enemigo natural, el ministro Choiseul.

Circulaban noticias sobre la boda del delfín. Se especulaba con la identidad de la candidata a futura reina de Francia. Los más avezados en cuestiones palaciegas sabían que la elección estaba hecha: María Antonieta, la hija más pequeña de la emperatriz Maria Teresa, estaba llamada a ocupar el trono del Reino.

Versalles era un gran teatro donde deambulaban más de diez mil cortesanos ociosos y aburridos, atendidos por casi cinco mil criados.

Había que saber andar, saludar, estornudar, sonreír y rascarse. No se podía desentonar.
En aquel gran teatro, se representaban espectáculos verdaderamente absurdos. *Le Grand Couvert*, consistía en ver como el monarca rompía con tenedor de oro y de un solo toque la cáscara de los huevos pasados por agua y después los sorbía ruidosamente. Esta proeza convocaba a cientos de ojos, que contenían la respiración y explotaban en una estruendosa ovación cuando el rey llevaba a cabo tan extraordinaria hazaña.

Los barones alargaban su visita a Versalles durante más de veinte días después del cumpleaños. La baronesa tenía, así, tiempo de lucir sus nuevos vestidos y sus costosas joyas. Ya de vuelta en los salones de la casa Perchel, la baronesa encandilaba a sus atónitas amigas con las historias de la corte. Contaba con todo lujo de detalles como Madame de tal engañaba a su marido con el conde de cual. Juraba y perjuraba que algunas noches veía desde su ventana como el rey, embozado en una gruesa capa, salía a la calle para dirigirse a su serrallo particular del Parc-aux-Cerfs, donde le esperaban jovencitas para satisfacer sus apetitos más desenfrenados.

El barón, por su parte, no veía el momento de volver a sus tertulias y a su normalidad. En otro tiempo el barón habría dado lo que fuese por moverse en aquellos ambientes; ahora, en cambio, le producían un malestar indecible.

Juan Jacobo estaba impresionado por tanto lujo y por tanto derroche.

Ahora comprendía mejor a Dumont cuando escribió lo que escribió sobre el *Burdel Dorado* —de esta manera llamaba a Versalles—: «Con las sobras de una comida de palacio, se alimentaría a todos los pobres de Metz durante un mes, aun a riesgo de que sufrieran una indigestión». «Con lo que lleva cualquier condesa colgado del cuello habría para pagar los impuestos de un pueblo mediano durante un año, y todavía sobraría algo para levantar una estatua al tirano que les roba».

Lo primero que aprendió Juan Jacobo en Versalles, era el porqué de la costumbre, de casi todos los que pululaban por palacio, de llevar un pañuelo ricamente adornado empapado en penetrante perfume que se llevaban a la nariz compulsivamente. Los lujosos salones, las acariciantes sedas, los resplandecientes diamantes, los ricos vestidos bordados con hilos de oro, nada de esto,

podía disimular el olor de Versalles. Un olor a inmundicia, un olor a podrido que se filtraba por todos los rincones.

El hecho es que había pocos retretes para tantas personas, y condes y condesas, marqueses y marquesas, barones y baronesas, además del servicio, hacían sus necesidades donde podían.

Ni la inmensa cantidad de flores de los jardines de palacio, ni todos los perfumes de París juntos, conseguían disimular la nauseabunda atmósfera que se respiraba en la corte más fastuosa del mundo.

En un arranque de distinción, hubo algún noble caballero que intentando imitar, en su más mínimo detalle, la gran corte, mandaba a sus criados a las paredes de su castillo a hacer sus necesidades; su castillo no era Versalles, pero por lo menos olía igual.

CAPÍTULO XIV

UNA TERRIBLE NOTICIA

En el verano de1767, una tarde en que alguien leía, en los salones de la casa Perchel, a viva voz, la noticia aparecida en el *Mercure* de una nueva polémica entre Rousseau y Voltaire, presentaron a un nuevo invitado llamado Dumont. En el momento que Juan Jacobo oyó este nombre, salió disparado hacia la puerta. Allí estaba, algo más pálido y delgado, pero era el mismo Dumont que él conocía.

Fue presentado como un viajero venido de América. Algunos de los presentes le conocían y sabían el motivo de su viaje a tierras lejanas.

Ante una audiencia expectante, Dumont trazó un retrato de la situación en las colonias americanas: la

imposición de nuevas tasas a sus colonias, por parte de los británicos, indignaba a los colonos que protestaron violentamente y terminaron por enfrentarse a las tropas británicas. Las ideas de libertad y justicia prendieron con fuerza en los habitantes de las colonias. La guerra se estaba preparando.

—Las colonias americanas le tomaran la delantera a la propia Francia, cuna de las ideas por las que se lucha allí— terminó Dumont.

En cuanto pudo, Juan Jacobo sacó a Dumont del salón para poder hablar a solas con él. Le preguntó si tenía noticias de Pinard, del que no sabía nada desde su huida.

La noche anterior al registro y posterior desmantelamiento de la imprenta, Pinard y Dumont se habían dirigido hacia la frontera. Según Dumont, Pinard empezó a encontrarse mal y tuvieron que parar en una posada. Allí pasaron el siguiente día con Pinard sufriendo unas grandes fiebres. Al amanecer del segundo día en la posada, cuando Pinard empezaba a mejorar, llegaron unos hombres que parecían saber muy bien a quien buscaban. Montaron al impresor en un coche cerrado y se lo llevaron sin mediar palabra y sin ni siquiera reparar en Dumont,

que perplejo y asustado, cruzó la frontera, pasó a Inglaterra y allí se embarcó para América

La noticia de la muerte de su abuelo y tutor, y la gran herencia que éste había dejado, de la cual, él era el principal beneficiario, le decidieron a volver. Llevaba más de un mes en Francia y nadie le había molestado. Se conoce que el viejo se encargó, a fuerza de dinero, de echar tierra encima sobre algunos pasajes poco ejemplares de la vida de su nieto.
Inmediatamente, Juan Jacobo puso en conocimiento del barón lo que acababa de oír de labios de Dumont.

El barón, valiéndose de sus influencias, puso en actividad una extensa red de información con el propósito de indagar sobre el paradero de Pinard.
Cuarenta días más tarde, casi por casualidad, llegaron noticias del impresor: un encargado de la prisión de San Lázaro en París, recordaba a un hombre manco que ingresó en la cárcel por las fechas señaladas. El prisionero llegó muy enfermo y murió a los pocos días sin que la fiebre le abandonara ni un solo momento.

El barón y Juan Jacobo se desplazaron a París para confirmar la triste noticia. Sólo pudieron colocar algunas flores en la fosa común donde, supuestamente, descansaban los restos de Pinard.

En el penoso viaje de vuelta, Juan Jacobo pensaba en el precio que Pinard había pagado por decir la verdad. Verdad que muchos sabían pero que callaban.

CAPÍTULO XV

UN INCIDENTE EN LA BIBLIOTECA

Juan Jacobo se había convertido en apuesto joven, la vida en el campo le sentaba bien. El barón le había hecho confeccionar unas casacas en tonos oscuros que le daban un aire distinguido y elegante.

La apostura del joven le había valido algunas miradas insinuantes, dirigidas por el público femenino, que se daba cita en los salones del barón. Tampoco pasó desapercibido para María el donaire de Juan Jacobo. La hija de los barones de Perchel se hacia la encontradiza en la biblioteca y no perdía ocasión para entablar conversación con él.

Los asuntos del barón ocupaban a Juan Jacobo cada vez más tiempo. Dos veces por semana tenía que ir a Metz para ocuparse de los negocios del barón.

Rigaut, el viejo contable, era un anciano enfermo y achacoso, al que su memoria empezaba a jugarle malas pasadas. Esta circunstancia hacía que a Juan Jacobo se le amontonara el trabajo. También se debía ocupar de cobrar las rentas a los aparceros que vivían en las posesiones del barón. Este trabajo le desagradaba profundamente. El hecho de expoliar las maltrechas economías de aquellos pobres desgraciados le ponía de mal humor. Los tristes ojos con que le miraban los hijos y las mujeres de los campesinos, cuando iba a cobrar las rentas, no le permitían conciliar el sueño.

Decidió hacer algo al respecto, más que nada para tranquilizar su conciencia. Habló con Mario, y entre los dos convencieron al barón de que les adelantara el suficiente dinero para comprar una docena de ruecas de hilar lana.

Llegaron a un acuerdo justo con los propietarios de algunos almacenes de lana, que les proporcionaban la materia prima y les retirarían la lana una vez hilada. De esta manera ocho de las diez familias de aparceros tuvo una o dos ruecas, según el número de sus miembros.

Mario logró que el barón no cobrara intereses por el préstamo y los campesinos irían devolviendo el dinero con los beneficios que obtenían de su trabajo.

Juan Jacobo, con la inestimable ayuda de María y el permiso del barón, organizó una escuela en los cenadores del jardín de la casa. Allí los hijos pequeños de los campesinos, cuando las tareas del campo lo permitían, aprendían los rudimentos de una instrucción básica, enseñados por María y Juan Jacobo, cuando éste podía escapar de sus numerosas obligaciones. Los días de clase, el jardín de la casa Perchel se llenaba con las risas y el griterío de los pequeños. El barón, desde la ventana, los observaba satisfecho. Las penurias de los campesinos fueron menos, Juan Jacobo durmió más tranquilo, la relación entre él y María se estrechó y el barón de Perchel fue el señor más venerado por sus aparceros de toda Lorena.

Las obligaciones de Juan Jacobo no le dejaban apenas tiempo para su ocupación favorita: estar en la biblioteca. Allí entre los libros, aunque fuese simplemente ojeándolos, Juan Jacobo podía poner en orden sus ideas. Allí se encontraba bien. Aprovechaba cualquier momento

para refugiarse entre los estantes repletos de libros y olvidarse de todo.

Venía, desde un tiempo atrás, observando como algunos tomos aparecían cambiados de lugar. Descubrió que algunos ejemplares desaparecían durante un tiempo y luego volvían a aparecer en un lugar equivocado; como si a alguien se le olvidara de donde los había cogido.

La biblioteca era el único lugar de la casa con el acceso restringido. Existían dos juegos de llaves; una las tenía Juan Jacobo y las otras el barón.

Cuando el servicio llevaba a cabo las tareas de limpieza en la biblioteca, Juan Jacobo o el mismo barón siempre estaban presentes.

Además de las colecciones y los objetos de valor había un compartimento secreto, disimulado detrás de las estanterías. El compartimento albergaba documentos demasiado valiosos para guardarlos en otro sitio.

Un día al atardecer, se encontraba Juan Jacobo en la biblioteca. Estaba absorto leyendo una lujosa edición de *El espíritu de las Leyes*, cuando escuchó unos ruidos en la ventana que daba a los jardines. Se escondió detrás de una cortina y pudo ver como María, con una agilidad

impensada, entraba por la ventana. La hija del barón se dirigió hacia las estanterías y se puso a remover entre los libros.

—¿Buscáis algo?— preguntó Juan Jacobo a sus espaldas.

María, sobresaltada, se volvió con el rostro ruborizado e intentó esconder el ejemplar elegido tras su cuerpo. La joven le confesó que se moriría de vergüenza si su padre llegaba a saber que leía cierto tipo de libros.

—Prometo guardar silencio si me explicáis cómo habéis entrado— dijo Juan Jacobo sonriendo.

La explicación era sencilla. Una de las piedras del alféizar de la ventana estaba suelta. Si se desplazaba, quedaba el suficiente espacio, para que alguien con las manos no demasiado grandes, pudiera abrir el pestillo desde fuera. Era necesario tomar la precaución de tener bien engrasado dicho pestillo y de que el pestillo superior estuviera descorrido. De esto se encargaba María cuando, con cualquier excusa, visitaba a su padre en la biblioteca y fingía observar algo a través de la ventana.

No sabía Juan Jacobo cuanto le iba a servir aquella información obtenida a cambio de su silencio.

CAPÍTULO XVI

LOS CELOS DE UNA JOVEN ENAMORADA

Juan Jacobo venia notando el tono distante y a veces cortante con que María le trataba desde hacía unos días. Apenas le dirigía la palabra. La sorprendió, en algunos momentos, dirigiéndole miradas cargadas de rabia.

Esta situación llegó a su punto más álgido un día cuando se cruzaron en las escaleras. Juan Jacobo subía y María bajaba. En el momento de cruzarse María hizo un movimiento brusco para esquivar a Juan Jacobo, que se disponía a saludarla. La joven resbaló y poco faltó para que rodara escaleras abajo. Un libro que llevaba oculto entre las ropas cayó sobre los escalones. Juan Jacobo lo

recogió para comprobar que se trataba de un ejemplar de *Manon Lescaut*.

—Una lectura poco edificante para una señorita— dijo con chanza mientras devolvía el libro a María.

—Monsieur Duvert, os tomáis demasiadas libertades para ser un simple criado— contestó María con los ojos chispeantes de ira.

El trayecto desde las escaleras hasta su cuarto, Juan Jacobo lo hizo ciego de rabia y vergüenza con la palabra *criado* martilleándole la cabeza.

«En verdad es lo que soy» pensaba amargamente.

Se encerró en su cuarto y dijo que no bajaría a cenar porque no se encontraba bien. Era verdad.

Se preguntaba, una y otra vez, que podía ser lo que había operado un cambio tan repentino en la actitud de María hacia él. Repasaba las últimas conversaciones sostenidas con ella buscando cualquier torpeza, por su parte, que la pudiera haber molestado.

Debido a su condición social, desde su llegada a la casa Perchel, Juan Jacobo siempre había temido ser el blanco del desprecio de los conocidos del barón; pero

nunca imaginó que tan terrible golpe vendría de la dulce María.

La actitud de María, respondía a un motivo bien conocido de todos los enamorados: los celos.

María, cansada de los jóvenes— y no tan jóvenes—que la visitaban en su casa con el propósito de cortejarla, adivinó en Juan Jacobo prendas difíciles de igualar por aquellos pretendientes. Aquellos galanes preocupados, únicamente, de si sus pelucas estaban bien peinadas; el lunar postizo ocupaba el sitio adecuado en sus rostros y los botones de sus casacas relucían vistosamente. Aquellos cortejantes que aparentaban gran afectación, de conversación insulsa y pendientes de la última moda llegada de París, fastidiaban enormemente a María.

En cambio, la sencillez de Juan Jacobo que vestía con poco adorno y que el único rasgo de artificio que se permitía era la cinta negra con la que sujetaba su rebelde cabellera detrás de su cabeza, fueron abriéndose paso en el corazón de María. Esto, unido a los halagos escuchados de labios de su padre, el talento mil veces demostrado por Juan Jacobo y un cierto aire de nobleza casi salvaje, acabaron por convertir a Juan Jacobo en el dueño absoluto de su corazón.

Era el triunfo de lo auténtico sobre el artificio.

Estaba el corazón de María descubriendo las pasiones que tan bien describían las novelas que leía a escondidas, cuando experimentó el lado más amargo de aquel sentimiento.

Una de las doncellas de la casa tenía una hermana que trabajaba en una casa señorial de la Rue Serpenoise, la misma calle donde se encontraba la hospedería de Teresa. Los vecinos de la Rue Serpenoise cotilleaban sobre el joven amante de la dueña de la hospedería.

Todo el mundo en la casa Perchel, sabía que Juan Jacobo veía a una mujer en la ciudad, todo el mundo… menos María.

Por fin y casi sin querer, escuchando una conversación de dos criadas, sin ser vista, María tuvo conocimiento de la infame noticia. Se sintió engañada, humillada y despreciada; aunque el culpable de tanto escarnio, nada supiera de sus sentimientos.

Llena de rabia se decía: «Me he enamorado de un hombre de condición inferior a la mía, de un criado». Entonces escogió la palabra que había de vengar la gran afrenta: CRIADO. Sabedora del orgullo de Juan Jacobo, consideró el puñal bien afilado. Sólo esperaba la ocasión que llegó

en las escaleras. Se juró que aquel amor y su causante habían muerto para ella. Se engañaba.

Un hecho singular vino a arrojar luz sobre la oscuridad que Juan Jacobo sufría.

Las casi tres leguas que separaban la casa del barón de Metz, las recorría Juan Jacobo en un caballo que el barón le había regalado.

Un par de veces, o tres por semana, Juan Jacobo iba a Metz para atender los asuntos del barón en la ciudad. Si llovía o se le hacía demasiado tarde para volver, Juan Jacobo dormía en una casa que tenía el barón en la ciudad o a veces, visitaba a Teresa.

Una fría tarde de invierno, con el sol ya puesto, volvía Juan Jacobo a casa llevando consigo unos importantes documentos. A medio viaje, su caballo resbaló en un charco helado del camino y el muchacho dio con sus huesos en la tierra. En la caída, recibió un fuerte golpe en la cabeza que le dejó inconsciente.

Le encontró a la mañana siguiente, Jacobo Delis, uno de los aparceros del barón.

El golpe sufrido y la noche pasada a la intemperie, sufriendo los rigores de una fuerte helada le dejaron muy

maltrecho. Pasó tres días delirando en un estado de inconsciencia. En sus delirios llamaba a Pinard, le gritaba para que huyera de los hombres que venían a apresarle.

Al cuarto día volvió en si, pero sólo por unos breves momentos. Preguntó dónde estaba y volvió a sumirse en la inconsciencia.

Los médicos dijeron que lo único que se podía hacer era mantener caliente la habitación y esperar.

Poco a poco, Juan Jacobo empezó a mejorar. En sus escasos momentos de lucidez, tomaba algunos alimentos; pero se cansaba mucho y tornaba a caer en el desvanecimiento.

Uno de estos días, en que no sabía si los ruidos que escuchaba eran reales o imaginados, creyó sentir unos labios que se posaban en los suyos. Dudaba si lo había soñado o era real. Se propuso desvelar aquella duda.

Después de la cena, Mario, los barones y María subían a darle las buenas noches. Permanecían junto al enfermo hasta que éste daba signos de cansancio.

Una de estas noches, Juan Jacobo fingía dormir profundamente. Los oyó llegar.

—Está dormido, salgamos— dijo el barón, en voz baja.

Un momento después, sintió unos pasos que se acercaban, un aliento junto a su boca y unos labios que le besaban. Oyó pasos que se alejaban con precipitación. Abrió los ojos y pudo ver a María que salía del cuarto. Era real, todavía podía oler su perfume.

Juan Jacobo sanó por completo. Los besos recibidos de María, algunos comentarios, hechos por Mario como por casualidad y el conocimiento de las horas de angustia pasadas por María junto a la cabecera de su cama, durante su convalecencia, terminaron por abrirle los ojos.

Un sentimiento de orgullo primitivo se apoderó de él. Aquella hermosa mujer, que tenía a sus pies a jóvenes con título y fortuna, le escogía a él, según sus propias palabras, un simple criado sin dinero ni apellidos.

Hasta entonces, Juan Jacobo había mirado a María como la hija de su protector. Había reparado en su belleza; pero apartaba cualquier pensamiento, que a su juicio, pudiera traicionar la confianza que el barón había depositado en él. Se había sentido dichoso, atendiendo las mil y una preguntas que María le formulaba durante sus paseos por el jardín; aclarando sus dudas más rebuscadas sobre

cualquier tema. Había sido su cómplice callando sus visitas secretas a la biblioteca y reclamando su ayuda en la creación de la escuela para los hijos de los aparceros. Era como su hermano mayor.

Desde que tuvo la sospecha de ocupar un lugar en los pensamientos de María, Juan Jacobo empezó a mirar a la hija del barón con otros ojos. La observaba, sin ser visto, cuando tocaba el clavicémbalo con los ojos cerrados en un gesto de concentración; cuando, con un ademán rebosante de gracia, se apartaba los cabellos del rostro; cuando subía las escaleras, sin descomponer su elegante figura; cuando leía adoptando aquella postura tan peculiar en que los dedos índice y pulgar, apoyados en la frente, parecían sostener su cabeza…

Aprendió todos sus gestos y por la noche, en su cama, los revivía hasta quedarse dormido.

CAPÍTULO XVII

UN AMOR DIFÍCIL

La situación entre los jóvenes continuaba tensa. Aparte de algunas frases de cortesía acerca de su mejoría, María apenas le dirigía la palabra.

Juan Jacobo, por su parte, herido en su orgullo por el episodio de las escaleras, esperaba una disculpa.

Tenían muchas cosas que decirse, sólo era cuestión de tiempo.

Cuando Juan Jacobo, preso de un feroz combate interior, donde se mezclaban su orgullo, el miedo al rechazo y lo que a él le parecía una traición al barón, estaba casi decidido a confesar su amor a María ocurrió algo que aceleraría enormemente los acontecimientos.

Se encontraba Juan Jacobo una mañana en la biblioteca, escribiendo unas cartas por encargo del barón. Un crujir de sedas le hizo levantar la cabeza de los papeles. Era María que se acercaba. Con un movimiento rápido, la joven cogió un libro que estaba sobre la mesa e introdujo entre sus páginas un trozo de papel.

—Leed esto, os lo ruego— murmuró mientras salía de la biblioteca con premura.

Era una nota en la que le pedía, que después del almuerzo, fuera a encontrarse con ella a un rincón del jardín.

Nunca el tiempo transcurrió tan lento para Juan Jacobo. La mañana le pareció eterna. A la hora convenida se encontraron. Mientras retorcía un pañuelo de encajes entre sus manos, María le confesó con la voz entrecortada, que le amaba y que sufría de manera inhumana, al saber que él visitaba a aquella mujer en la ciudad.

Allí se confundieron las palabras de amor con el murmullo de la fuente; palabras que sellaban un amor difícil, que deberían mantener en secreto por el momento.

Sus citas en los rincones más apartados del jardín resultaban peligrosas: alguien podía descubrirles.

En un arrebato de audacia, Juan Jacobo empezó a encontrarse con María en la propia habitación de ésta. Amparado por la oscuridad de la noche, subía al tejado, y desde allí se descolgaba por el viejo roble situado justo enfrente de la ventana del cuarto de María. Cualquier ojo perspicaz, desde el jardín, podría haber observado como casi todas las noches, una sombra, con un ágil salto desde el árbol, se encaramaba a la ventana de María, para desaparecer en el interior de la habitación unos instantes después. Esta escena, se repetía a la inversa, momentos antes de que el sol despuntara en el horizonte.

Varias veces, estuvo Juan Jacobo a punto de caer desde las alturas. Un resbalón en las heladas tejas, la inapropiada elección de una rama para apoyarse o un cálculo errado de las distancias, podían haber puesto al amante en una situación difícil de explicar.

Todos estos peligros tenían sobrada recompensa cuando estrechaba a María entre sus brazos.

Allí, en aquella confortable cama con dosel de damasco color rosa, entre las cortinas bordadas con primor que los distanciaba del mundo, sobresaltados por el menor ruido y emocionados por el encuentro, los amantes navegaban en un océano de pasión.

Una idea, que acabó por convertirse en una obsesión, ocupaba los pensamientos de Juan Jacobo. Debía poner fin a su relación con Teresa. Sabía que no estaba actuando con honor.

Una madrugada le confesó a María sus preocupaciones.

—Hoy iré a la ciudad y zanjaré este asunto— le dijo mientras se vestía. María calló, pero en sus ojos se podía adivinar el miedo del que consigue el cielo y teme perderlo.

Durante todo el camino hasta la ciudad, Juan Jacobo buscaba las palabras más apropiadas para lo que seria su despedida de Teresa; tarea que se le antojaba de una dificultad extrema.

Todo resultó bastante más fácil de lo que imaginaba.

Dos semanas atrás, Teresa había acogido en su casa a un nuevo huésped: monsieur Lamarche. El nuevo alojado, el tal Lamarche, había sido oficial durante la guerra con Prusia. Estuvo acantonado en la ciudad de Colonia, donde aprendió la técnica para fabricar agua de Colonia. Una vez terminada la guerra, Lamarche puso en práctica los conocimientos adquiridos en la ciudad

germana, y se dedicó al provechoso negocio de los perfumes que le proporcionó unos beneficios asombrosos.

Hacía dos años que había enviudado. Era de carácter amable, cosa poco corriente entre los militares, y tímido en lo que a mujeres se refería, hecho este último, que no le impedía cortejar a Teresa abiertamente.

La hospedera con los libros de cuentas en la mano, vio como se le presentaba una magnifica ocasión — y la vida, seguramente, no le proporcionaría muchas más— de disfrutar de una vejez tranquila y sosegada.

De modo que, la aventura de Juan Jacobo y Teresa, que empezó por mutua conveniencia, terminó de igual manera.

CAPÍTULO XVIII

LOS PRETENDIENTES DE LA HIJA DEL BARÓN

María pronto cumpliría diecinueve años. Sus padres empezaban a impacientarse, debido a la indiferencia con que la joven casadera trataba a sus pretendientes. Tanto el barón como la baronesa tenían sus preferencias en cuanto al candidato a convertirse en su futuro yerno.

La baronesa se inclinaba por el vizconde De La Côte, un apuesto joven perteneciente a una de las familias de más abolengo del Languedoc.

De La Côte, jugador y mujeriego, ejercía una irresistible atracción sobre el publico femenino que se reunía en los salones de la casa Perchel. Impecablemente vestido y dotado de un fino y pícaro humor, se ganaba las voluntades de las mujeres a base de cumplidos y halagos.

La bien merecida fama de seductor, le llevó a tener graves desavenencias con su padre, hombre intransigente y poco amigo de los escándalos. Como consecuencia de estas desavenencias, su padre le había reducido drásticamente su asignación económica y el vizconde era incapaz de sostener el tren de vida al que estaba acostumbrado. Entonces, cuando las penurias económicas más le apretaban, encontró a Richier, un opulento comerciante de sedas de Lyón, y establecieron una curiosa sociedad. Richier, inmensamente rico, pero carente de elegancia y distinción, soñaba con codearse en los círculos aristocráticos con la flor y nata de la sociedad ociosa del país. Se valía del apellido del vizconde que le abría puertas a las que él, Richier, ni se atrevía a llamar. Estas influencias no le resultaban nada baratas al rico comerciante.

Así que, cuando sus frecuentes viajes por el gran mundo de las sedas y los diamantes, llevaba a la extraña pareja cerca de Metz, De La Côte no perdía la ocasión de visitar la casa Perchel vislumbrando una posibilidad de futuro en la rica heredera. Eran recibidos con gran entusiasmo, sobre todo por la baronesa que era obsequiada con costosos presentes —naturalmente pagados por Richier—.

— Mi gran amigo, el muy cabal caballero Richier— presentaba el vizconde al comerciante en el salón; aunque, cuando éste no podía oírle se burlaba llamándole *el pequeño asno*. Richier, henchido de orgullo y vanidad, ridículamente vestido, con aire afectado, adoptaba modales postizos que le hacían parecer más ridículo aún. De esta guisa, el comerciante alcanzaba la gloria por unos momentos.

El barón, pensando en su negocio de comercio marítimo, prefería como futuro yerno a Guillermo de Crasson. Este inquietante personaje, trabajaba ya para el difunto suegro del barón cuando éste heredó la flota.
De Crasson había demostrado mano de hierro para manejar las situaciones más enrevesadas. Pasó de ser capitán de uno de los barcos a controlar la flota por completo. Hábil a la hora de cerrar tratos y con pocos escrúpulos, se había mostrado como una pieza insustituible en el negocio del comercio transoceánico, que tan extraordinarios beneficios reportaba al barón. Aventajado marino, era capaz de predecir una tempestad con días de antelación. Frío, brutal, era famoso entre la gente de mar por los métodos extremadamente violentos

con que resolvía cualquier incidente durante las travesías. Temido por los marineros, entre los que corrían historias que acrecentaban su fama de sanguinario.

Contaban que en una ocasión los esclavos que transportaba en la bodega del barco no le dejaban dormir con sus lamentos. De Crasson bajó a la bodega. Observó durante unos minutos hasta que pudo dar con el hombre que profería los lamentos, y con sus propias manos, le cosió la boca valiéndose de los útiles de remendar las velas del barco. Hecho esto subió y se echó a dormir.

En otra ocasión, un marino portugués, que borracho se jactaba de ser noble y de que la sangre que corría por sus venas era azul, tuvo la desgracia de tropezar con De Crasson. Éste, sin mediar palabra, saco una daga del puño y le asestó un tajo en el cuello. Mientras el portugués trataba de taponar la sangre que salía a borbotones de la herida, el agresor se limpió la daga en la palma de la mano, y, como el que paladea un buen vino, probó la sangre que manchaba su mano.

— Este hombre es un embustero. Su sangre es roja como todas y sabe igual que las demás.— sentenció De Crasson con el rostro impasible, la mano en alto y dirigiéndose a los presentes.

Entre travesía y travesía, De Crasson venia por la casa del barón para presentar informes. Ambicionaba la mano de María con el propósito de que algún día aquel negocio, por el que tanto se esforzaba, pasara a ser suyo.

Los orígenes de aquel personaje eran inciertos. Unos decían que era descendiente de una familia de jacobitas huidos de Inglaterra; otros que su padre era un noble desposeído de su título por un oscuro asunto; algunos juraban que era el hijo bastardo de un célebre personaje de la corte cercano al rey. Nada hacía el individuo, blanco de estas especulaciones, por aclarar el misterio. En cuanto al barón, poco le importaba la procedencia de aquel hombre mientras los beneficios del comercio continuaran aumentando.

Se presentaba en la casa del barón ricamente vestido, con casaca y pantalones de terciopelo, chaleco con brocados de oro y plata, bastón y un estrafalario sombrero que debía ser la última moda en París. Llevaba la peluca impecablemente peinada y se daba colorete en las mejillas. Aunque rondaba los cuarenta años, su cuidado aspecto, le hacia parecer mucho más joven. Era un hombre delgado, de corta estatura y apariencia frágil. Nada en su aspecto exterior dejaba sospechar la ferocidad

que anidaba en el corazón de Guillermo de Crasson. En sus visitas a la casa Perchel, sus modales eran refinados hasta lo femenino. Con frecuencia, sostenía un pañuelo perfumado que continuamente se llevaba a la nariz en un alarde de afectación, gesto éste, imitado sin duda de algún cortesano.

Sólo desdecía este aire de petimetre, sus ojos azules, fríos e inexpresivos y su boca, apenas una delgada línea en su rostro, con su eterno rictus de desprecio hacia todo.

Dotado de una extraordinaria habilidad para la esgrima, era un reconocido y temido espadachín. Las hojas de acero en forma de puñal daga o florete, ejercían un enorme poder de fascinación sobre De Crasson; parecía hablarles mientras las limpiaba, le gustaba sentir el frío contacto del acero en sus cuidadas manos. Tenía un cofre lleno de estas armas de las más diversas formas y tamaños: cuchillos con hojas curvas y rectas; estiletes con mangos de marfil e incrustaciones de piedras preciosas y estiletes con mangos lisos de níveo nácar; puñales con los que se podía atravesar a un hombre y pequeña dagas que podían pasar inadvertidas entre las ropas…

Cuando De Crasson se vestía por la mañana, repartía entre sus ropas varias de estas armas escogidas para el día, como él que elige zapatos o sombrero.

La primera vez que Juan Jacobo vio a De Crasson, fue en el jardín de la casa del barón. Mario, señalando al visitante con la mirada le murmuró al oído:«Algunos hombres aparentan ferocidad para hacerse temer, éste la tiene que esconder detrás de su ridícula apariencia»
Tiempo tendría Juan Jacobo de averiguar la verdad de aquellas palabras.

CAPÍTULO XIX

DUMONT VUELVE A LA CARGA

Desde hacía algunos meses, circulaban por los salones de la casa Perchel unos escritos que se leían al final de las veladas y en grupos reducidos de cinco o seis personas. De nuevo, los blancos de dichos artículos eran, principalmente, la Iglesia, la Nobleza y la Monarquía. Impactantes resultaron los acerados libelos contra la nueva amante del rey, Madame Du Barry, a la que se comparaba con las prostitutas del Palais-Royal, y contra el abate Terray, inspector general de Finanzas, clérigo de aspecto repugnante y dudoso celibato, al que se acusaba de enriquecerse aprovechándose de su cargo. También se leían otros textos inspirados en los artículos del *Diccionario Filosófico* de Voltaire referentes a la religión,

en los cuales se acusaba a la Iglesia de manipular la mente de los pueblos con misterios increíbles y llenos de contradicciones, contenidos en la Biblia; pero el escrito que más escandalizó a los contertulios del salón de la casa Perchel fue uno titulado: *Matar a un Rey*, donde el autor exponía la legitimación del tiranicidio tomando como modelo, el episodio histórico de la ejecución de Carlos I, rey de Inglaterra, decapitado por orden del Parlamento. Articulo éste, que el tiempo había de reflejar como premonitorio.

Era un misterio la autoría de estos escritos; pero la firma *Versus*, al pie de ellos, no dejaba lugar a dudas, al menos para Juan Jacobo.

Dumont volvía a la carga.

Algo ardía en la mente de Dumont. Después de su viaje por América, había vuelto más convencido que nunca de sus ideas y entusiasmado por lo que allí había visto. Desafiando todos los peligros se instaló de nuevo en Metz. Publicaba un periódico con la ayuda de viejos colaboradores. La publicación en si era inofensiva a los ojos de las autoridades. Se hacía eco de los avances

tecnológicos, las novedades literarias y el mundo social: era sólo una tapadera.

Bajo cuerda y después de una señal convenida de antemano, el veneno en forma de palabras se difundía en tres o cuatro planas de papel de ínfima calidad y precariamente impresas, colocadas entre las hojas de la publicación autorizada.

Quien quisiera hacerse con estas páginas, debía preguntar con sigilo por el *Árbol de Cracovia*, que era como se conocía en el ambiente a la parte oculta de la publicación.

Aquel curioso nombre —evocador de las acaloradas discusiones en torno al árbol, durante la Guerra de la Sucesión Polaca—, se debía a un frondoso castaño situado en los jardines del Palais-Royal, que era el centro de información más concurrido de París. Allí iban los que querían recoger noticias de lo que acontecía en los círculos de poder y los que querían difundirlas de acuerdo con determinados intereses, sabedores de que las ramas del *Árbol de Cracovia* eran lo suficientemente largas para llevar la noticia hasta el punto elegido.

Dumont había alquilado un local donde imprimía el periódico, el taller de imprenta servía de sede a lo que él llamaba *La Academia de la Libertad*. Con el pretexto de los trabajos propios de la publicación, se mantenían

reuniones en las que Dumont adoctrinaba a sus discípulos, reclutados entre la juventud culta de Metz y sus alrededores, sobre la libertad y la igualdad de los hombres; sobre las mentiras de la Iglesia y la tiranía de la Monarquía.

Era el mismo Dumont de siempre, vehemente y apasionado, con su discurso parcial no exento de razón.

Juan Jacobo, aprovechaba sus visitas a la ciudad para frecuentar las reuniones de Dumont. Entre los nuevos discípulos, Juan Jacobo era una especie de ídolo: era el hombre que mereció los elogios del mismísimo Voltaire. Aunque Dumont consideraba al viejo escritor corrompido por los aires infectos de las cortes, no podía evitar la atracción que ejercía en sus discípulos y en él mismo —hecho, este último, que no reconocía con facilidad— el estilo satírico e ingenioso con que Voltaire golpeaba a sus enemigos.

Como homenaje a Pinard, redactó un artículo referente a la libertad de expresión titulado: *La prisión de las ideas*, en el que acometía contra los poderes de la Iglesia y del Estado en nombre de la verdad y la libertad de pensamiento.

CAPÍTULO XX

LOS SUEÑOS DE UN CAMPESINO

Desde que les proporcionó las ruecas de hilar lana a los campesinos, con las cuales aliviaron sus penurias, Juan Jacobo desempeñaba su tarea de cobrar las rentas con menos remordimientos. Los agradecidos aparceros, por su parte, miraban a su benefactor con ojos donde se podían averiguar una profunda gratitud.

Juan Jacobo, trabó una especial amistad con un joven campesino que ocupaba una de las parcelas cercanas a la casa del barón. Fue Jacobo Delis, el joven campesino, quien le encontró cuando sufrió el accidente con el caballo.

Durante la convalecencia de Juan Jacobo, Jacobo Delis no faltó ni un solo día en la casa del barón preguntando por el estado de salud del enfermo.

Jacobo Delis e Isabel, su esposa, llevaban instalados en las tierras del barón de Perchel casi dos años. Procedían de una aldea cercana donde ambos habían trabajado en las labores del campo.

Juan Jacobo siempre era bien recibido en la humilde casa que habitaba el joven matrimonio: siempre había un vaso de vino y un trozo de queso para él.

Jacobo Delis era campesino de nacimiento. Amaba la tierra. Hablaba continuamente de las cosas del campo, de la siembra, del arado, de los adelantos y de los nuevos cultivos; también de las cargas que los campesinos sufrían, de las rentas, de los diezmos, de los precios…

Aquel verano, Isabel, su esposa, sufrió un accidente cortando leña. Un hachazo casi le había seccionado dos dedos de la mano izquierda. La herida se infectó y aquello tomó mal color. Juan Jacobo al saberlo, fue a la ciudad y trajo con él a un médico que conocía de las reuniones de Dumont. El médico limpió y suturó la herida. Cada dos días, Juan Jacobo y el médico, aparecían por la casa para vigilar la infección hasta que la herida sanó. En cierto modo, Juan Jacobo intentaba devolver la ayuda recibida.

Jacobo Delis, ansioso por aprender a leer y escribir, se escapaba, siempre que las labores del campo se lo permitían, al cenador del jardín donde Juan Jacobo y María daban clases a los hijos de los aparceros. Allí entre los chiquillos, con las manos llenas de tinta, el joven campesino se devanaba los sesos intentando juntar cuatro letras, o con la ayuda de los dedos, averiguar el resultado de una suma.

Un día, en la improvisada escuela, cuando se quedaron a solas, Jacobo Delis sacó de entre sus ropas unos papeles arrugados y le pidió a Juan Jacobo que se los leyera. Se trataba de un folleto propagandístico en favor de una empresa de captación de emigrantes para colonizar un territorio en el sur de España. En el folleto titulado *La mano que ayuda*, el coronel Juan Gaspar de Thürriegel, principal interesado, desglosaba con un lenguaje preciosista las excelencias e innumerables beneficios que obtendrían todos los que estuvieran dispuestos a realizar el viaje al sur de España. Les ofrecía tierras, casas, animales y utensilios de labranza; además los diez primeros años no tendrían que pagar impuestos. Demasiado tentador para alguien como Jacobo Delis, que soñaba con poseer un trozo de tierra propia.

Juan Jacobo recordó el día que Thürriegel visitó la imprenta. Las maneras del bávaro y la desconfianza que despertó en Pinard, le llevaron a aconsejar a Jacobo Delis prudencia en sus decisiones.

Ambos habían tenido noticias de partidas de emigrantes alemanes que pasaban por ciudades cercanas con rumbo para embarcarse en los puertos del sur.

El entusiasmado campesino conocía a un vecino que había emigrado y se decía, por las cartas que había enviado desde España, que aquello era el paraíso en la Tierra.

Juan Jacobo no se fiaba, era demasiado perfecto para ser verdad y así se lo hizo saber a su amigo; pero Jacobo Delis ya había tomado una decisión.

CAPÍTULO XXI

EL CHANTAJE

La mente siniestra de De Crasson había urdido un plan para chantajear al barón.

Ocho años atrás, durante la guerra, dos de los barcos del barón, contraviniendo las leyes y amparándose en banderas falsas, habían arribado al puerto ingles de Bristol con un cargamento de armas. Estas armas, probablemente, ayudarían a Francia a perder la guerra.

El asunto salió bien y los beneficios fueron cuantiosos; pero ahora, ocho años después, alguien decía tener los documentos originales de la transacción mercantil que probaban el delito. Mediante cartas anónimas, hacia saber al dueño de los barcos que pondría en conocimiento de las autoridades el asunto, si no recibía cien mil *livres* como y

cuando le indicara. Aunque la suma era elevada, el barón estaba dispuesto a satisfacerla sin reparos. Aquellos documentos en manos de un hábil fiscal, podían causar mucho daño al barón de Perchel, podían acusarle de alta traición.

De Crasson, puesto en conocimiento de la amenaza por su patrón, fingía elucubrar quién podía ser el chantajista. Llegó a la falsa conclusión de que debía ser un piloto holandés despedido a causa de sus continuos hurtos. El piloto se adueñaba de pequeñas cantidades de las materias que transportaba y luego las vendía por su cuenta.

Demasiado bien sabía De Crasson que nada tenía que ver el piloto en aquel asunto. Fue él mismo quien, valiéndose de la confianza depositada en su persona, cambió los documentos originales por copias, para que no fueran echados en falta. Consideraba aquellos documentos como un seguro ante cualquier eventualidad.

Para aspirar a la mano de María con cierta dignidad, De Crasson necesitaba un nombre, una posición, en definitiva, necesitaba dinero, cuanto más mejor y lo esperaba conseguir de manos del barón.

Meticulosamente, había trazado el plan. Él mismo se enviaba cartas que le informaban de un supuesto pleito que sostenía con unos parientes por unas posesiones. Se hacía visitar en la casa del barón por supuestos abogados que le tenían al corriente de la marcha del supuesto pleito. De Crasson preparaba el terreno para poder explicar el origen de la fortuna que esperaba conseguir.

Las primeras cartas anónimas que llegaron sólo informaban de las circunstancias. No exigían nada. Era una labor de desgaste para los nervios del barón que estaba dando sus frutos. Por primera vez en mucho tiempo los salones de la casa Perchel no recibían invitados, el barón perdió el apetito, el humor y casi pierde la salud. Cuando, por fin, llegó la carta en que se pedía la elevada cantidad y se daban los detalles del intercambio, el barón respiró aliviado. Deseaba acabar, al precio que fuera, con aquella tortura cuanto antes para volver a su cómoda vida.

Llegó el día en que el barón debía entregar el dinero y a cambio recibir los documentos que le librarían de tan terrible pesadilla de una vez

Estaban reunidos en la biblioteca el dueño de la casa y De Crasson, este último con la certeza de que él sería el encargado de llevar a cambio el intercambio; pero los planes del chantajista sufrieron un duro revés. El barón,

conociendo el temperamento violento de éste, temió que lo estropeara todo y que el asunto saliera a la luz. El barón no estaba dispuesto a correr este riesgo.

Mandó llamar a Juan Jacobo y le encargó la tarea, diciéndole que debía llevar un dinero y a cambio recoger unos pagarés. Mientras el barón daba las últimas instrucciones a Juan Jacobo, el rostro de De Crasson había empalidecido hasta parecer que la sangre abandonaba su cuerpo.

Juan Jacobo llevó a cabo la misión sin novedad, creyendo que se trataba de una operación meramente comercial y que los papeles que traía de vuelta eran pagarés.

Juan Jacobo se desplazó al lugar indicado en las cartas, una tabernucha a las afueras de la ciudad, donde se entrevistó con un tipo de pelo rojizo que, durante el encuentro, se mostró bastante desconcertado; como si en aquella visita esperara a otra persona.

El encuentro duró sólo unos minutos, suficientes para recordar el rostro del individuo que tenía enfrente. Le había visto una noche, unas semanas atrás, charlando con De Crasson bajo las arcadas de Chaplerue. Aquella noche, Juan Jacobo volvía casi de madrugada a la casa del barón en la ciudad, después de una reunión en el local del

periódico. Se topó con los dos hombres, que discutían acaloradamente, cuando De Crasson le vio enmudeció e intentó volver el rostro.

El tipo del pelo rojizo, desconcertado, los miró a ambos sin entender nada.

Juan Jacobo saludó con la cabeza y siguió su camino ocupado en sus pensamientos sin reparar en el encuentro.

Aquel hecho unido a las circunstancias posteriores, convertían a Juan Jacobo en un problema para los fines de De Crasson; un problema que el chantajista debía solucionar cuanto antes.

.

CAPÍTULO XXII

UN INCIDENTE INDIGNANTE

Aquella tarde Juan Jacobo había terminado a toda prisa la redacción de unas cartas que el barón le encomendó. Se dirigía al local del periódico cuando, alarmado, observó en la puerta del local a un grupo de gente que rodeaba a un hombre tendido en la acera. Se acercó y pudo comprobar que el hombre que estaba tendido en la acera era el *Tío Sopas*. El yaciente tenía las ropas desgarradas, el rostro pálido de muerte y de su pierna derecha, convertida en una masa sanguinolenta, manaba incesante un reguero de sangre.

Le llevaron dentro, con trozos de sus propias ropas intentaron contener la hemorragia mientras el pobre

hombre repetía sin cesar: «¿Quién va a cuidar ahora de mis nietos?».

El *Tío Sopas* y sus tres nietos de corta edad se ganaban miserablemente la vida vendiendo ropa vieja por las calles de la ciudad. Por las noches dormían en el local donde se imprimía el periódico. A cambio del cobijo, limpiaban el local, mantenían la estufa encendida en invierno y llevaban o traían recados. De unos y de otros, siempre había unas monedas para ellos.

Bromista, mañoso, servicial, el *Tío Sopas* siempre estaba dispuesto a echar una mano en lo que hiciese falta. Con el tiempo se fue ganando las simpatías y el aprecio de todos los que por allí iban. Víctima de sus propias bromas, fue cariñosamente bautizado por Dumont con tan alusivo nombre, ya que su dieta se componía única y exclusivamente de sopas —no podía comer otra cosa, no conservaba ni un solo diente— de los más diversos y baratos ingredientes.

El Tío Sopas era un hábil trampero que salía a menudo de caza por los bosques cercanos a la ciudad. Invariablemente traía alguna pieza con que dar de comer

algo carne a sus famélicos nietos y, de paso, añadir alguna sustancia a sus caldos.

Aquel día, cuando había conseguido dos hermosos conejos, le sorprendió el marqués Du Arc en sus tierras. El marqués le arrebató la caza y le azuzó los perros, que casi le arrancan la pierna, mientras desde lo alto de su caballo le gritaba: «¡Todo lo que hay en mis posesiones es mío!». El pobre viejo se arrastró hasta el camino donde un carro le recogió y le acercó a la ciudad.

Este incidente no hacía más que corroborar la fama de despiadado que el marqués Du Arc tenía en la comarca. No era la primera vez que alguien era atacado por sus perros o que su látigo restallaba en las espaldas de algún desgraciado.

Después de denunciar los hechos a unas sordas autoridades que dejaron bien claro que no pensaban intervenir, los ánimos se fueron caldeando entre Dumont y sus discípulos. Éste había tenido unos meses atrás un encontronazo con el marqués. Dumont publicó una noticia acerca de un fraude en el cobro de los diezmos en la que aparecían como implicado el marqués y un clérigo pariente suyo. El marqués Du Arc se había presentado en el local del periódico amenazando e insultando a Dumont,

que lejos de amedrentarse, escribía poco tiempo después, un libelo sin firma de su propia cosecha, cargado de ironía y epigramas venenosos donde ridiculizaba al marqués.

Ya de noche, algunas voces reclamaban justicia directa. Hablaban de dirigirse al castillo del marqués para no se sabía muy bien qué. La rabia y la indignación, condujeron a una docena de hombres capitaneados por Dumont hacia el castillo del bárbaro que estaba a legua y poco de la ciudad.

Cuando llegaron, encontraron la puerta de reja cerrada. Se quedaron sin saber qué hacer. Alguien que conocía el lugar, dijo que vadeando un pequeño arroyo podían llegar a las perreras, situadas en la parte trasera del castillo.

Se limitaron a formar alboroto, desordenar un poco y pintar algunas proclamas y algunos insultos dirigidos al marqués, hasta que unas antorchas aparecieron en la oscuridad y sonaron varios disparos que provocaron la espantada general.

De vuelta en el periódico, con el susto todavía en el cuerpo, bromeaban pensando en la cara que pondría el marqués cuando viera las lindezas que habían escrito en las paredes de su castillo.

En el castillo del marqués Du Arc nadie bromeaba…

CAPÍTULO XXIII

LA HUIDA

La noche siguiente de la visita al castillo del marqués Du Arc, Juan Jacobo se encontraba en el cuarto de María. Pasada la media noche le despertaron el ruido de pasos, murmullos y puertas que se abrían. Intranquilo, se levantó y miró por la ventana. Pudo ver a varios hombres que hablaban en la entrada de la casa a la luz de las antorchas. María se había despertado y preguntaba qué ocurría. Juan Jacobo se vistió con rapidez, algo le decía que debía salir del cuarto cuanto antes. De pronto, los ruidos se hicieron más cercanos, podía oír como alguien murmuraba detrás de la puerta de la habitación.

Siempre que Juan Jacobo iba al cuarto de María tenía la precaución de atrancar la puerta con una silla

además del cerrojo, esto era lo que impedía al barón, cuya voz le delataba, abrir la puerta. La única salida para Juan Jacobo era la ventana. Al mismo tiempo que la puerta cedía, el amante saltaba por la ventana. Esta vez, a consecuencia de la precipitación y los nervios, la rama que le servía de asidero parecía no estar en su lugar habitual. El resultado fue que Juan Jacobo, que pensaba subir por el árbol hasta el tejado, bajó por el árbol hasta el suelo sufriendo arañazos y contusiones por todo el cuerpo.

Una vez en tierra, con el cuerpo dolorido y el alma sobrecogida, acertó a mirar para arriba; entre las ramas, pudo ver dos cabezas que asomaban por la ventana, junto al barón, pudo reconocer el perfil de De Crasson. Sin duda, guardaban silencio para no descubrir el deshonor de la joven.

Juan Jacobo, estaba atrapado; a un lado un muro imposible de escalar, al otro, a unos cuarenta pasos, los hombres que parecían montar guardia en la entrada y al frente, tras los macizos de flores que le protegían, un claro demasiado espacioso para cruzar sin ser visto aquella noche de luna llena.

Sabía que disponía sólo del tiempo que tardaran en bajar del cuarto de María y dar aviso. Paralizado por el miedo, intentaba desesperadamente hallar una vía de

escape. Cuando ya se escuchaban voces en la entrada de la casa y observó como la luz de las antorchas empezaban a moverse hacia donde se encontraba él, se percató de que estaba enfrente de la ventana de la biblioteca y recordó que María le enseñó a abrirla desde el exterior. Se despellejó las manos, demasiado grandes para el hueco que dejaba la piedra del alfeizar desplazada. Tuvo suerte, el pestillo superior estaba descorrido.

Justo cuando pisó el suelo de la biblioteca, vio a través de los cristales el resplandor de las teas. Se vio obligado a permanecer junto a la ventana sujetando la hoja. Si intentaba correr el pestillo, el ruido podía alertar a sus perseguidores; si soltaba la hoja, cualquier ráfaga de viento podía abrirla y descubrir su escondite.

—Cuando capturéis al bastardo traédmelo a mí— oyó Juan Jacobo, por la rendija de la ventana mal cerrada, como le decía De Crasson a uno de los hombres—. Tenemos asuntos pendientes.

Estas últimas palabras sonaron en los labios de De Crasson como un silbido que helaron la sangre de Juan Jacobo.

Por fin, se alejaron de la ventana y Juan Jacobo pudo cerrarla.

Llevaba más de una hora en la biblioteca, cuando oyó la llave en la cerradura de la puerta. Escuchó la voz de Mario que le llamaba desde la puerta en voz baja. Rápidamente, Mario le explicó la situación: la noche anterior se produjo un incendio en el castillo del marqués Du Arc. Un criado había muerto y otro estaba herido de gravedad. Las culpas recaían en los visitantes de la noche pasada, autores de los alborotos y de las pintadas. Después de algunos interrogatorios, efectuados por las autoridades, el nombre de Juan Jacobo y el de Dumont salieron a relucir como los cabecillas del grupo.

Perplejo por la noticia, Juan Jacobo intentó defender su inocencia —sin negar que habían estado allí— explicando a Mario que ellos no llevaban ninguna lumbre, pues la noche era clara y se veía bien.

Mario le recomendó que desapareciera hasta que las cosas se calmaran un poco. El barón estaba fuera de sí; creía ver en la recién descubierta relación de Juan Jacobo con su hija algo incestuoso, ya que consideraba al muchacho como a un hijo. El barón se sentía humillado y traicionado.

Mario y Juan Jacobo convinieron que a una señal de candil, abandonara la biblioteca y se dirigiera al muro,

donde encontraría una escalera para poder treparlo. Antes de salir, Juan Jacobo cogió del compartimiento secreto donde se guardaban los documentos importantes, lo que él creía que eran los pagarés recogidos de manos del tipo del pelo rojizo, unos días antes. Calculó los ahorros que tenía en su cuarto y no pensaba cobrarse un céntimo de más, cuando, a través de la ventana distinguió la señal convenida con Mario. Echó mano al paquete completo de documentos pensando en dejar el resto de los pagarés en el banco donde cobrara su parte.

Una vez fuera de la casa, confuso y sin saber muy bien qué hacer ni dónde ir, un pensamiento golpeó de repente su mente. «Soy un fugitivo», se dijo teniendo conciencia, por primera vez desde que comenzó esta pesadilla, de cuál era su situación en verdad

.

CAPÍTULO XXIV

FUGITIVO

Evitando los caminos principales, Juan Jacobo se encaminó hacia Metz.

Llegó a la ciudad cuando empezaba a amanecer y se dirigió a la pensión de Teresa. Allí, por boca de la viuda, se enteró de que unos hombres, con De Crasson al mando, habían estado buscándole. Se habían marchado unos minutos antes de su llegada. También tuvo conocimiento de que el periódico había sido registrado y la mayoría de sus miembros, encarcelados.

El asunto era serio y sus perseguidores se movían rápido.

En principio, Juan Jacobo pensó en cruzar la frontera; pero desistió de la idea al decirle Teresa que

había oído hablar a sus perseguidores de avisar a los controles fronterizos.

Con el dinero prestado por Teresa, tomó la primera diligencia que salía para Nancy, donde pensaba hacer efectivo los pagarés.

Llegó a Nancy a últimas horas de la tarde. Con el poco dinero que le quedaba, tomó un cuarto en una pensión con la intención de cobrar los pagarés a primera hora de la mañana siguiente y después ya pensaría hacia dónde dirigiría sus pasos.

Durmió poco y mal. Sufrió una pesadilla en la que veía un fuego y escuchaba unos terribles gritos pidiendo socorro. A cada ruido en la noche, imaginaba que De Crasson y sus hombres venían a por él.

Las palabras pronunciadas por De Crasson junto a la ventana, resonaban en sus oídos. Se preguntaba a qué obedecía aquel desmedido interés en capturarle, cuando aquello era un asunto de las autoridades. Sospechaba de los planes de De Crasson con respecto a María. Imaginó que ése sería el motivo. No tardaría en averiguar que había razones más oscuras que ponían en peligro su propia vida.

Cuando por la mañana revisó los papeles —que él creía pagarés— para ir a cobrarlos, descubrió los registros mercantiles del puerto de Bristol junto con la nota que reclamaba la cantidad de cien mil *livres*, cantidad que él mismo había entregado al tipo del pelo rojizo. Asombrado por este descubrimiento, tardó algunos minutos en atar todos los cabos. Aquello era un chantaje, De Crasson era un chantajista y el tipo del pelo rojizo era su cómplice. Él les había visto aquella noche en Chaplerue discutiendo y en cualquier momento podía desenmascararles.

Tuvo la certeza de que si De Crasson le capturaba no tendría tiempo de explicar nada…

Juan Jacobo reflexionó. Tenía cuatro problemas que solucionar: había sido sorprendido en el cuarto de la hija de su protector; se le acusaba de un incendio que había costado la vida a una persona; sin quererlo, se había cruzado en el camino de un hombre despiadado que no dudaría en matarle si le atrapaba; los documentos en su poder y las mentiras de De Crasson, podían hacerle parecer, a la vista del barón, a él como culpable del chantaje.

Nada podía hacer Juan Jacobo en los tres primeros casos, pero sí podía hacer algo en lo referente a los documentos. Aquellos papeles debían volver a manos del barón.
Decidió volver sobre sus pasos —con el peligro que esto implicaba— y entregar los papeles al señor Goulin, su antiguo padre adoptivo.

En los casi doce años que hacía desde su marcha, Juan Jacobo había visitado a los Goulin una decena de veces. El matrimonio había sido testigo de la ascensión del muchacho hasta convertirse en un caballero. Estaban orgullosos de él.

Recorrió las más de cuatro leguas que había desde Nancy a la casa de los Goulin campo a través, cruzando bosques y arroyos, evitando encontrarse con alguien. Esperó a que anocheciera y tocó en la puerta de la casa. Supo de inmediato, por el miedo dibujado en el rostro de los Goulin, que De Crasson y sus hombres habían estado allí. Sus perseguidores habían registrado la casa y alrededores. Amenazaron al asustado matrimonio con la cárcel si ocultaban información sobre el paradero del fugitivo.

Juan Jacobo entregó los documentos y una nota donde explicaba al barón los hechos y circunstancias que guiaban su proceder. Dejó bien claro a Goulin que aquellos papeles debían llegar a manos del barón de forma discreta y al cabo de un tiempo, cuando todo se calmara. Conocía a De Crasson lo suficiente para saber que si llegaba a sospechar algo, Goulin tendría graves problemas…

Abandonó la casa al alba con un hatillo que contenía pan, un poco de carne en salazón y unos cuantos higos. Al salir por la puerta, la señora Goulin metió algunas monedas en el bolsillo de su casaca.

CAPÍTULO XXV

DE NORTE A SUR

A mediodía, estaba Juan Jacobo de nuevo a las puertas de Nancy. Se dispuso a entrar en una posada a reponer fuerzas cuando, por la ventana, divisó una casaca de color azul eléctrico que llamó poderosamente su atención.

Escudriñó a través de los vidrios llenos de polvo y su corazón casi se detiene del susto: el dueño de la llamativa casaca era De Crasson. Estaba comiendo en una mesa acompañado de tres hombres.

Juan Jacobo pensó en alejarse de allí a toda prisa. Iba a echar a correr cuando observó como dos hombres salían de los establos llevando unos caballos de las riendas. Reconoció a uno de estos hombres: era el tipo del pelo

rojizo, el cómplice de De Crasson. Como un rayo, Juan Jacobo salió disparado hacía el único lugar donde podía esconderse: un carro parado a la sombra de los árboles.
Se ocultó detrás del carro como pudo.
Los hombres se habían detenido en la puerta de la posada. El escondite no era seguro; cualquier mirada detenida en aquella dirección podía descubrirle. Con sumo cuidado, Juan Jacobo se introdujo en el interior del carro. Entre los dos grandes barriles que el carro transportaba, encontró el suficiente espacio para acomodarse, pese a la estrechez del sitio. Se cubrió con una lona que encontró en un rincón y que debía servir al carrero para guarecerse de la lluvia.

Por un hueco de las tablas del carro podía ver a los hombres de la entrada a los que se les habían unido que momentos antes estaban en el interior. Desde su escondite, escuchaba como De Crasson indicaba a sus hombres que debían marchar hacia la carretera de París. Ensimismado estaba contemplando aquella escena, cuando advirtió que alguien se subía al carro. Tentado estuvo Juan Jacobo de echar a correr; pero su sentido común le hizo comprender que debía ser el mismo carrero el que subía.

El carro comenzó a moverse al mismo tiempo que los hombres montaban sus caballos. Escuchaba el trote de los caballos junto al carro.

—Mantén los ojos bien abiertos— dijo alguien dirigiéndose al carrero a modo de despedida— y si ves algo, ya sabes lo que tienes que hacer.

El carrero respondió con una especie de gruñido ininteligible.

Aliviado, Juan Jacobo oyó como los caballos aligeraban el paso y el ruido de los cascos se perdía en la lejanía. Allí, bien oculto, su corazón recobró su latido normal.

Llevaban un buen trecho recorrido, y a Juan Jacobo le resultaba cada vez más familiar aquel carro; su olor a bodega e incluso la canción que entonaba el carrero no le eran desconocidos. Se atrevió a levantar un extremo de la lona que lo ocultaba y pudo ver la cabeza del carrero. Era una cabeza cubierta por poco pelo de un tono rojizo, desde aquel ángulo, podía distinguir las pecas que tupían el rostro del carrero, un rostro que le era conocido: ¡Era *Pocos Pelos*!, el mismo que años atrás le había llevado, en aquel mismo carro, hasta las puertas de Metz.

Juan Jacobo se descubrió para sorpresa del carrero, que alarmado y dirigiendo la vista a todos lados exclamó:

—¡Muchacho, todo el mundo anda buscándote!

Le había reconocido de inmediato.

Acordaron que para ahorrar futuras explicaciones permaneciera oculto.

Pocos Pelos trabajaba para el marqués Du Arc y la noche del incendio él era uno de los hombres que salió al encuentro de los alborotadores. Desde su asiento, le contó a Juan Jacobo que el fuego había comenzado por lo menos dos horas después de que ellos se marcharan. Fue un accidente, una antorcha olvidada o la chispa de los disparos habían causado el fuego. Todos lo sabían, pero el marqués les obligó a declarar otra cosa. Fue el marqués, en sus ansias por salvar a los perros, quien apremió a los infelices criados para que se metieran en aquel infierno con el desgraciado resultado que ya conocían.

Este relato tranquilizó la conciencia de Juan Jacobo que barajó la posibilidad de volver y aclararlo todo. El escepticismo de *Pocos Pelos* con respecto a la justicia, le hizo desistir de la idea. El carrero tenía razón, nadie declararía la verdad, el marqués no lo permitiría, y además Juan Jacobo ya no contaría con el apoyo del barón: volver sería una locura.

Pocos Pelos se dirigía a Dijon con su habitual carga de vino. Durante los dos días que duró el viaje, Juan

Jacobo permaneció oculto bajo la lona. Sólo abandonaba su refugio unos minutos por la noche para estirar un poco las piernas. Por el día, escuchaba las historias que el carrero le contaba, desde su escondite.

Se separaron en las cercanías de Dijon. Por la seguridad de ambos, no era conveniente entrar en la ciudad juntos. Al despedirse, Juan Jacobo notó un aire de satisfacción en la mirada del carrero; era como, si de algún modo, Pocos Pelos le devolviera alguna vieja afrenta al marqués.

Juan Jacobo llegó a Dijon sin apenas dinero y sin saber dónde ir.

Consiguió un poco de dinero cambiando sus ropas por otras remendadas que olían a pescado rancio. A cambio de alguna comida, trabajó en la plaza del mercado ayudando a colocar los puestos de frutas. Por la noche dormía bajo los soportales de la plaza con un saco de paja por colchón.

Una mañana que se afanaba colocando las frutas, divisó entre la muchedumbre la casaca de color azul eléctrico de De Crasson. Dejó lo que tenía en las manos y se alejó a toda prisa en dirección contraria a la de su perseguidor.

La suerte y la ridícula vanidad de De Crasson, le habían salvado dos veces, no tenía intención de dar lugar a una tercera vez.

En las inmediaciones del Palacio Ducal, Juan Jacobo cerró un precipitado trato con un curioso personaje: el doctor Yahia. A cambio de llevarle hasta Lyón, Juan Jacobo conduciría el carromato que servia de casa y tienda ambulante al doctor Yahia, mientras éste dormía sus frecuentes borracheras.

El doctor Yahia era una mezcla de buhonero, charlatán de feria y doctor en dudosa medicina. El doctor aseguraba que pertenecía a una ilustre dinastía de médicos originarios de oriente. La aportación más celebrada del doctor Yahia a la medicina, consistía en una mezcla de justas proporciones de aguardiente y láudano capaz de calmar el dolor más fuerte. En el carromato llevaba cientos de frascos llenos de la milagrosa pócima, ordenados según el color del líquido. Conseguía las distintas tonalidades del líquido añadiendo colorantes extraídos de algunas plantas. Así pues, la pócima de color verde, servía para el dolor de muelas; la de color marrón, para el de estomago; la de color amarillo, para el de las

articulaciones y la de color naranja, era inmejorable para el dolor de cabeza. Si algún paciente venía con un dolor descatalogado, no importaba, el doctor Yahia mezclaba mitad y mitad dos frascos de distinto color y certificaba que el remedio era especifico para aquel dolor en cuestión.

Resultaba divertido contemplar la puesta en escena del doctor, digna de una comedia de Moliere. Fascinaba ver el convencimiento con que enumeraba los interminables beneficios medicinales de su producto. No era de extrañar, ya que el mismo doctor era uno de sus principales consumidores, sin tener demasiado en cuenta el color del brebaje.

Como complemento a su negocio de farmacia, el doctor Yahia también vendía sartenes, ollas, cacerolas y utensilios variados. Se excusaba ante su auditorio por esta actividad comercial tan poco científica, arguyendo que necesitaba el dinero para sufragar los cuantiosos gastos de laboratorio, derivados de las investigaciones que realizaba en pos del bien de la humanidad.

Después de dos semanas representando la misma comedia científica en pueblos y aldeas, llegaron a Lyón.

Por primera vez desde que salió de Metz, Juan Jacobo tenía un rumbo, un sitio al que dirigirse. En una de las pocas conversaciones coherentes que pudo mantener con el doctor Yahia, —estaba la mayor parte del tiempo ebrio— éste le informó, al saber de su antiguo trabajo en la imprenta, que a su paso por la ciudad italiana de Livorno, había podido comprobar la escasez de impresores y lo bien pagados que estaban los pocos que en la ciudad trabajaban.

Juan Jacobo se despidió del doctor Yahia en Lyón, con dos frascos de la pócima milagrosa en el bolsillo, un papel grasiento con la dirección de un comerciante conocido del doctor en Livorno y una sola idea en la cabeza: embarcarse cuanto antes para Italia.

CAPÍTULO XXVI

UN RUMBO CIERTO

El mismo día de su llegada a Lyón, Juan Jacobo encontró transporte que le llevara hacia el sur.
A orillas del Ródano se ofreció como ayudante al patrón de una barcaza que llevaba carbón hasta Aviñón. El sueldo era mínimo, pero el transporte era rápido y seguro. Junto con el patrón y su hijo, cargaron la embarcación y emprendieron el viaje al amanecer.

A finales del verano, el Ródano era un río tranquilo y la barcaza se deslizaba sobre sus verdosas aguas sosegadamente. Fueron dejando atrás, ruinas romanas y templarias refugios de hugonotes, viejos puentes, viñedos, olivos y tranquilos pueblos ribereños. El viaje transcurría

en calma y Juan Jacobo podía pensar en su suerte, en María, en lo que dejaba atrás y en su incierto futuro.
Por fin divisaron las murallas de Aviñón. Las inquietudes de Juan Jacobo parecían haberse ido arrastradas por la corriente del gran río; pero sus miedos estaban allí, acechándole, vestidos con casaca de color azul eléctrico.

En Aviñón, con la dirección —facilitada por el patrón de la barcaza— de una fabrica de paños en el bolsillo, Juan Jacobo debía encontrar a un tal Dardé, pariente lejano del patrón. Dardé era propietario de media docena de carros y encargado de distribuir los productos de la fábrica de paños. Una de sus rutas habituales le llevaba hasta el puerto de Sète, donde embarcaban los paños con rumbo, principalmente, hacia Italia y más concretamente, al puerto de Livorno.

Una vez localizado Dardé, Juan Jacobo no tuvo ningún problema, al decirle que le enviaba el patrón, para conseguir medio de transporte. La suerte se puso de su lado, al día siguiente dos carros cargados de paños partían para el puerto de Sète.
Sentado sobre los fardos de paños, transitando por caminos polvorientos y llenos de baches, llegaron a Nimes

donde debían completar la carga. Hicieron noche en la Roma de Francia y al amanecer prosiguieron viaje hasta la costa mediterránea.

Llegaron al puerto de Sète al anochecer. Un bosque de palos y velas se recortaba contra el cielo iluminado por los últimos rayos de sol. La actividad menguaba en el puerto y un olor a pescado flotaba en el aire. Era la primera vez en su vida que Juan Jacobo veía el mar.

Un pequeño contratiempo vino a empañar el optimismo de Juan Jacobo; el barco que salía para Livorno, no zarparía al menos en una semana.

Con la mediación de Dardé, acordaron con el capitán del barco, que se pagaría el pasaje hasta Livorno ayudando en la estiba del buque.

Los días transcurrían lentamente para el gusto de Juan Jacobo, que esperaba con impaciencia el día de zarpar. El trabajo era duro, cada día llegaban nuevas mercancías para colocar en las bodegas del barco.

En la tarde de la tercera jornada de espera, Juan Jacobo estaba atareado izando unos fardos desde cubierta, cuando, debido a ese extraño sentido con que la naturaleza dota a los seres humanos de saberse observados, giró la

cabeza y se encontró con la mirada dueña de sus peores pesadillas. Tardó unos instantes en reconocerle; ya no vestía la casaca color azul eléctrico. De Crasson estaba en el muelle, inmóvil, con los ojos fijos en él. Su rostro era el de una fiera que acaba de acorralar a su presa. Por el rabillo del ojo, Juan Jacobo vio como dos hombres subían a la carrera por la rampa de embarque. Sin pensarlo, echó a correr y saltó por la borda sin saber dónde iría a caer. Cayó sobre las duras piedras del muelle al mismo tiempo que escuchaba un disparo. Sintió el proyectil pasar silbando sobre su cabeza. Un segundo disparo sonó, esta vez no oyó el silbido, pero sintió como si algo le quemara en el hombro izquierdo.

Volvió la vista hacia atrás y comprobó aliviado, que sus piernas le habían separado un buen trecho de sus perseguidores. En su alocada carrera, saltó por encima de mercancías y redes de pescador, tropezó con la gente que iba y venía por el puerto, buscando desesperadamente una escapatoria. Dobló una esquina y se encontró en una estrecha calle abarrotada por una multitud que bebía y cantaba en la puerta de las tabernas. Se mezcló con la muchedumbre buscando un escondite donde esperar la noche.

En la parte trasera de una taberna, halló una tapia de poca altura fácil de escalar. Dio un brinco, e instantes después estaba en un patio lleno de toneles, tinas y aparejos de pesca. Se acomodó en un rincón que parecía seguro y se dispuso a esperar las sombras de la noche. Entonces, notó que algo caliente le corría por el brazo: estaba herido. Aliviado, comprobó que la bala sólo le había producido un rasguño en el hombro. Un palmo más a la derecha, y, para satisfacción de De Crasson, en estos momentos estaría tendido sobre las piedras del muelle sin vida. Con un pañuelo improvisó un vendaje que de momento cortaba la hemorragia y lentamente fue tranquilizándose.

Juan Jacobo no podía acertar a comprender como De Crasson le había seguido la pista hasta allí: debía odiarle mucho.

Desde su escondite, Juan Jacobo oía los cánticos en la calle. No podía entender lo que decían aquellas canciones, estaban cantadas en una lengua extranjera, le pareció que era alemán.

Ya oscurecido, oyó como alguien descorría un cerrojo. Desde su rincón vio la luz de un candil y oyó a gente que hablaba en voz baja. La luz del candil iluminó el

rostro feroz de De Crasson en el centro del patio. El corazón de Juan Jacobo volvía a latir de manera acelerada.

Tenía que hacer algo, si se quedaba en su escondite terminarían por descubrirle. Aprovechó el momento en que los hombres de De Crasson buscaban en un cobertizo en el lado opuesto del patio y saltó la tapia. De nuevo en la calle, se detuvo un instante para comprobar si le seguían; todo estaba tranquilo, no le habían visto.

Protegido por la penumbra y con el cuerpo pegado a las fachadas, recorrió la distancia que le separaba de la esquina.

Pasó por la puerta iluminada de una taberna donde, mediante signos, tres hombres intentaban hacerle comprender algo, a otros tres que evidentemente no les entendían. Dejó atrás a los hombres, que ni siquiera repararon en él, cuando de repente, una mano le agarró por el hombro herido y una voz pronunció su nombre a sus espaldas. Temblando y dispuesto a todo, Juan Jacobo se volvió para encontrarse con el rostro sonriente de su amigo Jacobo Delis.

CAPÍTULO XXVII

UN RUMBO INESPERADO

Jacobo Delis llevaba una semana en el puerto esperando embarcarse para el sur de España. Junto con su esposa Isabel, habían decidido hacer aquel viaje en busca de un trozo de tierra y de un futuro.

Los ciento cincuenta emigrantes necesarios para completar el pasaje, llevaban varios días reunidos esperando el momento de hacerse a la mar. Los litigios entre Thürriegel, empresario reclutador, y los hermanos Thibal, dueños del barco que les llevaría hasta el puerto de Málaga, retrasaban la partida. Corrió el rumor entre los emigrantes de que el viaje se suspendía y que debían volver a sus casas.

Por fin, los agentes de la casa Thibal les comunicaron que zarparían el día siguiente. La algarabía y los cantos que Juan Jacobo había oído, eran producto de esta esperada noticia. Cantos en los que se mezclaba la esperanza de una promesa y la tristeza de una despedida.

Rápidamente, Juan Jacobo expuso su peligrosa situación a Jacobo Delis. Con una celeridad asombrosa, la ágil mente de su amigo fraguó un descabellado plan.

Uno de los emigrantes había fallecido en Nimes, dos días antes que el grueso del pasaje llegara a puerto. En secreto y a cambio de algún dinero, un cura de la ciudad le había dado cristiana sepultura. Su viuda, angustiada, temía que su inesperada situación representara un problema a la hora de embarcar y en el posterior reparto de las tierras prometidas.

El plan de Jacobo Delis consistía en que Juan Jacobo se hiciera pasar por el difunto para poder embarcar y alejarse definitivamente de allí.

Hablaron con la viuda, que se mostró de acuerdo en la artimaña; después de todo, ella también salía beneficiada.

Juan Jacobo pasó la noche en un rincón de la taberna, envuelto en una manta y fingiendo dormir junto a los demás emigrantes.

Varias veces durante la noche, vio a los hombres de De Crasson merodear por las cercanías. El escondite por simple e inesperado resultó perfecto.

No pegó ojo en toda la noche, sabía que por la mañana tendría que recorrer el trecho que le separaba del barco y estaba seguro de que De Crasson estaría al acecho.

Con las primeras luces del día, Jacobo Delis se presentó con ropas prestadas por otros emigrantes y un gran gorro de fieltro conseguido dios sabe dónde. Juan Jacobo se puso las ropas y se encasquetó el gorro hasta las cejas.

Una mujer le colocó en los brazos un mocoso que dormía plácidamente ajeno al nerviosismo de su portador.

Ubicado en el centro de la columna humana que se dirigía hacia el barco, con un pequeño contra su pecho y la viuda agarrada de su brazo, pasó a menos de veinte pasos de la escrutadora mirada de De Crasson. Su aspecto en nada se parecía al de un hombre que huye.

En la rampa de embarque, algunas preguntas por parte de los agentes de la casa Thibal, acerca de sus creencias religiosas, convenientemente contestadas y la

presentación de unos papeles arrugados le franquearon la entrada en el barco. El control no era muy exhaustivo; al fin y al cabo, la casa Thibal cobraba por emigrante desembarcado.

Todo resultó más fácil de lo que preveía. El embarque se hizo de forma rápida, en menos de dos horas la cubierta de la Santa Genoveva acogió a las ciento cuarenta y ocho almas que componían el pasaje: ciento cuarenta y siete almas persiguiendo un sueño y un alma huyendo de una pesadilla.

La Santa Genoveva era una polacra de tres palos, construida en madera de pino de Riga. En la esbeltez de sus líneas, todavía se podía apreciar los restos de un pasado esplendoroso, cuando era la joya de la flota de los Thibal y provocaba miradas de admiración en todos los puertos del Mediterráneo donde amarraba. Ahora, sus velas remendadas, su madera semipodrida, sus tablas de cubierta gastadas y el palo de mesana cien veces reparado y reforzado con planchas de cobre, le conferían el triste aspecto de un barco viejo y descuidado.

Sólo la pericia de su capitán, un marino de probada experiencia, dejaba lugar a la confianza de que aquel armatoste les llevara a buen puerto.

Por fin, la nave empezó a moverse. Desde la cubierta, bien oculto —temía que De Crasson pudiera verle— Juan Jacobo contemplaba la inquietante figura de su perseguidor de pie en el muelle, buscándole con la mirada entre la multitud que empezaba a abarrotar el puerto.

Jacobo Delis se le acercó con un gesto de complicidad en el rostro y le dijo: «Rumbo al paraíso, labrador».

Juan Jacobo esbozó una sonrisa incompleta y asintió.

Los vientos fueron favorables. La travesía duró ocho días, de los cuales, el pasaje se pasó la mayor parte del tiempo vomitando por la borda; en parte debido al mal de mar y en parte a la bazofia que servían como rancho.

Cuando llegaron al puerto de Málaga, y pesar de la sal y la brisa marina, los rostros de los emigrantes estaban grises y unas profundas ojeras hundían sus miradas: parecían fantasmas salidos de las profundidades del mar.

De nuevo, trámites y papeleos, y rápidamente, la puesta en marcha sintiendo, aún, el balanceo del barco en sus cabezas, con los ojos llenos de mar y ante la vista, entre extrañada y divertida, de gente menuda, de tez morena y mirada azabache.
El vergel de la abundancia esperaba…

Tras más de diez jornadas de penosa marcha por caminos resecos, llenos de polvo y bajo el implacable sol de aquellas tierras, Juan Jacobo, Jacobo Delis y dos alemanes, junto con sus esposas e hijos, llegaron al lugar designado para su asentamiento: un terreno llamado Cañada Rosal. Era el 4 de septiembre de 1769.

A su llegada a la colonia, les recibió el olor dulzón de la muerte. Encontraron miradas enfermas de tristeza y desesperanza. Contemplaron desanimados, cubiertos de polvo y sudor, cómo muchos sueños yacían en una fosa bajo una gruesa capa de cal viva. En los rostros despellejados por el sol de los recién llegados se dibujó la angustia y la desesperación.
Aquello no era el paraíso que prometía Thürriegel, más bien parecía el infierno de Dante.

CAPÍTULO XXVIII

EL TIEMPO, LOS AÑOS

Pasaron los años, los primeros cuajados de sufrimientos y privaciones. A las pocas semanas de su llegada, la epidemia de fiebres tercianas se llevó, como a tantos otros, a la mujer que se hacia pasar por esposa de Juan Jacobo. La sequía, el calor asfixiante, la enfermedad y la nostalgia quebrantaban los espíritus. La tierra se resistía a entregarles sus frutos. Por fin, llegó la primera cosecha y Juan Jacobo descubrió los lazos, que desde tiempos inmemoriales, unían a los hombres y a la tierra que los alimenta. Juan Jacobo aprendió a amar aquella tierra.

Encontró una compañera, una buena mujer de la tierra, con la que apenas podía entenderse; pero bastaba

una mirada de sus hermosos ojos negros, para que Juan Jacobo diera por buenos todos sus sufrimientos. Tuvieron dos hijos sanos y fuertes, dos promesas de futuro, dos carrosaleños que terminaron de enraizar a Juan Jacobo en aquella tierra.

Después de todo, el paraíso prometido estaba allí, escondido bajo tanta amargura y desconsuelo.

Un cuarto de siglo después de su llegada a la colonia, Juan Jacobo se había convertido en un labrador próspero. Había prosperado sin poner demasiado empeño en ello. Su miserable barraca primitiva dejó su lugar a una nueva casa de ladrillo de barro cocido, con granero, huerto y pozo. Sus hijos se ocupaban de labrar las tierras y Juan Jacobo, con más de medio siglo de vida a sus espaldas, se disponía a envejecer con tranquilidad, sin que ningún fantasma turbara su sueño.

Sólo una laguna de su pasado venía a poner un ápice de desvelo en su tranquila vida. Mil veces se había preguntado que habría sido de María, de los barones, Mario o Dumont, en De Crasson no quería ni pensar…

Los nuevos vientos que soplaban en Francia cuando la abandonó, se habían convertido en un huracán que

amenazaba con sacudir a toda Europa. Confusas noticias llegaban a sus oídos con un retraso que las hacia poco fiables.

Cádiz era un foco incesante de noticias. La activa colonia francesa que vivía en la ciudad se encargaba de difundir propaganda revolucionaria. En una conocida casa de la ciudad, conocida con el nombre de *La Camorra*, se repartían folletos afines a la revolución. Juan Jacobo interrogaba sistemáticamente a todo viajero venido de Cádiz que se tropezara con él, con la intención de hacerse una idea aproximada de lo que estaba ocurriendo en su país, y de paso, indagar sobre la suerte de sus conocidos.

Un hecho casual iba a aclarar sus incertidumbres y a llenar la oscura laguna de su pasado, mayor causa de sus desasosiegos.

Un día, a finales del verano de 1794, volvía de Córdoba donde había ido a comprar utensilios de labranza y bestias para el trabajo del campo. Aquel año, la cosecha había sido buena y Juan Jacobo disponía de un dinero inesperado. Consideró que era un buen momento para renovar sus aperos agrícolas y dar un merecido descanso a sus viejos animales de labor. Volvía pues, con el carro

cargado de utensilios y dos hermosas mulas amarradas en la parte posterior del enganche. A mediodía, temiendo el sofocante calor, decidió parar en una posada a pie de carretera, para tomar un poco de vino fresco y comer algo. En la fresca estancia que servía de comedor había una docena de mesas de vieja madera, el posadero iba y venía con jarras de vino y platos de comida que repartía entre las cuatro mesas ocupadas en aquellos momentos.

Juan Jacobo comía con apetito, cuando, de repente, su atención se centró en una mesa situada en un rincón de la estancia. La mesa estaba ocupada por dos hombres, un joven de unos quince años y un anciano. Al joven lo tenía de frente, estaba leyendo unas hojas sobre la mesa. El anciano le daba la espalda. Su mirada se detuvo en el joven. Aquellos ojos concentrados en la lectura, aquella postura adoptada para leer, en que los dedos índice y pulgar parecían sostener su cabeza…le gritaban en silencio, algo que él no acertaba a comprender. Eran gritos de un tiempo pasado.

Ante la insistencia de la mirada de Juan Jacobo, el joven terminó por reparar en su absorto observador. Se inclinó y susurró algo al oído del anciano, éste volvió la cabeza y su mirada se cruzó con la de Juan Jacobo. El reconocimiento fue mutuo e instantáneo: era su querido amigo Mario.

El tiempo había hecho más profundas sus arrugas; pero Juan Jacobo reconocería aquellas facciones entre un millón.
Precipitadamente se levantaron y se fundieron en un largo abrazo. Con lágrimas en los ojos, Mario se volvió hacia el joven y le dijo con solemnidad: «Juan, este hombre es un viejo amigo de la familia».
Mientras Juan Jacobo y el joven estrechaban sus manos, Mario atento a la reacción de Juan Jacobo le indicó: «Tienes delante a Juan de Perchel, hijo de María de Perchel».

Cientos de preguntas acudían a los labios de los amigos. Mario le preguntaba cómo había llegado hasta allí. Juan Jacobo le contó sus tribulaciones para escapar de De Crasson. Al principio, Juan Jacobo se mostró cauteloso en sus comentarios temerosos de herir al joven; Mario le tranquilizó, Juan sabía toda la verdad, su madre se había encargado de contársela.

Juan Jacobo estaba ansioso por conocer lo acontecido aquellos últimos veinticinco años. El relato de Mario llenó de dolor su corazón.

CAPÍTULO XXIX

HISTORIA DE UNA TRAGEDIA

Después de la huida de Juan Jacobo se armó un gran revuelo, Dumont y sus seguidores fueron encarcelados acusados de provocar el incendio. En el registro del periódico, las autoridades encontraron material subversivo que empeoró aún más su comprometida situación.

El barón retiró la palabra a su hija y María parecía morir de tristeza. Cuando ya parecía seguro que De Crasson sería el futuro marido de María —circunstancia, ésta, que María aceptaba únicamente por complacer a su ofendido padre—, llegó a manos del barón una misteriosa carta junto con unos documentos que desenmascaraba a De Crasson como autor de tan vil chantaje. El barón

montó en cólera y aquel mismo día De Crasson fue despedido de la casa como un apestado.
Goulin, el viejo zapatero, había cumplido con éxito la tarea que Juan Jacobo le encomendó.

Pasado un tiempo, las cosas retornaron a su cauce; todo volvía a la normalidad.

Dumont y sus seguidores fueron puestos en libertad; alguien contó lo que en realidad había ocurrido la noche del incendio y el material encontrado en el registro no resultó —por pura casualidad— de una especial virulencia. Contaban los criados del marqués Du Arc, que éste, al saber esta noticia, la emprendió a golpes con todo y con todos los que había a su alrededor.

En la casa Perchel, todo volvía a ser igual. Todo, menos los ojos de María que parecían haberse apagado y menos, la eterna disputa entre *romanos* y *helenos*; los romanos recuperaban posiciones.

Al cabo de unos años, María se casó con un buen hombre algo mayor que ella, que la respetaba e intentaba complacerla en todo. Pronto hicieron abuelo al barón que

se mostró encantado con la llegada de su primer nieto. Los ojos de María brillaban de nuevo.

En el verano 1789, alarmantes noticias llegaron a la casa Perchel. Violentas revueltas se producían por toda Francia contra los nobles. La multitud furiosa robaba sus bienes y quemaba sus castillos. La Bastilla había sido reducida a escombros; el tiempo de las ideas había pasado, comenzaba el tiempo de la acción. Francia entera se convulsionaba, el barón de Perchel temblaba, Dumont era un hombre feliz.

En el invierno de aquel mismo año, la Revolución llamó con puño de hierro a la puerta de la casa Perchel; unos hombres malolientes irrumpieron en la casa ensuciándolo todo con sus botas embarradas y llamando al barón «enemigo del pueblo». Sólo la rápida actuación de Dumont, convertido en aquel entonces en una autoridad revolucionaria, consiguió parar el golpe. Dumont explicó a los asaltantes que la Revolución debía respetar a los hombres como el barón, que habían proporcionado enseñanza a los hijos de sus aparceros y siempre les había tratado con justicia. Los revolucionarios se contentaron

con llevarse la plata, algunas joyas y todo el vino que pudieron cargar en la carreta que les servía de transporte.

De momento, la casa Perchel se salvaba… las llamas devoraron durante cuatro días y cuatro noches el castillo del marqués Du Arc; hubo fuego hasta que ardió todo lo que podía arder.

Los tiempos cambiaban apresuradamente; la flor de lis de los Borbones fue sustituida por la escarapela tricolor; ya no había condes, marqueses o barones, ahora todos eran ciudadanos. Lo que antes era elegancia, distinción y buen gusto, ahora se podía convertir en una sentencia de muerte. Las joyas, los ricos vestidos, las pelucas, las manos blancas o cualquier signo de riqueza, era el camino más corto para perder la cabeza en cualquier plaza.

Los temores del barón iban en aumento. En el verano de 1791, llegó la noticia de la detención de los monarcas cuando huían hacia la frontera. El barón borró de su casa todo sigo de ostentación, el escudo de armas de su familia fue retirado de la fachada, las joyas escondidas en lugar seguro, las sedas y el terciopelo dejaron su lugar a la ropa sencilla y carente de todo adorno.

Aquel mismo año, Dumont fue reclamado por la Revolución para ocupar un puesto en el aparato de propaganda. Los méritos propagandísticos de Dumont, aunque clandestinos, no habían pasado desapercibidos para el sector más radical de la Revolución.

La Revolución empezó a fijarse en Dumont años atrás, cuando María Antonieta subió al trono. La nueva reina de Francia, se convirtió en un blanco perfecto para la afilada pluma de Dumont. La «Austriaca» —con este nombre se conocía entre el pueblo a la reina—, era una mujer casquivana y derrochadora que despertó la antipatía y la indignación del pueblo desde el primer momento.

Notable repercusión tuvo un libelo escrito por Dumont en 1785, titulado *Madame Déficit*. En el escrito se desvelaba, entre otras cosas, el escándalo del collar de diamantes. La compra fraudulenta de la valiosísima joya salpicaba de lleno al poderoso cardenal de Rohan, Gran Limosnero de Francia. En el escrito, se dejaba entrever que la joya era el precio pagado por el cardenal para conseguir los favores de la reina. María Antonieta salió mal parada de aquel asunto. Culpable o inocente, su desmedida afición por las joyas y el lujo, la hicieron aparecer ante la opinión publica

cubierta de inmundicia, indigna para ser la reina de Francia.

El golpe había sido certero; por primera vez, Dumont estaba plenamente convencido de que la cuenta atrás había comenzado.

De la febril pluma de Dumont —ya enteramente al servicio de la Revolución—, también salieron calculados rumores acerca de una conspiración para derrocar al gobierno revolucionario; un ejercito de mercenarios, armado por los nobles, se preparaba para exterminar a los partidarios de la Revolución.

La difusión de estos rumores desencadenó una violenta oleada que se llevó por delante a cientos de monárquicos, presuntos traidores a la Revolución.

Tras la marcha de Dumont a París, la familia Perchel se quedó huérfana de la protección que éste le proporcionaba.

El barón decidió marcharse a París con su familia. Esperaba pasar desapercibido en la gran ciudad; además, si tenía algún problema con las autoridades, tendría a Dumont cerca para solventarlo. Cerró la casa y despidió a los criados repartiendo entre ellos los objetos de valor que

no podía llevar a París. En los forros de sus ropas, cosió el dinero y los diamantes que pudo reunir y en una destartalada carreta, que cambió a un campesino por uno de sus lujosos carruajes, cargaron las escasas pertenencias que llevarían con ellos.

Llegaron a París a últimos de junio de 1792. Se instalaron en una vieja casa de la Rue Lavanderies, haciéndose pasar por una humilde familia. Lograron contactar con Dumont, quien, gracias a sus influencias, les consiguió certificados de civismo que les convertía en ciudadanos libres de sospecha.

El miedo se instaló en la casa de la Rue Lavanderies. El clima de terror era alarmante, alimentado por incesantes noticias que presagiaban lo peor. A los atónitos oídos de los habitantes de la casa, llegaron noticias de cruentos combates en las Tullerias; los monarcas habían sido encarcelados en el Temple; el pueblo derribaba las estatuas de los reyes; la guillotina empezaba su macabra labor en la Plaza del Carrousel; la princesa Lamaballe había sido decapitada y su cabeza, clavada en una pica, fue paseada bajo las ventanas del Temple, donde estaba recluida la reina.

El miedo y la angustia robaron la cordura a la baronesa. Se pasaba el día haciendo reverencias y

pidiendo a Mario que le preparase el carruaje. El barón, casi ciego, no se movía de un viejo sillón murmurando lo que parecían oraciones.

María empezó a trabajar en una fábrica de tapices y su marido como escribiente en una notaría. No trabajaban por dinero, tenían suficientes joyas y dinero para vivir; pero podían levantar sospechas entre el vecindario. Cada mañana, María y su esposo se colocaban su escarapela roja y se iban al trabajo, mientras Mario se quedaba al cuidado de los barones y del pequeño Juan.

París se retorcía víctima del hambre y la violencia. Los tiempos estaban pariendo una nueva época, y, como en todo parto, el dolor y la sangre no le eran ajenos.
Desde la ventana de la casa, veían pasar grupos de *sans-culottes* armados con picas, que, al grito de «abajo las cabezas», desfilaban sembrando el terror entre republicanos y monárquicos: la pica mandaba en la calle.

El veintiuno de enero de 1793, el rey era ejecutado; fue como una señal para el inicio de una serie de desgracias que se cebaron en la familia Perchel.

A últimos de enero, la baronesa se metió en la cama negándose a comer. Sólo la abandonó para ser llevada a la tumba.

En marzo, el cadáver del marido de María apareció flotando en las aguas del Sena. Pensaron que se había suicidado; pero cuando le sacaron de las aguas, notaron que le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda, donde solía llevar un pequeño anillo de oro.

En octubre, dos días después de la ejecución de María Antonieta, Dumont era detenido acusado de ser un enemigo de la Revolución. Ironías del destino; él, que ya era revolucionario cuando los que le acusaban todavía andaban a gatas; él, que se había jugado su libertad y su vida, esperando esta Revolución que ahora quería eliminarle. Las intrigas políticas y su incorregible pluma, le habían hecho acreedor de peligrosos enemigos. Dumont, a quien tanta sangre empezaba a repugnarle, se atrevió a criticar los métodos del gobierno revolucionario, y, cuatro días después de su detención, su cabeza rodaba bajo la afilada cuchilla del engendro mecánico del doctor Guillotin. La Revolución empezaba a devorar a sus propios hijos…

En diciembre, una fría noche, hombres del Comité de Seguridad Pública, detuvieron al barón y a su hija bajo

la acusación de ser nobles, y por lo tanto, enemigos de la nueva República. La denuncia había partido de un tal Guillermo Crasson, convertido, en aquel tiempo, en un destacado miembro de los *sans-culottes*. El delator había tenido la prudencia de eliminar de su apellido la partícula *de*, que años antes, adoptó como signo de pretendida nobleza; los nuevos tiempos exigían aquellos pequeños sacrificios…

Así pues, el ciudadano Crasson había encontrado, en aquella orgía sangrienta que azotaba París, terreno abonado para dar rienda suelta a su innata violencia.

Quiso la fatalidad, que un día en la calle, Crasson reconociera a María, y contento con su suerte, corrió a vengar viejas ofensas, vistiendo de deber cívico lo que no era más que puro resentimiento.

También Crasson tendría cuentas pendientes por las que responder, porque, poco tiempo después de la denuncia, era encontrado en el cuchitril que le servía de vivienda, con su preciosa colección de puñales clavados en el pecho.

El barón y su hija fueron conducidos hasta la prisión de Sainte-Pelagie. Tras un breve juicio, sus cabezas rodaron bajo la misma cuchilla que unos días antes, había acabado con la vida de Madame Du Barry, la amante del antiguo rey.

De la familia Perchel, sólo quedaba Juan, el hijo de María.

Mario y Juan —a los que la Revolución perdonaba— siguieron viviendo en la casa de la Rue Lavanderies hasta entrado el verano de 1794.

A mediados de julio abandonaron París con rumbo a Le Havre, donde se embarcarían para salir de Francia.

Dos semanas después de su salida de París, desembarcaban en Cádiz. En el momento que se produjo el encuentro con Juan Jacobo en la posada, Mario y Juan iban camino de Madrid, donde debían encontrarse con un banquero francés emigrado los primeros años de la Revolución. El banquero, merecedor de la confianza del barón, consiguió abandonar Francia con la considerable suma en diamantes que la familia Perchel le confió. Una vez que recuperaran el dinero, se dirigirían a Génova, donde le esperaban amarrados los dos únicos barcos que el barón pudo salvar de las confiscaciones de la Revolución.

Meses antes de su ejecución, el barón dio precisas instrucciones a Mario sobre lo que debían de hacer. Le entregó las señas del banquero y los documentos que identificaban a Juan como su único heredero.

Sería el último servicio del fiel Mario.

Habían pasado horas hablando en francés, lengua que ahora le resultaba extraña a Juan Jacobo. Las interrupciones y los malentendidos fueron numerosos porque Juan Jacobo no recordaba el significado de algunas palabras.

El sol ya empezaba a ocultarse en el horizonte. Decidieron pernoctar en la posada y por la mañana cada uno seguiría su camino; Juan Jacobo hacia el sur, Mario y Juan hacia el norte.

Juan Jacobo pasó toda la noche intentando poner imágenes a la larga historia que Mario le relató.

Por la mañana se despidieron deseándose mutuamente toda la suerte del mundo.

Durante el camino de regreso a su hogar, el suave traqueteo del carro acompañaba los pensamientos de Juan Jacobo, que volvía una y otra vez a las palabras de Mario. Bastaron unas horas de conversación para que todo volviera a estar en su sitio. Una serena paz se adueñó de Juan Jacobo; era mejor conocer la verdad, por muy horrible que fuese, a pasarse la vida intentado imaginarla. Por las noticias que estos años habían llegado de Francia,

no le resultó extraño imaginar el fin del barón y su familia; pero la ejecución de Dumont le sorprendió amargamente.

Reflexionó acerca de las bellas ideas que habían inspirado aquella profunda transformación en Francia; en aquellos valores ejemplares que perseguían la dignidad y la felicidad de todos los seres humanos y en como las miserias de los hombres los habían ahogado en un mar de terror y sangre. Temió estar asistiendo a una nueva manifestación de la locura cíclica, que lleva a los hombres a matarse unos a otros cada cierto tiempo. Quiso creer que, de entre el rojo de la sangre y el negro del miedo, emergerían blancos e impolutos los valores que debían construir un mundo en el que fuera más fácil vivir.

Juan Jacobo viviría el tiempo suficiente para que sus esperanzas en un mundo más justo, sufrieran un duro golpe. Vería a los mismos que habían pedido la cabeza del antiguo tirano, aclamar e idolatrar al nuevo tirano: el dios Napoleón Bonaparte. Este personaje, con la excusa de exportar la Revolución —en la que nunca creyó—, convertiría el continente en un terrible campo de batalla, donde cientos de miles de inocentes perecerían sólo para satisfacer las ansias de poder y la egolatría del nuevo dios. La Revolución había parido un monstruo.

Ajeno a las decepciones que el futuro le guardaba, Juan Jacobo continuaba el viaje de vuelta a casa. El encuentro con Mario había hecho brotar en su mente recuerdos de una vida que no le parecía la suya.

Una fresca brisa se levantó presagiando el fin del verano. Amarrados detrás del carro, los animales se removieron inquietos y Juan Jacobo pensó que pronto sería tiempo de preparar la siembra.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. LA DESPEDIDA 7

CAPÍTULO II. EL VIAJE 12

CAPÍTULO III. METZ, LA IMPRENTA 29

CAPÍTULO IV. AMORES Y DESENGAÑOS 35

CAPÍTULO V. LOS SECRETOS DE PINARD 42

CAPÍTULO VI. EL VEHEMENTE DUMONT 56

CAPÍTULO VII. LAS PALABRAS ROHIBIDAS 64

CAPÍTULO VIII. UNA VISITA AL SEÑOR DE VOLTAIRE 72

CAPÍTULO IX. UN CASO DE MALA SUERTE 78

CAPÍTULO X. LA FORTUNA DE LA CASA PERCHEL 87

CAPÍTULO XI. UN NUEVO PATRÓN 93

CAPÍTULO XII. UN HOMBRE DE CALIDAD 101

CAPÍTULO XIII. VERSALLES 109

CAPÍTULO XIV. UNA TERRIBLE NOTICIA 116

CAPÍTULO XV. UN INCIDENTE EN LA BIBLIOTECA 120

CAPÍTULO XVI. LOS CELOS DE UNA JOVEN ENAMORADA 125

CAPÍTULO XVII. UN AMOR DIFÍCIL 133

CAPÍTULO XVIII. LOS PRETENDIENTES DE LA HIJA DEL BARÓN 138

CAPÍTULO XIX. DUMONT VUELVE A LA CARGA 145

CAPÍTULO XX. LOS SUEÑOS DE UN CAMPESINO 149

CAPÍTULO XXI. EL CHANTAJE 153

CAPÍTULO XXII. UN INCIDENTE INDIGNANTE 158

CAPÍTULO XXIII. LA HUIDA 162

CAPÍTULO XXIV. FUGITIVO 167

CAPÍTULO XXV. DE NORTE A SUR 172

CAPÍTULO XXVI. UN RUMBO CIERTO 180

CAPÍTULO XXVII. UN RUMBO INESPERADO 186

CAPÍTULO XXVIII. EL TIEMPO, LOS AÑOS 192

CAPÍTULO XXIX. HISTORIA DE UNA TRAGEDIA 197

DIPUTACION DE SEVILLA

DELEGACIÓN DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE CAÑADA ROSAL